20 centavos en toda la República

Mundo Argentino

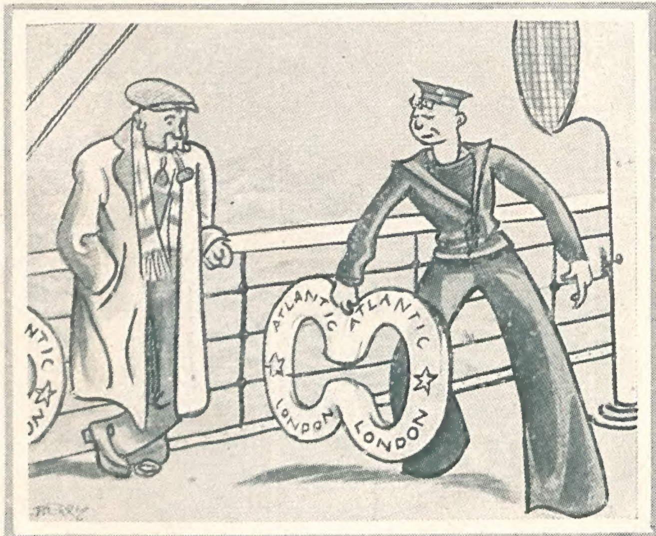
Año XXV - Nº 1268 MAYO 8 de 1935

"OTOÑO"
Por MAYA

Maya

De Ricardo León: DOLOR

Feliz tú, niño satisfecho, que puedes reír tras de las lágrimas, como el sol, después de la lluvia. El dolor resbala por tu corazón como el agua sobre un cristal. Yo no tengo el don del olvido; cada pena que entra en mi alma se queda allí como una estatua yacente, que recuerda el dolor y aviva el silencio. Mis lágrimas no se secan nunca; brotan ardientes de los ojos, se enfrían al contacto del aire y se coagulan en el corazón. El dolor pasado vive en mí, como algo irreparable, perpetuamente fijo en la memoria: el rumor de los viejos sollozos perdura en la profundidad de la conciencia, como el retumbo de las olas en la garganta del caracol marino... Esta alegría fugaz que siento ahora no es un bien cierto; es, como decía Schopenhauer, una ausencia de dolor. Nuestras alegrías son las del esclavo a quien el amo deja de castigar; pobres seres, sujetos a todas las fatalidades, sólo podemos aspirar a una dicha bien triste; que el dolor se olvide un punto de nosotros...



— Sí, es un salvavidas. A bordo viajan dos hermanos siameses.

(De "The Passing Show", Londres)

HA DICHO CARNEGIE:

Ahorrarás muchos años de trabajo si utilizas el conocimiento y la experiencia de los demás, a fin de principiar por donde ellos acabaron.

DOS RICOS

Cuando ante mí se celebra al archimillonario Rothschild, quien con sus inmensas rentas consagra sumas cuantiosas a educar niños, curar enfermos y fundar asilos para ancianos, también lo elogio y lo admiro. Pero al alabarle y admirarle por eso, no puedo dejar de acordarme de una pobre familia de labriegos que había recogido a una huérfana en su miserable choza.

— Si nos hacemos cargo de Katia — decía la campesina,— nos dejará sin nuestro último céntimo y ni siquiera tendremos para comprar sal con que sazonar la sopa.

— Pues bien, la comeremos sin sal — contestó el marido.

¡Cuán lejos está todavía Rothschild de ese labriego!

IVAN TURGUENEFF.



El padre. — ¿Sospecha tu maestro que soy yo quien te hace los deberes?
El niño. — Sí. Dice que es imposible que yo solo pueda cometer tantos errores.

(De "Gazzettino Illustrato", Venecia)

SALPICON

EL AMOR EN LAS SELVAS

Yo apenas quiero ser humilde araña
que en torno tuyo su hilazón tejiera;
y que, como explorando una montaña,
se enredase en tu misma cabellera.

Yo quiero ser gusano: hacer encaje;
dar mi capullo a las dentadas ruedas,
y, así, poder en la prisión de un traje,
sentirte palpitar bajo mis sedas...

Y yo quiero, también, cuando se exhala
toda esta fiebre que mi amor expande,
ir recorriendo la salvaje escala
desde lo más pequeño a lo más grande.

Yo quiero ser un árbol: darte sombra;
con mis ramas en flor hacerte abrigo;
y con mis hojas secas, una alfombra
donde te echaras a soñar conmigo...

Yo soy bosque sin trocha: ¡abre el sendero!
Yo soy antro sin luz: ¡prende la tea!
Cóndor, boa, jaguar, ¡yo sólo quiero
ser lo que quieres tú que por ti sea!

Yo quiero ser un cóndor: hacer gala
de aprisionar un rayo entre mi pico;
y, así, soberbio..., regalarte un ala,
para que te hagas de ella un abanico.

Yo quiero ser un boa: en mis membrudos
lazos ceñirte la gentil cintura;
envolver las pulseras de mis nudos,
y morirme oprimiendo tu hermosura...

Yo quiero ser jaguar de tus montañas;
y arrastrarte a mi propia madriguera,
para poder abrirte las entrañas...
¡y ver si tienes corazón siquiera!

JOSE SANTOS CHOCANO.



¡TITO!

Por CARL ANDERSON
(De "The Saturday Evening Post")

ANECDOTARIO

Mirabeau hablaba de las costumbres parlamentarias inglesas, y lamentaba, en Francia, la ausencia de clubs.

— ¿Qué es eso? — se le preguntó.

— Son — contestó el tribuno — hombres que se reúnen y forjan, hablando, el poder futuro. No se debe olvidar que diez hombres reunidos hacen temblar a diez mil separados.

• •

Se cuenta del célebre Languet de Gergy, cura de San Sulpicio, que pidiendo una vez limosna para sus asilados, recibió una bofetada.

— Señor — le dijo tranquilamente el digno sacerdote: — esto es para mí; ahora déme usted algo para mis pobres.

• •

Entraba Cromwell en Londres, en medio de una inmensa multitud. Un cortesano le dijo:

— Es una verdadera entrada triunfal. Ved cuánta gente.

— La misma que habría — respondió el dictador — si me llevaran al patíbulo.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION:

Mundo Argentino — Semanario Ilustrado	REPUBLICA ARGENTINA — CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR — TODA AMERICA Y ESPAÑA	EXTERIOR — DEMAS PAISES
1 año (52 números)..	$ % 9.—	$ % 11.—	$ % 15.—
6 meses (26 „)..	„ „ 5.—	„ „ 6.—	„ „ 8.—

Dirección y Redacción:
RIO DE JANEIRO 300
U. T. 60, Caballito 1020 - 29

OFICINA DE AVISOS Y SUBSCRIPCIONES:
Avenida Diagonal
ROQUE S. PEÑA 655
U. T. MAYO (38) 2012, 2013 y 2031 al 2033.

Mundo Argentino
SEMANARIO ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES
Buenos Aires, 8 de Mayo de 1935



NUESTRO PROXIMO NUMERO

SUMARIO:

ARTICULOS Y NOTAS

ADIOS UN POCO SENTIMENTAL A LA SEÑORITA CALLE CORRIENTES EN SU DESPOSORIO CON EL PROGRESO, nota, por *José Luis Salcedo*. "Unas semanas de afiebrado trabajo - dice el autor - han bastado para hacer de la calle Corrientes la imagen de la Broadway neoyorquina. La arteria, antes abarquillada y hervorosa de Lacrozes, en que los viejos edificios parecían estar perennemente en el ademán amistoso de darse la mano, ha cedido a las urgencias municipales y ha hecho un matrimonio de conveniencias con el progreso. Ahora, nuevarrica, está ensanchada de reciente asfalto y de aceras descomunales. Las sedas y las joyas le brillan por todas partes... El progreso nos la ha robado, pero no podrá nunca apartarla de nuestro corazón."

SAVONAROLA, EN PLENO RENACIMIENTO, CREO LA PRIMERA POLICIA INFANTIL, evocación histórica, por *Facundo Las Heras*. Se ha hablado mucho del formidable prior visionario de Florencia, cuya vida es riquísima en anécdotas, pero nada casi se ha dicho de su terrible "policía infantil", que fué, puede decirse, un precedente en la historia del mundo, por los aspectos sugestivos y contradictorios de su tiránico gobierno. El autor de esta nota hace un interesante resumen de este pedazo de historia, que tal puede llamarse.

TRES DIAS MAR AFUERA A BORDO DE UN BARCO DE PESCA, nota, por *Benigno Herrero Almada*. El autor de esta nota, para saber cómo viven y cómo trabajan los pescadores, se embarcó en el "Trucha" con rumbo a Punta del Este. Contra lo que se esperaba, además de los peligros y fatigas del viaje, pudo observar lo ruda que es la labor de los pescadores, mar afuera, a merced de los implacables elementos. Esta nota aparece profusamente ilustrada. Cada foto es un testimonio de esa vida azarosa, que muy pocos conocen, pero que muy pocos también quisieran vivir.

CUENTOS Y NOVELAS

AMOR VOLCANICO, cuento, por *Hipólito D'Honore*.

AVENTURA, narración, por *H. J. Gerona*.

LA EQUIVOCACION DE YUCHEN, cuento, por *A. E. Apple*.

CHELIN, relato infantil, por la *Tía Pompón*.

Y las historietas y secciones de costumbre.

FUNDADOR:
ALBERTO M. HAYNES

Por qué es caro el automóvil

La industria del automóvil es en nuestro país una de las más prósperas industrias del fisco. Basta pensar que una cifra casi igual a la que perciben los constructores europeos o norteamericanos ingresa al tesoro del Estado por cada coche que se introduce al país. Aquéllos fabrican el motor, el chasis y la carrocería, y cargan al precio de costo una prudente utilidad. Total que

EL AUTOMOVIL TERMINADO SE VENDE A QUINIENTOS DOLARES, PERO NOSOTROS PAGAMOS CUATROCIENTOS DOLARES EN LA ADUANA PARA PODER USARLO.

El Estado, que no hace nada más que permitir su introducción al país, cobra como si hubiera construído el coche. Hagamos números exactos, pues nada convence tanto como los números, sobre la base de un coche barato que en Estados Unidos se vende a cuatrocientos noventa y cinco dólares, según precio de catálogo, y que pesa mil trescientos kilos. De acuerdo al arancel vigente, corresponde pagar en concepto de impuesto aduanero doscientos pesos oro por los primeros mil kilos, liquidándose los trescientos kilos restantes a razón de treinta centavos oro por kilo, que suman noventa pesos oro, más el diez por ciento de recargo sobre el valor de catálogo del coche, o sean cuarenta y nueve pesos cincuenta centavos oro que se agregan a las cifras ya liquidadas. Añádanse los servicios portuarios — eslingaje, guinche y almacenaje, — que se usen o no, se abonan lo mismo, a razón de dos pesos y medio oro por cada metro cúbico, de suerte que por los trece metros cúbicos del coche de que hablamos corresponde pagar treinta y dos pesos y medio oro. En una palabra: el fisco ha cobrado, sin contar los sellos, trescientos setenta y dos dólares por un automóvil que cuesta cuatrocientos noventa y cinco.

HE AHI UN TESTIMONIO DE IMPRESIONANTE VORACIDAD QUE DISCULPA A LOS MAS APROVECHADOS INDUSTRIALES.

Y eso que el cómputo está hecho sobre la base de las tarifas aduaneras, modificadas por el convenio de Londres de hace dos años. Porque según la antigua tarifa, el mismo automóvil habría pagado un cincuenta y siete por ciento sobre su valor, o sea doscientos ochenta y dos pesos oro con quince centavos, que, sumados a los derechos portuarios, hacen un total de trescientos quince dólares en números redondos. Y aquí ya no tiene ponderación la sorpresa. Desde el momento que aquel convenio era de reciprocidad para favorecer la exportación de nuestras carnes a Inglaterra, ¿cómo se explica que los tales derechos aparezcan aumentados en cincuenta y siete pesos oro, que es como decir aumentados en un veinte por ciento? Y lo que es más curioso aún, ¿cómo se explica que los demás países donde la industria del automóvil tiene arraigo se hayan acogido a los "beneficios" de este convenio?...

EL AUTOMOVIL BARATO ES UNA HERRAMIENTA DE TRABAJO, EN LA CIUDAD Y EN LA CAMPAÑA.

Un obrero americano tiene automóvil porque con quinientos dólares puede adquirirlo, pero aquí ese mismo automóvil le cuesta el doble, sin que haya en ello provecho para una industria propia. Quiere decir que la aduana lo priva de una posibilidad que, como decimos, está lejos de ser un lujo. Tan ciego es el fisco en esta materia, que no ve los considerables beneficios que provienen de la difusión del transporte mecánico propio. Beneficios que van desde el afincamiento en los parajes excéntricos, con la consiguiente prosperidad para éstos, hasta el consumo del combustible que producimos y el fomento de las industrias afines a la fabricación del automóvil. Al fisco lo pierde el desesperado afán de obtener dinero a todo trance, pues de otro modo habría caído, por lo menos, en la cuenta de que no pueden o, mejor dicho, no deben ser medidos con la misma vara el automóvil de lujo y el automóvil de trabajo, ya que mientras un fabricante se desvela por economizar veinte dólares en el costo de fabricación de un coche, el gobierno argentino aumenta en cincuenta y siete dólares el impuesto que grava la importación del mismo.

DE UN AÑO PARA OTRO DECRECE CONSIDERABLEMENTE LA CIFRA DE AUTOMOVILES IMPORTADOS.

En febrero de este año entraron al país novecientos diez y siete automóviles. La cifra no es para desanimarse si se tienen en cuenta los inconvenientes enumerados, a los que ya en última instancia se agregan las dificultades que provienen del cambio. Pero no es muy tranquilizadora si se piensa que durante el mismo mes de febrero, el año pasado entraron mil doscientos cuarenta y cinco automóviles. La diferencia, en menos de trescientos veintiocho automóviles a sólo doce meses de distancia, representa más del treinta por ciento. Indice más que suficiente para sospechar que empieza a fracasarle al fisco su irritante industria. Lo malo sería que, insistiendo por el mismo camino, ahora resolviese aumentar los aranceles para compensar el déficit.

Buenos Aires *está* dejando morir de *hambre*

En la miseria, completamente ciego, guiado de la mano por un lazarillo, deambula por las calles de la ciudad el doctor Alvaro Becerra, que fué amigo íntimo y médico de cabecera del gran maestro argentino.

CON la pesada carga de ochenta y tres años a cuestas, con el acoso de los recuerdos de una lejana existencia de opulencia, de amigos leales, de grandes relaciones, completamente ciego, guiado por un inquieto chiquillo que oficia de lazarillo, indiferente ante la venerabilidad de la persona que conduce, recorre las calles de la ciudad implorando la caridad pública, retratando en los harapos que viste toda la miseria que sufre un anciano achacoso que es una sobreviviente página de nuestra historia: en sus brazos murió Domingo Faustino Sarmiento.

Amigo, compañero inseparable y médico de Sarmiento, el doctor Alvaro Becerra, que así se llama nuestro entrevistado, es una demostración evidente de cuanto tienen de gregarias las generaciones actuales, que por imperdonable pereza analítica desconocen u olvidan muchos orígenes.

Este pobre viejecito, viva imagen de la más cruda miseria, nos ha contado lo que ha dicho en todas partes con el invariable resultado de la indiferencia. Es el relato doloroso de un anciano en la indigencia. Su peregrinación por asilos, organizaciones de beneficencia e instituciones estaduales se ha hecho larga y penosa. En todas partes no hay plaza para él, ¡para el hombre en cuyos brazos expiró Sarmiento!



El doctor Alvaro Becerra, que fué médico y amigo de Sarmiento, ostenta en esta fotografía una lámina que reproduce la figura del gran educador que vió morir en sus brazos.

AMIGO DE SARMIENTO, WILDE Y MONTES DE OCA

El anciano nos habla de su vida, nos cuenta que su padre fué un político español que había llegado a altos destinos durante la minoría de edad de Isabel II. En una misión especial que ésta le confió, vino a la Argentina, donde más tarde fué designado diplomático del reino. Entonces fué que nació Alvaro Becerra, en una finca de la calle Artes, hoy Carlos Pellegrini, junto casi a la esquina formada por la intersección de Viamonte. Enfrente vivía entonces Sarmiento, quien, amigo del diplomático español, lo fué más tarde también del hijo de éste.

Alvaro Becerra nos expresa que cursó estudios médicos en el Hospital de Hombres, más tarde convertido en la Asistencia Pública. Graduado de médico, continuó su gran amistad con Sarmiento, que ya se había instalado en su casa de la calle Cuyo, y cultivó también la amistad de los doctores Montes de Oca y Eduardo Wilde. Becerra fué catedrático de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires y desempeñó, además, cargos importantes en hospitales de la capital y del interior del país, habiendo tenido preponderante actuación médica en la época del cólera. En "El Nacional" y en "El Censor" Becerra acompañó a Sarmiento y le prestó, para sus diarios, el aporte de su colaboración.



Sarmiento, que murió en Asunción del Paraguay, dijo sus postreras palabras al doctor Alvaro Becerra, a quien le recomendó que en su tumba dejara un libro con estas sabias y hermosas palabras: "Edúcate para educar, intrúyete para instruir y aprende para enseñar."

BECERRA ACOMPAÑO A SARMIENTO AL PARAGUAY

En diciembre de 1887 salió de Buenos Aires acompañando a Sarmiento rumbo al Paraguay. Becerra, que era su médico, le había aconsejado el clima de ese país para mejor defenderse de su arterioesclerosis que quebrantaba su salud por ese entonces. Acompañaban también a Sarmiento en ese viaje — recuerda el anciano — sus dos sobrinas nietas, María Eugenia y María Luisa, y su sobrino Belín Sarmiento, más tarde autor de "Sarmiento anecdótico".

— Llegados a Asunción, luego de un viaje que no le sentó nada bien a nuestro querido enfermo — cuenta el doctor Becerra, — alquilamos en los terrenos del Hotel la Cancha una modesta finca vieja, que tenía

al *médico* en cuyos brazos *expiró* Sarmiento

Dice en esta nota
ISMAEL SOLARI AMONDARAIN

por pasado el haber sido pulpería. (Esto es algo muy distinto a lo sostenido por García Merou, y contado por el anciano que asistió a la muerte del gran Sarmiento.)

"Allí nos instalamos. El clima le sentó bien. Así fué cómo durante parte del verano y en todo el otoño creímos todos, y en particular yo mismo, que era su médico — puntualiza el anciano cuyos cabellos despiden tradición — que Sarmiento sanaría. Pero entrado el invierno, las cosas cambiaron; nuestro enfermo se atrasó, y las esperanzas de salvarle fuéronse esfumando.

SARMIENTO EXPIRO EN SUS BRAZOS

"Desde el día 9 de septiembre de 1888, en que noté su salud ya del todo quebrantada, no entraban en su habitación sino sus sobrinas nietas, su sobrino y yo. Tirado en su camastrón, en el que murió, ya que por nada conseguíamos que se acostase en su cama, pasaba los días y las noches. Durante éstas, en que no lograba dormir, sino tan sólo dormitar un par de horas, hablaba y escribía. El día 10 se sintió bastante mal. Por la noche, con inmenso dolor, advertí que su fin se avecinaba. Y ya no me separé de él — musita emocionado, como reviviendo la solemnidad del momento, el venerable anciano. — En la madrugada del 11 durmió tres horas, y al despertarse me llamó pidiéndome que me sentara al borde de su camástrón. Así lo hice, cuando me dijo: "Sé que me muero; que tú, mi fiel amigo, y tu ciencia, ya nada pueden hacer. Mi hora ha llegado. Una vez que haya expirado, lleva mi cuerpo a mi patria y colócalo cerca, muy cerca, por la parte subterránea, del cuerpo de mi hijo Dominguito. En la abertura por la que mi cuerpo penetre en la tierra, coloca una losa blanca, sin inscripción alguna. Pero sobre ella dejarás un libro y en una de sus hojas escribirás: *Edúcate para educar, instrúyete para instruir y aprende para enseñar*, y di a los argentinos que no les puedo legar otras cosas."



Esta fotografía de Sarmiento fué obtenida en Asunción, pocos días antes de morir. Ya el gran argentino se hallaba postrado en un sillón, y con el único que cambiaba algunas palabras era con el doctor Becerra, que hoy se ve obligado a implorar la caridad.

"Dicho esto, las últimas palabras pronunciadas entre pausas de dolor, Sarmiento expiró en mis brazos" — agrega el anciano ciego, de debilitadas piernas, que con el peso enorme de sus años y de sus recuerdos se arrastra, guiado por su lazarillo, por las calles de la ciudad, como atravesando la indiferencia colectiva en doloroso e interminable calvario.

¿Es que se permitirá que este hombre, este médico que ya no puede ejercer la profesión, se muera de hambre tirado en una calle? En todas las puertas donde ha golpeado sólo ha salido a recibirle el egoísmo. Ya sus ojos no pueden ver la frialdad de los rostros de sus semejantes, pero con los ojos del alma debe contemplar con amargura y desaliento la indiferencia que le rodea. Su lazarillo es el único que no lo ha abandonado todavía y que lo guía a través de las calles erizadas de peligros de la urbe que él recorriera con paso firme en su lejana juventud, cuando con espíritu abnegado se consagraba a su profesión como a un verdadero apostolado.

"¿Para qué tantos sacrificios?", se preguntará él en la noche de su existencia. Todo lo que luchó de nada le ha valido. Los esfuerzos tenaces, el espíritu de devoción que siempre le acompañó por aquel gran compatriota que se llamó Domingo Faustino Sarmiento, todo ha resultado en vano. No ha visto compensados sus años de abnegación y duro trabajo. Otros con menos méritos que él llevan una existencia regalada, y el médico de cabecera de Sarmiento, a quien vió morir en sus brazos, anda y anda por las calles porteñas tendiendo la mano temblorosa a los transeúntes, que ignoran quién es el mendigo ciego que les implora la caridad.

¿No habrá nadie que socorra a este hombre sumido en la más negra miseria?

FIN

LA MUJER ANTE EL

EN aquella pequeña ciudad de provincia no hay mucho campo para los abogados criminalistas: hay unos cuantos estudios llamados de especialistas en asuntos comerciales; pero si se trata de defender a un criminal o de resolver un asunto de divorcio, los clientes acuden a nuestra oficina.

El estudio de asuntos legales de mi tío Juan estaba así organizado; mas él se sentía algo cansado, ya estaba viejo... y nunca había tenido mucha simpatía por las causas criminales; yo tampoco encontraba mucho placer en ellas y hacía lo posible para evitarlas. No obstante, el caso de Ana de Talton era imposible de rechazar, pues durante años habíamos sido los asesores letrados de su esposo.

Recuerdo perfectamente la cara de tristeza de mi tío cuando el director de la cárcel telefoneó al estudio dándonos la noticia de que Ana de Talton estaba presa por haber matado a su esposo.

—¡Qué lástima, qué lástima! — dijo. — Arturo, la suerte es cruel con algunas personas. Conocí a Ana cuando era una criatura... Arturo, tú tienes que ocuparte de este asunto.

Me di cuenta de su temor, vi que sentía flaquear su corazón, día a día más dispuesto a la ternura. Por otra parte, el chocante relato del crimen, publicado en el diario local, no dejaba lugar a dudas: Ana había matado a Jorge Talton.

— Iré a verla — dije. — La salvaré. A nuestros jueces no les gusta condenar mujeres. También entiendo que ha existido provocación, y mucha, tanta como para rendir a un juez. Iré ahora mismo a verla.

Encontré a Ana en una celda contigua a las habitaciones del director de la cárcel, mientras la esposa de éste trataba de hacerla reaccionar de la crisis nerviosa que sufría.

—¡Ana! — exclamé cuando me quedé solo con la acusada.

—¡Arturo! — me contestó con voz apagada. —¡Qué bien ha hecho usted en venir! Ahora nada me importa de lo que va a pasar. Estoy como si mi vida estuviese concluída ya. No hay razón para seguir viviendo... ¿No es cierto, Arturo?

— Vamos, no se deje dominar por esas ideas. ¡Ana! Vamos a tratar de libertarla, si es que existen posibilidades... y siempre las hay. Ya encontrará usted motivos para vivir. Yo sé perfectamente todo lo que usted tuvo que soportar... Lo único que le pido ahora es que sea franca, sincera, y que me cuente todo lo que pasó antes de que...

No me animé a mencionar el hecho, y ella me miró sorprendida.

— Pero... usted no está en la creencia de que yo haya matado, ¿no es cierto, Arturo? Usted no puede pensar eso de mí, ¿verdad? ¿Usted no cree que yo he matado a Jorge?

— Vea, Ana, yo no sé más que lo que dice el diario. Por eso vine aquí; aquí estoy para oír la verdad, Ana; créame, nosotros no podremos defenderla hasta que no conozcamos toda la verdad...

—¡Claro que le diré la verdad!

Y por su modo de hablar me di cuenta de que todo lo que me decía era cierto, palabra por palabra. Pero también me di cuenta de que era una verdad muy pobre para ser llevada ante un juzgado. La carta que Ana había dejado sobre la mesa decía demasiado.

Cuando volví al estudio, mi tío me preguntó:

— ¿Y, Arturo, qué hay?

—No lo mató, tío Juan. Fué, llamémoslo así, un accidente... El bebió el veneno que ella había preparado para suicidarse.

— ¿Quiere decir, entonces, que es un suicidio?

—¡Eso es! — contesté. — Ana descubrió lo que todos nosotros sabíamos muy bien, es decir, que su marido y Lila Brown eran, vamos, que Jorge le era infiel, y eso la hirió profundamente, la aplastó. Ya no quería más vivir; creyó que lo mejor sería terminar...

— Debe de haber quedado anonadada — dijo tío Juan. — Me imagino...

— El veneno estaba allí — continué. — Durante meses Jorge había sufrido de insomnio y tomaba unos sellos para dormir; uno era suficiente para poder hacerlo; diez bastaban para adormecerlo a uno para siempre. Ana, angustiada, torturando su cerebro, pensó en los sellos y echó diez en un vaso de agua; luego se sentó al escritorio y preparó la carta...

—¡Ah, sí, esa carta! — dijo tío Juan.

— Escribió: "Nadie más que yo es responsable de lo que voy a hacer." Y firmó: "Ana Talton." Quería que no se sospechara de nadie al encontrarla muerta.

—¡Ella muerta! — dijo tío Juan. — Pero ahora todo la acusa terriblemente; ¡todo proclama a gritos el asesinato!

— Hay algo peor. Ana acostumbraba a preparar el narcótico para Jorge, que a menudo regresaba muy tarde; debía tener listo el vaso de agua con la droga ya disuelta y dejarla en su mesa de luz. El no quería despertarla cuando volvía; se desvestía, bebía apurado la poción y se acostaba en su cama; tenían cama aparte. Ahora vas a ver lo que el destino le jugó a Ana. Eran las ocho de la noche; la mucama había anunciado la comida y Ana había contestado, a través de la puerta cerrada, que no quería cenar. A las ocho y media Ana estaba con el vaso en la mano; iba a beber, me dijo, cuando sonó la campanilla del teléfono. El aparato está en la mesa de noche; al oír el timbre, dejó el vaso sobre el tocador y atendió: era Jorge que le avisaba que su madre estaba enferma y le pedía que fuera en seguida a verla.

— Y Ana así lo hizo — dijo tío Juan. — Se fué y allá la encontraron...

— Eso es; puso algunas ropas en una valija y se fué a la casa de la suegra, avisándole a la mucama que no volvería a dormir... ¡y olvidándose de la carta y del vaso fatal! A la mañana siguiente la mucama quiso despertar al señor, trató de hacerle levantar: Jorge estaba muerto. Al lado de la cama encontró el vaso vacío y la carta...

— Siquiera no le hubiera escrito esa carta; la carta es el índice que apunta al asesino. "Yo hice esto, no fué otra persona. Yo soy la criminal, no culpen a nadie..." ¡Va a ser difícil hacer creer otra cosa a un juez! Voy a ir yo a la casa de Ana.



CUENTO

POR

E. PARKER BUTLER

— ¿Usted?.

— Ven conmigo. No sé lo que podemos encontrar; pero a veces las cosas son más explícitas que las personas... Tal vez en el dormitorio haya algo que nos diga: "¡No ha sido un crimen!"

Fuimos y entramos en el dormitorio. Tío Juan miraba cosa por cosa, espe-

TRIBUNAL

... es siempre un enigma cuando su supuesto crimen está envuelto en los misterios de una pasión.



raba que algo le gritara la inocencia de Ana, clara y patente como él la sentía en su corazón. Revisamos cosa por cosa...

—Nada nos dice nada — dijo tío Juan. — Aquí hay mil lenguas que hablarían si pudieran, pero que nada nos dicen.

— ¿Y qué podrían decirnos? Asesinato o desgracia, oiríamos el mismo cuento.

—Pero un inocente procede de manera distinta a la de un culpable. Aquí entre estos muebles, mudos testigos del hecho, debe de haber algo... ¡Si tan sólo pudiéramos adivinarlo!...

No hablé más y regresamos al escritorio, pero mi tío volvió dos veces más a la casa de Ana, a observar, a buscar, pidiendo a ese cuarto que revelara el secreto... inútilmente.

Se acercaba el día del proceso, y mi tío me había encomendado el deber de defen-



der a Ana. Por mi parte, yo no desesperaba de conseguir una sentencia más benigna. Lo terrible del asunto era que la popularidad de Jorge Talton entre sus amigos y en toda la ciudad pudiese ir en contra de Ana. Jorge había sido un hombre muy querido: su jovialidad, su modo de ver y de vivir, sus costumbres demasiado liberales, le habían permitido conseguir aventuras fáciles con otras mujeres, y eso había herido a Ana hasta llegar a querer suicidarse; pero la opinión pública había hecho de Jorge un hombre popular y sin enemigos.

Preparé la defensa con el mayor cuidado, consultándolo de vez en cuando a tío Juan para pedirle ayuda. Discutimos con él varias faces del hecho y deducimos que la vida de Ana era su mejor defensa y que nadie podía dar fe de su inocencia mejor que ella misma; lo que podíamos admitir era que Ana había preparado la dosis mortal: la "evidencia" era la muerte de Jorge. La mucama podría atestiguar que Ana siempre dejaba la poción lista para Jorge, porque había sido advertida de no tocarla, aunque por casualidad llegara a entrar en el dormitorio.

La noche anterior al proceso volví al estudio para examinar nuevamente mis papeles, deseando cerciorarme de que nada se me había olvidado en la parte final. Estaba sentado a mi escritorio, cuando la puerta se abrió: era mi tío Juan.

—No estoy conforme, Arturo. No puedo descansar. He vuelto una vez más a la casa de Ana; pero no hay nada, nada, nada... Una idea me persigue: tengo que encontrar algo que declare la inocencia de Ana. Me estoy volviendo viejo para las leyes, estoy preocupado, las ideas me asaltan. Déjame ver tus papeles.

Los miró uno por uno; algunas hojas las leía ligero, a otras apenas les dió un vistazo, pero una página le hizo suspender la lectura.

—¡Claro! ¡Aquí está! Aquí debía de estar — dijo. — ¡He estado ciego! Por cierto, Arturo, que mañana tomaré la defensa por mi cuenta... ¡Ya sabía que encontraría aquí lo que buscaba!

Me devolvió mis papeles y se fué. Me pareció excelente su determinación, porque en ese asunto era el gran abogado, el defensor que yo nunca hubiera sido capaz de reemplazar. No sé lo que encontraría en mis escritos; volví a revisarlos y no pude encontrar nada...

Al día siguiente estábamos en el juzgado.

No necesito describir la escena; la sala de audiencias estaba llena de gente, como siempre sucede en los procesos de asesinato en ciudades donde no son frecuentes esos crímenes.

El jurado, los testigos, el juez, los abogados... y Ana sentada en el banquillo de los acusados.

El día terminó, y el fiscal todavía estaba interrogando a los testigos. Al día siguiente, terminaron las declaraciones. Yo estaba encantado con Ana y me parecía que todo el mundo tenía de ella una impresión favorable. Cuando le tocó hablar, contó el hecho como me lo había contado a mí; pero parecía más animada y ansiosa de hacerse comprender.

En cuanto se levantó tío Juan, me sentí orgulloso de él; era todavía un hombre buen mozo, alto, de fisonomía agradable, de hermosos cabellos blancos y de figura imponente.

—Señor juez, señores jurados: ustedes están convencidos de la culpabilidad de la acusada. A ustedes me dirijo. Ustedes deben juzgar los hechos, han oído el relato de este asunto y las declaraciones de los testigos; las he escuchado atentamente y estoy convencido de que aquí nada se ha dicho sino la verdad.

Hubo una pausa; después de un breve resumen de lo que había pasado, hizo resaltar la intención de suicidarse de Ana, pero sin pedir gracia. Calló un rato como para coordinar las ideas, y volvió a empezar:

— ¿Qué sabemos del esposo, de Jorge Talton? El fiscal nos ha hablado de él como de un hombre que no tenía enemigos. Na-

(Continúa en la página 9)

¿Existe el HECHIZO en amor?

Una apenada lectora nos expone un interesante caso sentimental que recuerda la magia negra del licenciado Torralba y el pacto diabólico del doctor Fausto.

***Por* HELENA TORRES LUCENA**



EL caso sentimental que me comunica *Embrujada* es demasiado complicado y profundo para que me atreva a estudiarlo y resolverlo yo sola. Esta joven y apenada lectora no sabe si está enamorada. Más aún: ignora si odia o ama al hombre cuyas palabras y miradas no puede resistir. Es, tal vez, un caso de dominio secreto, de hechizo inconsciente, o, más exactamente, de magnetismo animal, como la fascinación irresistible que la serpiente ejerce sobre el pájaro. Esta pobre niña me pregunta qué debe hacer, pues ya ha recurrido a todos los medios sin resultado alguno. ¿Qué medios son esos?, preguntaréis. Ha consultado a famosas adivinas, astrólogas y quirománticas, esas que leen el porvenir, que venden tintas mágicas y amuletos para hacerse amar locamente... Y todas ellas, después de cobrarle la consulta, le han dicho que está embrujada y que debe someterse a ciertos tratamientos mágicos para ahuyentar el embrujo...

Antes que nada quiero aconsejar a mi apenada lectora que se deje de adivinas y sonámbulas. Son personas despreciables, ignorantes y de la más baja moral, que terminarán enloqueciéndola de verdad, haciéndola creer en embrujamientos y hechizos que no existen.

Como en ciertas enfermedades muy complicadas y de difícil diagnóstico se necesita la opinión de varios médicos, yo también he querido consultar el caso de *Embrujada* con varias amigas que me aventajan mucho en práctica y conocimientos sobre achaques de amor. Fuí a buscarlas a ese pintoresco bar de la calle Florida, que frecuentan nuestras niñas más distinguidas por encontrar allí el mejor ambiente social y también la mejor música y los más agradables copetines. Sentaos conmigo, amables lectoras, en torno a esta apartada mesa del rincón, donde no perturben mucho nuestro diálogo los sones de la jazz y la orquesta clásica y el rumor de las conversaciones y las risas.

Helena. — El caso de *Embrujada*, de acuerdo a lo que me dice en su carta, es el siguiente: ella tiene un novio desde hace más de un año. Un muchacho bueno y trabajador, que la ama, la adora. Ella también lo quiere mucho y piensa casarse con él pronto. Pero, ¿y el "otro"?...

Lina. — ¿Y quién es el "otro"?

Helena. — Es un joven de unos treinta y cinco años, que desde hace varios meses ocupa un petit hotel frente a su casa. Es delgado, de maneras finas y muy elegante; el rostro pálido, alargado, frente alta, ojos grises, mefistofélicos, y labios irónicos...

Lina. — (Viuda interesantísima, como ustedes saben.) ¡Che, che! ¡Qué descripción tan... sugestiva! Sigue.

Helena.—Este joven, que llamaremos Adolfo, ha adquirido cierta fama de don Juan en el barrio. Se murmuran de él algunas aventurillas... Me cuenta *Embrujada* que Adolfo comenzó saludándola amablemente, como vecinos. Poco después se atrevió a hablar con ella, en su puerta, de cosas indiferentes. Días más tarde deslizaba en sus oídos, veladamente, frases de amor. Ella no sabe si sentía atracción o repulsión hacia Adolfo. Tal vez luchaban en su alma los dos sentimientos. Pero al verlo acercarse experimentaba cierto terror íntimo que la obligaba a huir al interior de la casa. Pero Adolfo se las ha arreglado en forma de encontrarse con ella "casualmente" en varios sitios. Cuando sale de su casa y se dirige a las calles del centro, mira ansiosamente a todas partes porque *sabe* que inevitablemente se encontrará con Adolfo. Cuando éste se acerca, ella lo mira temblando y no puede sustraerse al imperio de sus miradas y al encanto de sus palabras. Ante él se siente sin pensamiento ni voluntad. Hace ciegamente lo que él le manda. Cuando se encuentra en el centro, Adolfo la toma del brazo como si fuera su novia. Ha ido con él a los bares y cines, charlando y sonriéndole como hechizada. Ha llegado a dominarla tan completamente, que cuando él se asoma al balcón de su casa y ella está en el suyo, no puede huir como antes..., y si le da una cita por señas, ella acude obedientemente, como si le perteneciera. La pobre niña asegura, llena de terror, que si Adolfo le dijera: "Sígueme. Huiremos muy lejos. No volverás más a tu casa", ella lo seguiría, no podría desobedecerlo...

Nacha. — ¿Sabes que es muy interesante todo eso?...

Queca. — Estoy por creer que esa infeliz chica está verdaderamente embrujada...

Lina. — ¿Embrujada? No, no hay tal embrujamiento. Lo que pasa es que esa muchacha está enamorada, locamente enamorada de Adolfo. La única manera de terminar con ese hechizo o embrujamiento es casándose con Adolfo.

Helena. — Eso es muy fácil decirlo. Ten presente que Adolfo, según todas las apariencias, es el tipo del don Juan, del burlador. Y éste no se casa nunca.

Lina. — De ahí provienen el terror y la atracción irresistible que esa muchacha siente hacia Adolfo. Sabe que está enamorada frenéticamente de él..., pero también sabe que no puede, que no debe amarlo, porque sería su perdición. En su alma luchan ferozmente el sentimiento del pecado, esto es, el amor que la impulsa hacia él, y la conciencia del deber y del honor que se lo prohiben terminantemente. De ahí esa mezcla de odio y amor, de atracción y repulsión que esa apenada niña dice sentir...

Helena. — Estás en un error, Lina. El amor, por muy intenso que sea, no nos priva nunca del libre albedrío hasta el extremo de esa muchacha. La mujer de espíritu cultivado y alma sana — como es el caso de esta niña que me consulta — podrá cometer transgresiones y olvidar sus deberes por engaño o error, pero no obedecer ciegamente a un hombre con la sumisión incondicional de esta muchacha. En este caso hay algo más profundo, más misterioso que el puro enamoramiento...

Lina. — (Irónica.) ¿Entonces tendremos que creer en la hechicería, en el maleficio, en la magia negra y otras fantasías?... ¿Será necesario admitir, como algo real y verdadero, los aquelarres, los diablillos que los nigromantes metían en redomas de cristal, y las brujas que salían volando por la chimenea, montadas en una escoba?...

Helena.—Hay pruebas históricas de la existencia de la hechicería, de la magia negra y otras formas de la ciencia tenebrosa. Recuerda el caso de Simón el Mago, que se relata en los "Hechos de los Apóstoles", si no me falla la memoria. Simón volaba por los aires y poseía secretos para hacer amar locamente. Los anales secretos de la Inquisición están llenos de casos auténticos de brujería y magia negra. Creo que llegó a comprobarse que el famoso licen-

ciado Torralba tenía un *familiar*, esto es, un diablillo que lo servía y que realizaba todos sus caprichos y fantasías, aun las imposibles. En un abrir y cerrar de ojos se trasladaba por los aires desde Madrid a Roma, por ejemplo; podía hacerse invisible y entrar en los sitios más secretos de las casas y palacios sin que nadie lo advirtiera...

Lina. — (Riendo.) Luego, ¿ese joven Adolfo es otro licenciado Torralba? Entonces dile a esa pobre *Embrujada* que está irremediablemente perdida, pues le será imposible luchar contra las ciencias ocultas... ¡Ha caído, como Margarita, en las redes diabólicas del doctor Fausto!...

Nacha. — No. Tal consejo no puede darse a esa apenada niña. Y dime, Helena, ¿esa muchacha está segura de que no se ha enamorado de Adolfo?...

Helena. — Según ella, lejos de estar enamorada, ha llegado a odiarlo con toda su alma. Cuando se encuentra libre de su misterioso dominio, llora desesperada... Su novio ha notado ese estado de alma en ella, y siente, como es lógico, cierta desconfianza e inquietud...

Lina. — Pero, dime: ¿tú crees seriamente que esa niña está embrujada?

Helena. — Embrujada, no. Pero sí terriblemente sugestionada, magnetizada por las miradas y el encanto malo de ese joven, en idéntica forma que la serpiente hechiza al pajarillo. Ahora, hay que buscar el medio de romper con ese hechizo y devolver al alma de esa pobre muchacha la paz y la alegría perdidas... Ella sola no podrá hacerlo...

Queca. — Ese caso profundo de sugestión es algo parecido al de "La dama del mar", que veía en todas partes los ojos hechizantes del "extranjero"; también confiesa ella que cuando el "extranjero" volviera, y, mirándola profundamente a los ojos, le dijera: "Vente", ella lo obedecería... Por desgracia, Ibsen no especifica el medio o secreto de que se valió su heroína para romper su hechizo...

Helena. — Yo creo que el mejor y el único consejo que podemos darle a *Embrujada* es que se case inmediatamente con su novio y se vaya con él de Buenos Aires. El tiempo y la distancia la harán olvidar al mefistofélico Adolfo, y el amor de su esposo ahuyentará de su alma el maleficio. ¿No procede así también "La dama del mar"? ¿No se refugia en el amor de su esposo, y cuando el misterioso "extranjero" vuelve a buscarla y le dice imperativamente: "Sígueme", ella lo rechaza, altivamente honesta, y lo obliga a alejarse?

Queca. — Sí. Creo que en el amor de su novio y en su inmediato alejamiento — ya que no tiene voluntad para resistir — está la salvación de esa apenada niña.

FIN

La mujer ante el tribunal

(Continuación de la página 7)

die hubiera sido capaz de matar a Jorge Talton. En esto estoy de acuerdo: no tenía enemigos. El único era su mujer: las circunstancias dicen que era ella el enemigo, que al saberse engañada resolvió matarlo, empleando los medios que más tenía al alcance. Ella dice que no fué así, que quería concluir con su propia vida.

Miró otra vez hacia la mesa y preguntó irritado:

— ¿Dónde está la prueba? Arturo, quiero la carta que Ana escribió.

La busqué y se la alcancé.

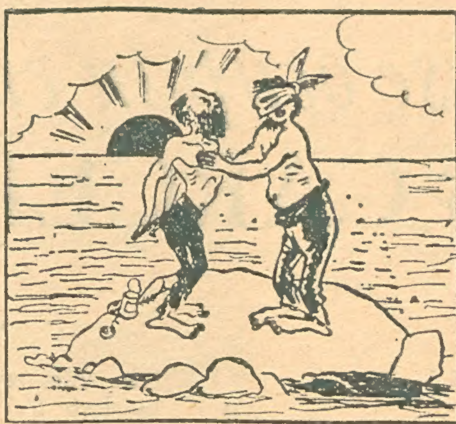
— Aquí está la carta que la acusada escribió y que dejó olvidada sobre la mesa al irse corriendo a la casa de la suegra. Esto es lo que el señor fiscal llama la *confesión del crimen*. La voy a leer. Dice: "Nadie más que yo es responsable de lo que voy a hacer. — Ana de Talton." Esto es lo que escribió: *Nadie más es responsable*. ¿Quién más? ¿Qué quiso significar diciendo *Nadie más*? El señor fiscal dice que este pedacito de papel es su confesión... ¡Claro que lo es! Ustedes pueden estar convencidos de que, como defensores, mi sobrino y yo hemos supsirado por conseguir una prueba de la inocencia de Ana de Talton, y que yo la encontré aquí, en esta su confesión, la involuntaria confesión de su inocencia. La inocencia escribe su historia igual que el crimen. El culpable, deseoso de borrar los rastros de su delito, toma precauciones, y muy a menudo deja a los que saben buscarlas pruebas que lo denuncian. Ahora bien: para los que saben leer, el inocente deja involuntariamente pruebas de su inocencia. ¿A quién quiso aludir Ana de Talton, si es que ha matado a su esposo, a quien quiso referirse diciendo: *Nadie más?* El no tenía enemigos, nadie deseaba su muerte, nadie sería ni ha sido culpado, ni podría serlo. Si así fuera, esta carta no tendría razón de existir y Ana no la habría escrito. Pero supongamos — prosiguió, tomando la carta otra vez, — supongamos que haya querido suicidarse. Acababa de enterarse de la infidelidad del marido, de que él estaba enamorado de otra. Le pareció que no la querría más, y resolvió morir; pero quería irse del mundo sin hacer sufrir a nadie, y escribió: "Nadie más que yo es responsable de lo que voy a hacer." ¿De quién se habría sospechado. ¿Quién conocía el poder de la droga? ¿Quién quería deshacerse de Ana? Señores jurados, si Ana de Talton quiso matar, las palabras *Nadie más que yo es responsable* son un contrasentido; si es que quiso suicidarse, esas palabras indican a una persona..., una persona que ella trató de proteger: *¡Su marido!* En esta carta ella dejó prueba de su inocencia.

El jurado se retiró por diez minutos, pidiendo examinar la carta dejada por Ana. No había transcurrido todavía ese tiempo cuando volvió y se hizo el fallo:

— ¡No es culpable!

Mi tío fué hacia Ana, le puso una mano en el hombro, pronunció algunas palabras, esperó un rato y la llevó hasta su casa.

FIN



LA GALLINA CIEGA EN LA ISLA DESIERTA

— ¿Quién es?...

(De "Judge", Nueva York)

Los mismos PRESOS de los TERRITORIOS NACIONALES se ocupan en CONSTRUIR sus CARCELES MODELO

Así nos cuenta en esta nota RAUL GOLDSTEIN



LA población de las cárceles de los territorios está formada en su mayor parte por peones empleados en las faenas rurales: estancias, obrajes, etc., es decir, gente sin reserva económica alguna, en su mayor parte analfabetos o semianalfabetos, cuyo delito varía desde el homicidio, perpetuado en un momento de ebriedad, hasta el cuatrerismo.

También, y con frecuencia, es traído desde los confines del territorio, el indio ignorante, que casi no habla castellano, y para quien la engorrosa tramitación de la justicia es algo nuevo y fastidioso: "una creación del cristiano para perseguirlo y perjudicarlo", como asegura comúnmente.

Gente de tan escasa adaptabilidad al ambiente, con instinto social nulo o deficientemente desarrollado, vese de pronto encerrada en lóbregas celdas junto a criminales natos o profesionales del delito.

Es evidente que quienes han sido separados de la sociedad por su escaso sentido social, no han de adquirirlo precisamente en la cárcel, donde son alimentados sus instintos de perversidad y perfeccionados sus conocimientos y técnica delictiva.

El día que se abren nuevamente para ellos las puertas de la cárcel — por cumplimiento de la pena en el tiempo de su detención, o por sobreseimiento, el absurdo de nuestras instituciones les impone la consigna de no robar, so peligro de que la ley, con mayor rigor entonces, caerá nuevamente sobre ellos.

¿Cómo hará el liberado pobre para allegarse a los suyos, para recorrer las grandes distancias que le separan, para procurarse vestidos y comidas? Y luego, ¿cómo mantenerse en la vida, si todas las puertas se cierran a su paso?

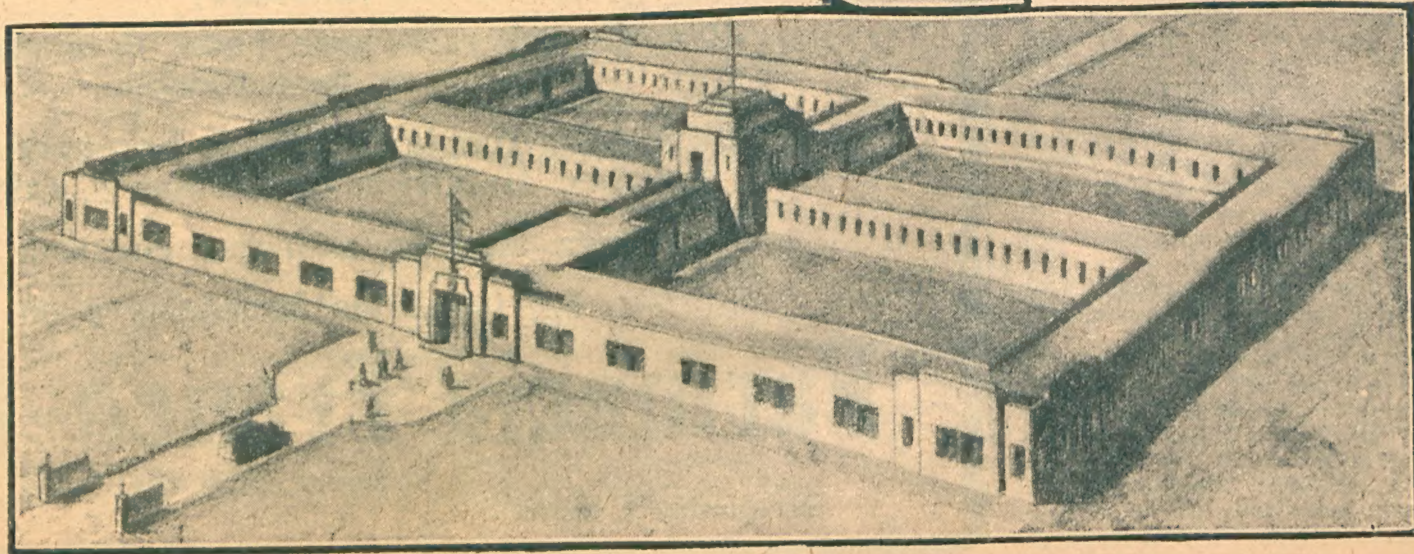
Esto debería ser atendido por la misma sociedad que lo ha repudiado cuando la comisión del delito, la que injustamente prolonga su repudio hasta después que el reo haya pagado su deuda con ella.

Debiera serlo al menos por egoísmo, ya que no por sentimientos humanitarios. Este egoísmo social debe comprender que el noventa y seis por ciento de los presos vuelven al seno social, y si entraron por haberse visto compelidos al robo por faltarles otros medios mejores de subsistencia, después del tiempo en que estuvieran encerrados saldrán dispuestos a incurrir nuevamente en el robo y con mayor peligrosidad quizá, por aquello de los conocimientos adquiridos allí adentro, según dijimos.

Esto, que debiera comprenderlo la sociedad, choca con



Esas mismas cárceles que no hace mucho eran inmundos antros, hoy se hallan totalmente transformadas. Los patios limpios, con toldos, los presos uniformados y, por sobre todo, la higiene y la comodidad.



Uno de los tipos de cárceles, proyectado por la Dirección General. Tiene capacidad para doscientos detenidos; talleres, escuela, biblioteca, enfermería, calefacción, etc. Actualmente se están construyendo cárceles de este tipo en General Roca, Esquel, Rawson y Posadas con la colaboración de los presos.



el falso e injusto prejuicio de que un reo es un ser despreciable e indigno de todo favor.

El Estado, que mantiene una clásica indiferencia en todo cuanto atañe a sus dependencias lejanas, se atiene únicamente a la remisión periódica de los fondos asignados en la respectiva partida del presupuesto, sin interesarle cómo se aplican éstos, y sin importarle un ápice la prescripción del inciso 5º del artículo 13 del Código Penal, que impone la instauración tácita de patronatos.

Conocida la indiferencia del Estado y la sociedad, ya no sorprende saber que las cárceles de las gobernaciones nacionales están en edificios ruinosos, construídas algunas en casas de adobe de paredes en peligro de derrumbe; que la higiene es algo tan desconocido como la pedagogía; multitud de presos hacinados en estrechas celdas, en la tórrida región norteña, a merced de las inclemencias del clima patagónico, en el Sur; hombres abandonados a sus propios medios, inactivos, etc.

(Continúa en la página 17)

Otro de los tipos de cárceles de Territorios Nacionales, proyectado por la Dirección General y construído totalmente por los presos. He aquí una vista de la cárcel construída en Resistencia.



Primera escuelita que, balbuceante aún, inició sus cursos en la cárcel de Resistencia. Hoy funcionan en todas las cárceles de los territorios.

"En el conocimiento de nuestra delincuencia apunta la necesidad imperiosa de la colonia rural", asegura el doctor Juan J. O'Connor, director general de Institutos Penales y de las Cárceles de los Territorios Nacionales Argentinos.



Las viejas cárceles de los territorios eran antros en los que los presos sufrían las mayores penurias imaginables. La presente foto muestra el interior de una sórdida celda, en la cual los presos viven una vida casi primitiva.



Grupo de presos de la cárcel de Resistencia, que se ocupan en la construcción de caminos. Son veinte, y se pasan el día custodiados por tan sólo dos guardiacárceles.



Un aspecto del Penal de Resistencia, tal como era antes de que se le transformara. La sola vista de este patio da una idea del estado de abandono en que se tenía a los presos, que enfermaban con frecuencia.



El grillete, que constituía el mayor escarnio para los presos, ha sido totalmente suprimido. Nótese la desnudez y el abandono de este detenido, encerrado en una de las cárceles del Norte argentino.



Esta es la cárcel que hasta el año 1927 encerraba a los encausados de Santa Cruz. Como se ve, trátase de una construcción primitiva, de cinc, sin comodidades y, desde luego, sin ninguna higiene.

Un interesante ensayo de colonización en "Los Pinos",



Entrada de una de las colonias. Los mirasoles o girasoles son ojos que siguen el camino que recorre el magnífico astro. No son simple decoración, como se cree, sino que serán dentro de poco un nuevo aceite de industria nacional.



¡Gladiolos! ¡Gladiolos! ¡Gladiolos! Del rosado al rojo, del amarillo tierno al anaranjado. El blanco lechoso, el violeta y hasta el azulado. Los colores, vivos, suaves, se suceden poniendo una nota de belleza en el paisaje y un rayo de juventud en los ojos.

EL Balcarce pintoresco es digno del turista más exigente. Nada más bello que sus paisajes vistos a la distancia. Como tapiz de terciopelo verde ondean en los valles y colinas, hasta el pie mismo de la sierra, las plantaciones. Tierra rica ésta, que devuelve el esfuerzo y generosamente entrega al arado su pulpa jugosa. Mirando los campos de labranza se recoge una visión optimista. El trigo dorado, las trilladoras en función, las bolsas rellenas que parecen reventar al exceso; los maizales que el viento agita, y las plantaciones de las ricas papas de Balcarce, que tanto oímos vocear en los barrios de nuestra ciudad, son otras tantas manifestaciones de la riqueza de esta zona, a veces castigada por las heladas tardías o por soles vivos sin el consuelo de la lluvia periódica.

Es recorriendo todo esto, que alcanzo a la distancia los techitos rojos y los muros claros, la arboleda bonita de "Los Pinos", que descubrí en el viaje del ferrocarril. Y heme entonces en camino, una mañana en que la tierra fina se siente y se palpa en el ambiente, sentada en un viejo y cansado automóvil que la Compañía Argentina de Colonización tiene para su representante. Porque es a las Granjas Holandesas (llamadas así porque las habitan hombres de esa región y copian la vida de allá) que me encaminan, en el coche bullicioso, de tornillos flojos y amenazantes *pannes*. Felizmente, para contrarrestar el efecto desmoralizante que el vehículo pueda producirme, es que el representante, un distinguido muchacho porteño, me habla de las Granjas Holandesas, de las que ya me había hablado elogiosamente en Balcarce el doctor Pintos.

¡Granjas Holandesas!... Hombres rubios quemados por el sol, muchachitas de piel estirada y trenzas prietas, mujeres de ojos limpios con mirada translúcida; huertas floridas, campos en flor, telas brillantes. Todo eso pasa por mi imaginación mientras la realidad, en nubes de polvo y ruido de tornillos aflojados, marcha hacia el encuentro de esa civilización.

¿Qué son "Los Pinos"? Lector, toma conmigo el camino y entremos en alguna de las granjas. La granja 5, por ejemplo. Techo a dos aguas de roja teja, chimenea prometedora de tibieza, jardín vistoso como un ramillete. Cuatro, cinco, seis, siete... criaturas que van apareciendo por la puerta de cristales protegida de rameada cortina. ¡Holandesitas vivas..., auténticas! La sonrisa abre sus bocas y muestra sus dientes. El padre, un gigante rubio, aparece detrás de la arboleda.

—¿Ver la plantación?... ¡Pasen! ¡Pasen!... (su castellano es menos armónico



El fotógrafo se ha sentido tentado frente a esta elegante vara florida, que se alza en medio de millares semejantes por su belleza.



Vacas holandesas que son como una mancha en el paisaje y, a veces, una gran realidad productiva.



Frente a una de las confortables viviendas, ocupada por una familia de colonos. Todos trabajan: desde el hombre que se inclina sobre el campo de sol a sol, hasta las criaturas, consagradas a los trabajos propios de su tierna edad.

de Balcarce

Por nuestra enviada especial, ELVIRA FERREIRA



Protegidas por una muralla de eucaliptos, las conejeras albergan numerosos animalitos. Es otra de las industrias más prósperas de las colonias holandesas de "Los Pinos".

que el de sus hijos).

Cruzamos un pequeño terreno sembrado de flores variadas, y estamos frente a la inmensa plantación de gladiolos.

Sobre el verde pesado del follaje, las flores son grandes mariposas aquietadas. La gama pasa sobre los pétalos. Los rosados, los rojos, los dorados, los violetas, y en profusión incontable, los gladiolos blancos, elegantes, albos, orgullosos.

—¡Cuántos!... —alcanza a pronunciar mi asombro.

—¡Cien mil!... —contesta la voz extranjera.

¡Cien mil bulbos! — el verdadero negocio, — ¡cien mil varas en flor! Y el hombre explica:

—La tierra es magnífica, el trabajo amable, los hijos ayudan, los bulbos y las flores producen, los tulipanes y los jacintos se anuncian en promesa y los iris, se levantan con una frialdad de joya fina en el escaparate de la tierra removida.

Son bulbos holandeses los que cultiva el granjero, Diego Bakker.

Las diez granjas de que consta la colonia son otras tantas promesas. Las hay con hortalizas de todas clases, con frutas, con aves, con quesos (tan buenos como los de Holanda).

El granjero vive con su familia en la casa bonita y confortable que la compañía le ha entregado conjuntamente con las treinta hectáreas de tierra.

Y esta tierra, rica y buena, es la que va amortizando ese capital entregado a veinte años de plazo. Si la familia es numerosa, el granjero no necesita peón; sus mismos hijos ayudan a trabajar la tierra.

Son muchos los comentarios que han suscitado estas granjas. Algunos creen en el éxito, otros vaticinan malos resultados; pero lo cierto es que, habiendo mercados cercanos como los hay, para el expendio de los productos, no existe razón que justifique un fracaso. Y las granjas tienen tres años de vida.

Mientras los comentarios corren, las granjas van acumulando esfuerzo, y no sería difícil que el porvenir demostrara que las Colonias Holandesas son una de las buenas cosas con que cuenta Balcarce.

Mientras tanto, el paisaje es ya un descanso para la mirada y los campos cultivados y la construcción y las lindas vacas holandesas de los cuadros regionales, y las holandesitas vistosas, y las flores y los quesos y las aves y lo pies desnudos en el interior de las habitaciones, son todo ello una realidad.

FIN



La granja madre, donde reside el director, señor Eduardo Echagüe, en la estación Pinos, del Ferrocarril Sud, obra concebida y realizada por el gerente general, señor Andrés González de Chaves, fallecido el año pasado.

Inauguración *de la* Escuela Normal *de* San Pedro



A diversos actos dió motivo la inauguración del nuevo edificio de la Escuela Normal Mixta de San Pedro (provincia de Buenos Aires), que coincidió con la celebración de sus bodas de plata. Durante la bendición de la bandera ofrecida por los ex alumnos del mencionado instituto.



Cabecera del banquete brindado a las autoridades, invitados especiales y ex alumnos en la Casa España. Aparecen el actual director del establecimiento, señor Peralta, la ex directora fundadora, señorita Renandicola, y la delegada escolar de la zona, señora de Castro.



Asistieron al acto inaugural el ministro de Instrucción Pública de la Nación, doctor Manuel de Iriondo, el ministro de Marina, capitán de navío Eleazar Videla, y la que fué primera directora de la escuela, señorita Renandicola.



Pronunció el discurso inaugural el ministro de Instrucción Pública de la Nación, doctor Manuel de Iriondo, en la fiesta que tuvo lugar en el salón de actos del nuevo edificio de la escuela.

Fotos Olivieri.

Don Fermín

POR DANTE QUINTERNO



























PAGINAS OLVIDADAS

CASTIGO

POR

ALMAFUERTE

I

Yo juré mi amor sobre una tumba,
sobre su mármol santo!...
¿Sabes tú las cenizas de qué muerta
conjuré temerario?
¿Sabes tú que los hijos de mi temple
saludan ese mármol
con la faz en el polvo, sollozantes,
en el polvo besando?
¿Sabes tú las cenizas de qué muerta,
mintiendo he profanado?
¡No lo quieras oír, que tus oídos
ya no son un santuario!
¡No lo quieras oír!... Como hay rituales
secretos y sagrados,
hay augustos nombres que no todos
son dignos de escucharlos.

II

Yo te di un corazón joven y justo...
¿Por qué te lo habré dado!...
¡Lo colmaste de besos, y una noche
te dió por devorarlo!
Y con ojos serenos... ¡El verdugo,
que cumple su mandato,
solicita perdón de las criaturas
que immolará en el tajo!...
Tú le viste serena, indiferente,
gemir agonizando,
mientras su roja sangre enrojecía
tus mejillas de nardo!
Y tus ojos... ¡Tus ojos de otro tiempo
que me temían tanto!...
Ni una perla tuvieron, ni una sola:
¡eres de nieve y mármol!

III

¿Acaso el que me roba tus caricias
te habrá petrificado?
¿Acaso la ponzoña del Leteo
te inyectó su contacto?
¿O pretendes probarme en los crisoles
de los celos amargos,
y me vas a mostrar cuánto me quieres,
después, entre tus brazos?...
¡No se prueban así, con ignominias,
corazones hidalgos!
¡No se templa el acero damasquino
metiéndolo en el fango!
Yo te alcé en mis estrofas, sobre todas,
hasta rozar los astros:
tócale a mi venganza de poeta,
dejarte abandonada en el espacio!

Los mismos presos...

(Continuación de la página 11)

UN CRITERIO CIENTIFICO

El hombre delinque, o por deficiencias orgánicas o psíquicas; o por falta de instinto social, salvo el pequeño porcentaje de los ya definitivamente incorregibles. Si su delito obedece a impulsos de esas deficiencias orgánicas o psíquicas, es un enfermo, y como tal debe ser atendido y curado.

Si lo es a causa de la carencia o deficiencia del instinto social, se hace imperiosa la creación o fortalecimiento en ese individuo de la disciplina social. Esta disciplina se fortalece o se crea reeducando al detenido, instruyendo al analfabeto, haciéndoles trabajar en obras de pública utilidad, pagándoles un jornal y propendiendo por mil modos a facilitar su reintegramiento, vale decir, a prepararles con medios eficientes y honrados, a la lucha por la vida.

Todo ello, y en el convencimiento de que el ochenta por ciento de la delincuencia rural es reformable, indujo al doctor Juan J. O'Connor, entonces inspector nacional de Justicia, a hacerse cargo de la Dirección General de las Cárceles de los Territorios, e iniciar inmediatamente de posesionarse de la misma, en 1924, importantísimas reformas.

COMO ERAN LAS CARCELES

Las fotografías que ilustran esta nota dan una idea aproximada de cómo vivían los presos en las lóbregas prisiones de los Territorios Nacionales.

En la cárcel de Rawson, por ejemplo, no había ni el menor rudimento de instalaciones higiénicas: las aguas servidas se acumulaban en el mismo patio, formando charcos que hacían imposible la vida allí.

La lata de nafta es un elemento de suma utilidad y recurso en estos establecimientos: sirve en la cocina para preparar el rancho, en el patio como plato y en los dormitorios para suplir, de noche, el permiso del celador.

El reo ingresaba con sus ropas civiles, muchas veces manchadas con sangre y con ellas permanecía hasta su egreso: sucio, andrajoso, maloliente. Esta falta de uniformidad en los vestidos se extendía hasta los mismos funcionarios. En la Pampa no había dos guardiacárceles que vistieran idéntico uniforme.

A los peligrosos se les engrillaba de manos y pies y se les abandonaba a sí mismos, casi siempre semidesnudos, no importaba si hiciera frío o calor.

Y la inactividad desesperante. El preso podría estar hasta dos años o más allí dentro, sin hacer absolutamente nada: caldo propicio para el cultivo de todos los gérmenes del vicio y del crimen.

L A R E F O R M A

Este estado de cosas no podía continuar así. Y las primeras providencias del director general fueron suprimir los grilletes, vestir a los presos con uniformes lavados por el mismo establecimiento, y con la perseguida intención de darles talleres, escuelas y casas nuevas, fué, poco a poco, corrigiendo muchos otros defectos.

Siempre se ha dicho, y no está de más repetirlo, que la incomprensión de la gente y los vicios inherentes a toda organización burocrática, son las vallas más peligrosas para toda idea generosa.

Así es cómo el noble aliento del doctor O'Connor debió luchar tenazmente con el enquistamiento administrativo y la ignorancia de la población, que se traducía en postergaciones o denegaciones francas, a sus lógicas solicitaciones, las cuales asombraban al ministerio por lo atrevido de su plan humanitario.

Parecíales que "humanitarismo" no era palabra adecuada para el trato con los presos, que muchas veces podrían no ser condenados, pues dichas cárceles son de encausados, solamente.

Con los escasos medios que le permitía su función y con la buena voluntad de los directores locales, gente de sano entendimiento y gran corazón, se lanzó de firme a la tarea de prestar un nuevo cariz, un humano cariz, a la triste situación de esos hombres encarcelados.

—Hay que construir nuevas cárceles — se dijo. — Pero antes hay que sacar inmediatamente a los presos de esas casas ruinosas en que malviven.

Con pocas chapas de cinc, alambre tejido y constancia, construyó sus llamadas cárceles provisionales, a las que dotó de obras sanitarias, talleres y luz eléctrica, generada en el mismo local. Puso colchonetas nuevas, uniformes y limpias; separó y ordenó a los presos; distanció las camas en la medida correspondiente para evitar el hacinamiento; vistió y aumentó el cuerpo de guardia; suprimió los grilletes y las cadenas; prohibió terminantemente los castigos corporales, bajo pena de substitución para quien los ejecutare...

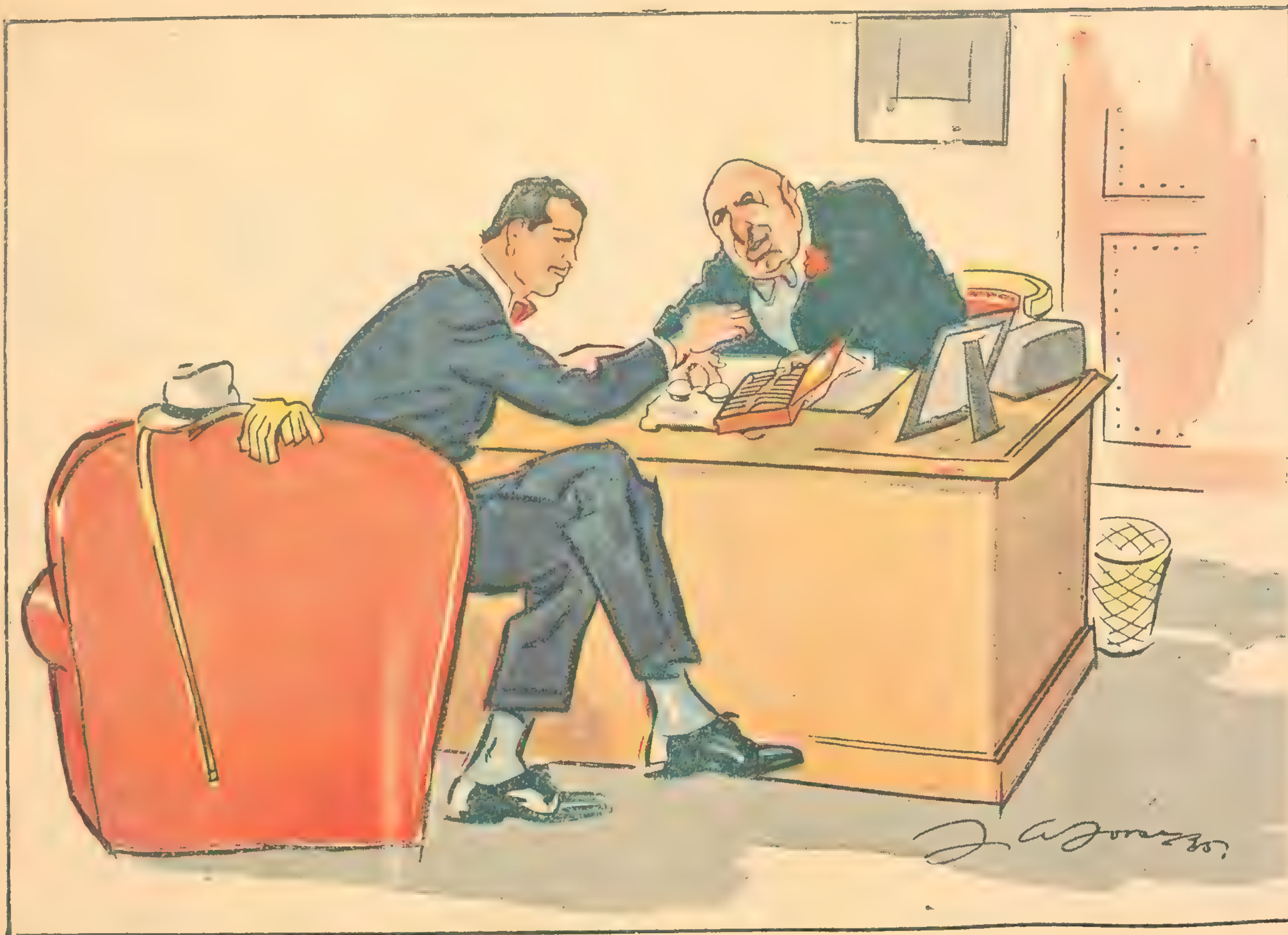
Sólo quedaba un problema: darles trabajo.

Con los mismos presos, y en beneficio de ellos puso manos a la obra de hacer construir cárceles sólidas, cómodas y modernas. El mismo ideó los planos, él mismo computó el costo, él mismo instruyó el manejo de la edificación.

La primera cárcel que se construye así es la de General Roca (Río Negro), a la que siguen las de Rawson

(Continúa en la página 31)





cuantiosa fortuna, en América o en el Cercano Oriente.

—He encontrado un salvador — era frecuente oír decir a alguna de aquellas ilusionadas aspirantes a la fama y al dinero. — El agente corre con mis gastos durante todo el viaje, hasta el momento del contrato, el cual comienza con doce meses y paga excepcionalmente buena para una principiante. Estaré convertida en una millonaria cuando vuelva.

Sólo que jamás volvían. Schweizermann, un hombre llamado Mateo desde Buenos Aires, y otro de nombre Jussef, estacionado en el Cairo, se encargaban de que el asunto tomara cursos completamente opuestos a los diseñados en su comienzo, para regalo de los oídos admirados de la futura gloria del arte escenográfico.

El caso de ISIDORO SCHWEIZERMANN

EL Concilio de los Seis" compuesto de otros tantos miembros, delincuentes idealistas, enemigos implacables de los explotadores modernos del crimen, juega un importante papel en esta corta historia.

Los carnosos labios de Isidoro Schweizermann se torcieron en un gesto de disgusto. Su cabeza calva movióse lentamente de un lado a otro con resignación forzada, mientras con un dedo gordo y cuajado de brillantes golpeaba el tapete de su escritorio de trabajo.

—Otro suicidio; el río como cómplice por esta vez—suspiró mordiendo la punta de su cigarro Corona. — Otra fuente de recursos agotada. Estamos perdiendo constantemente nuestros mejores clientes, Philip.

Philip M' Corkadale se encogió de hombros.

—Ni este negocio está muy seguro en esta época de depresión — dijo. — Y por otra parte, tal vez sea mejor que tal cosa haya ocurrido. "Esa" me parecía de las que podría habernos perjudicado hablando.

—No soy de la misma opinión — replicó de inmediato Schweizermann. — Encendió el cigarro y comenzó a decir entre bocanadas de humo: — Mi experiencia de toda la vida, Philip, me ha enseñado que uno de los sentimientos más arraigados en la naturaleza humana, es el que incita a las personas a conservar celosamente oculto el secreto de la propia degradación. Nadie quiere hacer pública su deshonra. Si yo no hubiera utilizado las ventajas que proporciona este precepto infalible, no hubiera llegado a la posición que ahora ocupo; — una sonrisa vanidosa se dibujó en su boca, y con gesto urbano extendió la caja de cigarros a su interlocutor. — Sírvase, amigo.

M' Corkadale, cubano de nacimiento y educación, ciudadano inglés en la actualidad, por naturalización, era el tipo acabado del buen mozo.

A lo largo de uno de los tortuosos caminos que había seguido en su vida, en aventuras de dudoso carácter a la pesca de fortuna, en una casa de mala reputación de una capital sudamericana, se había conquistado una noche la eterna gratitud de Schweizermann, desviando a tiempo una puñalada dirigida a las bien forradas costillas de Isidoro.

Schweizermann era el dueño de la Agencia Teatral y Cinematográfica de Estrellas, institución con sucursales en Londres, París y Berlín, organizada con el objeto de facilitar el cumplimiento de sus aspiraciones artísticas, a mujeres jóvenes y hermosas, proporcionándoles el modo de llegar a la pantalla o a la escena, y colocarlas en el camino de una gloriosa carrera y de una

Por otra parte, el Bureau de Empleos Domésticos, colocado inteligentemente en una pequeña oficina en Fleet Street, rendía a su organizador cuantiosos beneficios. Las "sirvientas" que Isidoro colocaba, invariablemente en las casas de las familias de apellido y fortuna, pagaban su generosidad al que les había conseguido tan ventajosa posición, enviándole cartas comprometedoras, fotografías, e informes que podrían sacar a relucir asuntos escandalosos, recogidos "por casualidad" en el cumplimiento de sus obligaciones de servidoras.

Y tales eran los elementos utilizados por Schweizermann para dedicarse al chantage, una de sus actividades preferidas.

No obstante, la fuente principalmente lucrativa de sus negocios, era el préstamo de dinero. Exprimiendo usurariamente a los infelices que por necesidad caían en sus garras, obteniendo intereses exorbitantes con ejemplar desconsideración de la desgracia ajena, había amasado principalmente su fabulosa fortuna privada. Las operaciones comerciales habíanse extendido en tal forma al cabo de un tiempo, que Schweizermann consideró oportuno demostrar su gratitud a M' Corkadale, haciéndolo su socio. Su elección fué premiada con nuevos éxitos en las recaudaciones.

Cuento por PEDRO FONTAN

Corkadale extendió la mano hacia la caja de cigarros, cambiando de dirección antes de llegar a ella, para señalar una fotografía colocada dentro de un marco de plata opaca, digno de la hermosura de la imagen de la mujer que encuadraba. Con tono que trató de hacer desprovisto de interés, preguntó:

—¿Ha hablado ya usted a Reba acerca de mis aspiraciones?

Schweizermann frunció el entrecejo asintiendo con la cabeza.

—¿Cuál fué su respuesta? — Corkadale no trató ya de disfrazar su ansiedad.

Antes de responder, Isidoro tomó la fotografía y la contempló unos momentos admirativamente. Estaba muy orgulloso de su adorable hija, a quien la muerte de la madre ocurrida en los días del nacimiento de la criatura, había dejado por completo a su cargo. Desde entonces, él le había prodigado todo cuanto el dinero puede pagar. Con todo celo y determinación evitó siempre hablarle de sus negocios; no quería que Reba conociera el precio de las sedas que vestía; que tuviera idea del número de almas torturadas, vidas deshechas, carreras fracasadas, y sufrimientos sin cuento, que servían de pedestal a sus riquezas. Tenía interés en que su hija gozara sin pena de sus caballos de raza, sus vestidos avaluados en fortunas, su Rolls-Royce.

M' Corkadale amaba sinceramente a Reba. El deseo más apremiante de su vida era, por entonces, hacerla su esposa.

Schweizermann no tenía razones para levantar objeciones a esta pretensión, pero no podía menos de dar rienda suelta a su hilaridad cada vez que su socio aludía a su amor. Sin embargo, como no tenía deseos de herir su sensibilidad, dióle nuevamente una respuesta evasiva.

—Reba es joven y quiere divertirse antes de tomar sobre sí la carga del matrimonio. Sea usted paciente. Creo que no tardará mucho tiempo antes de considerar que le hace falta su casa propia y la protección de un marido.

—¡Que no pasará mucho tiempo!... — gruñó M' Corkadale. — ¡No pasará mucho tiempo antes de que se decida a mandarse mudar con uno de esos petimetres que la asedian a toda hora! El Kellaway ese para empezar...

—¡Dick Kellaway! — Schweizermann entrecerró los ojillos. — Si yo creyera por un solo momento que...

—Debe estar ciego, usted, para no darse cuenta que él no la deja en paz...

—Este asunto quedará concluído dentro de pocos días. — Schweizermann se expresó con firmeza. — No se preocupe usted por esto. Le aseguro que no tendrá importancia.

Dos días más tarde, halló la ocasión de considerar el tema que lo preocupaba, en una conversación formal con su hija. Concluída la cena entró al dormitorio de Reba, a quien halló cambiándose el vestido con febril rapidez.

—¿Qué te trae aquí, papá? — preguntó ella con viveza y alegría.

—Quisiera hablar seriamente contigo, acerca del joven Kellaway...

—¿Quieres que hablemos de Dick? Es una perla ese muchacho, ¿no te parece? — Reba dió un último vistazo a su negro vestido de encaje y tiró un beso con la mano a su padre. — Estoy pensando seriamente en casarme con él.

—¿Ah, sí? — replicó su padre. — Este es precisamente el tema que quiero discutir contigo.

—Como quieras, papá; pero no hoy, porque estoy muy apurada. No quisiera llegar tarde a la ópera.

—¿Vas con Kellaway?

—No. No puede salir esta noche. Han llegado unos parientes de no sé qué rincón del país, y el pobre no tiene más recurso que quedarse haciéndoles compañía. Esta noche me acompaña el señor West, un muchacho muy interesante que conocí en la sesión de teatro representada por aficionados en casa de Lady Lancing. Ya sabes que yo formaba parte del elenco. El me vió actuar, y según dice, le gusté mucho. Le agradecí sus críticas. Yo quiero ser artista, papá...

—¡Reba...! — empezó a decir Schweizermann con voz autoritaria. Pero nadie le escuchó. Su hija, luego de hacerle un gesto amistoso con la mano, salía ya de la habitación.

Ceñudo, volvió a su estudio. La sola idea de que Reba quisiera dedicarse a la escena le robaba la tranquilidad. Conocía muy bien el destino de las postulantes al arte del espectáculo por excelencia, cuando poseían en su haber más belleza que talento. Estaba a medio fumar el segundo de sus acostumbrados cigarros de marca superior, cuando oyó el ruido de la aldaba al caer fuertemente sobre la puerta de calle. Voces excitadas en el vestíbulo lo sucedieron.

Saliendo rápidamente a la galería, interrogó con irritación a su ayuda de cámara:

(Continúa en la página 21)

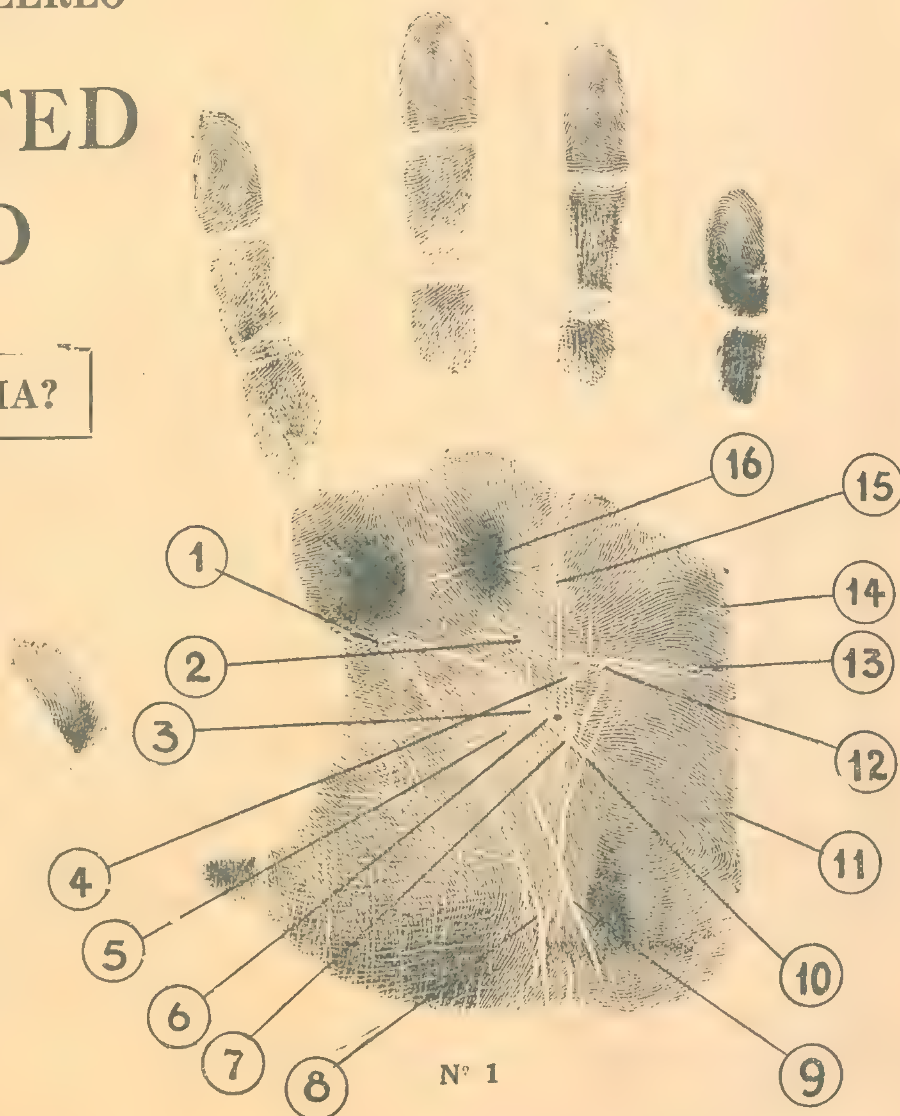


TODOS LLEVAMOS EL DESTINO EN LAS LINEAS DE LAS MANOS

PERO MUY POCOS SABEN LEERLO

APRENDA USTED A HACERLO

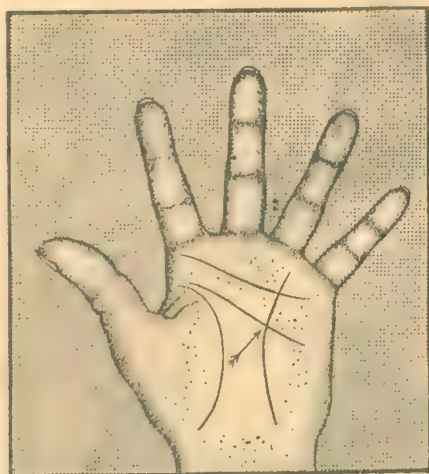
¿QUE LEE USTED en esta PALMA?



Nº 1

DESEARIAMOS que los lectores de esta página contribuyeran, sin engañarse a sí mismos, al carácter didáctico — además del ilustrativo — que tiene esta sección. Y para ello es necesario que prescindan del texto que acompaña a esta pregunta. ¿Cómo? ¿En qué forma, ya que precisamente ha sido estampado para que se lea? De la manera siguiente: Es preciso que, haciendo caso omiso de la información que insertamos, el aprendiz de quirósofo trate de estudiar, personalmente, esta mano (la número 1) y luego coteje sus conclusiones con las afirmaciones nuestras. Como puede advertirse, estamos en pleno terreno de ejercitación quiromántica, y de su éxito depende en gran parte la ética que el aficionado ponga, no engañándose ni haciéndose trampas, como ciertos jugadores de "solitarios" en la baraja, que, para ayudarse a resolverlo, no trepidan en cambiar la colocación que el azar designa a las cartas.

Una vez hecho el estudio de las líneas de la epidermis, habrá llegado el momento de consultar lo que más abajo se lee. Mientras tanto, y confiados en que la disciplina moral de cada uno servirá de valla a la curiosidad, antes de aplicarse al estudio, pasamos a examinar los signos.

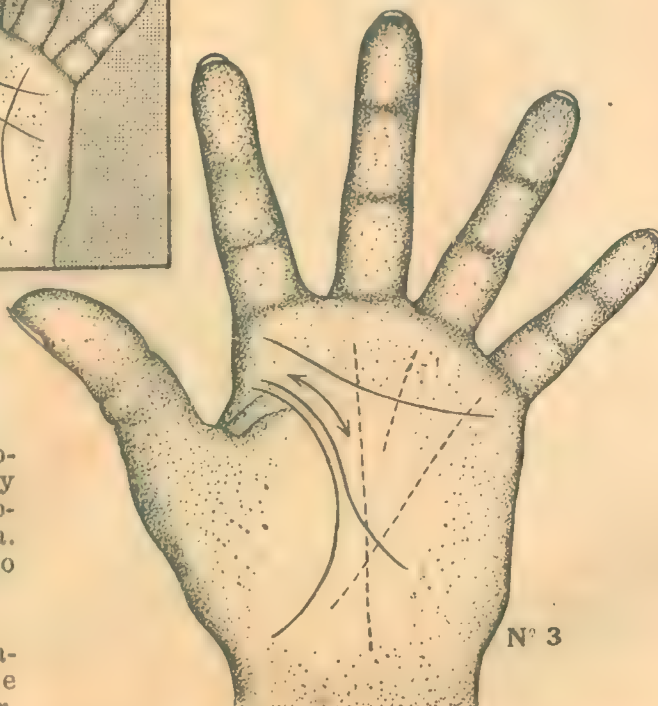


Número 1. — Línea cerebralis que se une normalmente a la de la vida. Temperamento equilibrado, pero, siendo ancha en su juntura, testarudo y resuelto en forma de carácter firme, hasta el fin de sus días.

Número 2. — Rama de la línea del corazón: una hacia la línea de la cabeza y otra hacia el monte de Saturno, donde comienza realmente la raya. Mucha cautela. No se deja cautivar así nomás. Desconfiado en sus relaciones amorosas.

Número 3. — Especie de diagonal o "plazuela", si se nos permite el término, donde van a dar la línea de la cabeza, la saturniana, varios gajos desprendidos de la del corazón y una ramificación de la solar. Convergencia de sentimientos e ideas en procura de éxitos o de una orientación determinada en la existencia.

Número 4. — Círculo. Exito logrado con tenacidad y afán. (Del círculo parten varios hilos hacia la diagonal descripta anteriormente.)


Nº 3

Número 5. — Saturniana unida por una horizontal a la línea de la cabeza. Razonamiento disciplinado. Espíritu deductivo. Intervención de la mente en los trabajos y labores. Medita mucho y toma posiciones antes de emprender una tarea de la que espera obtener beneficios.

Número 6. — Solar cortando la línea de la cabeza. De nuevo aparece el atrayente augurio del éxito. Además las varias líneas que acompañan la solar hasta el monte de Apolo significa que obtendrá beneficios materiales que no significarán desmedro de sus condiciones artísticas no muy acusadas, por cierto...

Número 7. — Excentricidad. Un poco de desvarío. Alteraciones nerviosas y psíquicas que serán conjuradas por una voluntad firme.

Número 8. — Padecimientos en los últimos años de su vida.

Número 9. — Fracaso del fruto de sus empeñosos trabajos, a una edad madura.

Número 10. — Terminación de la línea de la cabeza. Naturaleza práctica. Poca imaginación. Tozudez.

Número 11. — Melancolías. Arrebatos indefinibles.

Número 12. — ¡Cuidado con los males cardíacos!

Número 13. — Amores seniles.

Número 14. — Inclinación, sobre todo en el término medio de la vida, por la quietud doméstica y solariega.

Número 15. — Un amor desgarrante, de esos que dejan su rastro sentimental en todas las horas, y se convierten en un recuerdo a la vez delicioso y amargo, que ocupa los entresueños y a veces nos hace soñar despiertos.

Número 16. — ¡Cuidado con los desengaños!

(Continúa en la página 65)

CONSERVE ESTA PAGINA Y TENDRA EL MEJOR TRATADO DE QUIROMANCIA







¡TITO!

Por CARL ANDERSON
(De "The Saturday Evening Post".)

Derechos exclusivos de reproducción adquiridos por MUNDO ARGENTINO

El caso de Isidoro...

(Continuación de la página 19)

—¿A qué se debe ese estruendo?

Un hombre alto se llegó a él apresuradamente. Entre el cuello levantado de su pesado abrigo, emergía una bufanda que acababa de cubrir casi por completo sus facciones. No se había sacado el sombrero cuya ala flexible sombreaba marcadamente sus ojos.

—¿Hablo con el señor Schweizermann? — inquirió con voz ronca. — Venga usted inmediatamente... Su hija acaba de sufrir un accidente...

—¡Reba! — Schweizermann sintió que su corazón dejaba de latir. — Voy en seguida.

Con mano nerviosa descolgó el abrigo y el sombrero de la percha cercana. Ya junto al coche del desconocido, interrogó ansioso:

—¿Se ha herido gravemente? — Su acompañante ayudóle a subir al vehículo.

La cosa ocurrió del siguiente modo — empezó a explicar. Pero Schweizermann nunca pudo enterarse de lo que siguió, porque unas pesadas manos se cerraron en torno a su garganta cortándole el aliento, mientras un paño empapado en algo de olor penetrante se apretaba fuertemente contra sus narices.

Cinco horas después, Schweizermann recobró la conciencia. Sus ojos velados empezaron a recorrer el estrecho recinto en que se hallaba. Estaba reclinado en un angosto camastro colocado en un aposento obscuro, con todas las apariencias de una celda. Una pesada puerta de madera y barrotes de hierro cerraba la única apertura de la habitación. La escasa luz que le servía para poner en claro su situación, penetraba por un ventanuco enrejado situado en lo alto de la pared trasera.

De su garganta escapóse un lamento al tratar de llamar. Instantáneamente, la pesada puerta se abrió para dar paso a un hombre corpulento y fuerte, cuya cara estaba oculta por un negro antifaz. El carcelero se acercó al cautivo; obligólo a ponerse de pie asiéndolo violentamente por el cuello, y empujándolo luego a lo largo de un corredor, ayudólo a transponer varios peldaños de una escalera de hiero que concluía en una habitación en la cual dejólo libre.

No sabiendo si considerarse dormido o despierto, Schweizermann miraba atónito y con creciente temor a otros cinco hombres, igualmente enmascarados, que al parecer aguardaban su venida, sentados en torno de una mesa.

Uno de ellos se inclinó ligeramente hacia él, diciéndole con naturalidad:

—Tome usted asiento — al par que indicaba con un gesto una silla desocupada.

—Devuélvanme mi libertad — rugió Schweizermann, adoptando de pronto un aire petulante, recobradas por fin sus facultades. — Este atropello ha durado ya demasiado. ¿Quiénes son ustedes para...?

—¡Somos el "Concilio de los Seis"!

Al oír esta respuesta, Schweizermann aceptó de súbito la invitación de tomar asiento, que había despreciado hacía unos momentos. Las rodillas le flaquearon, mientras toda su petulancia seguía el camino de su resistencia física. No era la primera vez que oía nombrar a aquella sociedad compuesta de los famosos "Seis Delincuentes Idealistas", culpables de atrocidades, aunque sólo cometidas contra los criminales que con astucia se habían burlado siempre de las leyes. Se hallaba frente a los más grandes idealistas del mundo, los distribuidores de una rápida y terrible justicia, que alcanzaba implacable a los transgresores de las penalidades de los códigos de los gobernantes. Schweizermann, como muchos otros magnates del hampa, consideraba desbandado al célebre concilio, única autoridad ante cuyo nombre se había estremecido de temor alguna vez.

El "Concilio de los Seis Delincuentes Idealistas", título concedido en son de escarnio en un principio, como timbre de honor luego, por el editor del "Daily Clarion" a sus seis componentes, cuando colocados al margen de la sociedad, y perseguidos por la justicia, lucharon reñidamente por ganar la batalla en la que la Liga de las Naciones, en el año 1933, hubo de replegarse derrotada ante el fracaso de sus gestiones por destruir la coraza de acero levantada ante la paz mundial, por el armamentismo. Y allí donde las gestiones diplomáticas no pudieron dar un paso en pro de los intereses de la paz mundial, la espectacular exposición de la verdad, realizada por el Concilio, desenmascarando a los traficantes de guerras, evitó sin duda el estallido de un nuevo conflicto de inmensas proporciones.

Con el triunfo y la gran alegría que el éxito les proporcionó, llegó asimismo al decreto de descanso dictado por Lord Alastair Brandon, presidente de la agrupación. "En este momento — había dicho a sus camaradas — somos demasiado populares para poder trabajar de un modo eficiente. Cualquier esfuerzo en que nos empeñemos será destruído por la propaganda de los diarios sensacionalistas. Es esta la razón que invoco al exhortarles a que nos dividamos, a que nos separemos por un lapso considerable, durante el cual, el mundo pueda dirigir su atención hacia otros asuntos de actualidad, y olvidar nuestra existencia. Durante un año sigamos diferentes rutas, creemos intereses separados, viajemos si es necesario; emprendamos cualquier aventura, y tratemos de descansar entretanto, recuperar nuestras energías gastadas, pues toda la que tengamos será luego empleada con fines útiles. Y sobre todo, desaparecidos para el mundo. Es de todo punto necesario que nos olviden. Dentro de doce meses justos, aparecerá en la columna de la correspondencia personal, en el "Times", de Londres, un mensaje cifrado en nuestra clave. La firma será la palabra "Seis", y sellará la orden de que volvamos a reunirnos."

El año de voluntaria inactividad acababa de fenecer. Una vez más el "Concilio de los Seis" se hallaba reunido, organizado para reasumir su campaña contra los grandes criminales de la época, contra los egoístas que nutren su avaricia con la miseria y el dolor de millones. El trabajo iba a demandar grandes esfuerzos. Con la misteriosa disolución del Concilio, poco tiempo después del sonado triunfo al que debía su crédito, una ola de crímenes sin precedentes barría el mundo.

—Nosotros — dijo de nuevo el enmascarado que había tomado la palabra — lo hemos estado observando, Schweizermann, desde hace un tiempo. Esto significa que su Agencia de Empleos de la calle Fleet, su tráfico de artistas de cinematógrafo y teatro, la existencia de sus odiosos coaligados

(Continúa en la página 29)



Pudo ser la suya una...

HERENCIA

...de orgullo, y en cambio lo fué de oprobio.

CUENTO POR ANTONIO F. GER

NO hacía aún una hora que había ingresado en los escritorios de "La Gótica", cuando el encargado de enseñarme el trabajo que debía realizar en lo sucesivo, me dijo, en tono confidencial:

— Aquí somos diez y seis empleados. La mayor parte buenos muchachos, en los que se puede confiar con los ojos cerrados; pero hay tres que no son leales y de quienes es peligroso fiarse.

— Muchas gracias por la confidencia — le dije.

— Esos tres empleados son Retes, Olivio y Crujés. Los dos primeros ya están un poco desengañados; en vista de que su condición de "lenguaraces" no les ha dado provecho, van perdiendo su peligrosidad. Pero no ocurre lo mismo con Crujés. Es temible, tan temible que el mejor día vamos a pisotearlo sin compasión. Vive con el oído alerta, y no puede oír un comentario, por simple que sea, que no se lo transmita al jefe, muy bien condimentado y aumentado.

— ¿Y el jefe?

— Figúrese usted. Con decirle que no progresamos ninguno, a pesar de nuestros merecimientos...

— Esto es indigno.

— Indigno y desesperante. Pero todo tiene un límite, y Crujés acaso no esté muy lejos de él. No olvide usted que en este mundo se paga el daño, y en muchas ocasiones con creces.

— Efectivamente. ¿Y cuál es Crujés?

— Ese que está allí. El segundo de la derecha.

Miré hacia donde me indicaba mi compañero, y tuve ocasión de conocer al tan temible Crujés. No era un hombrón imponente, como me lo había imaginado mientras escuchaba a mi interlocutor, sino un ente insignificante, giboso, flaco, y con una larga y afilada nariz de pico de rapaz. Vestía un traje verdoso, a fuer de descolorido, y llevaba, cabalgando sobre la nariz, unas antiparras por sobre las cuales miraba.

— ¿Es posible que ese sujeto pueda ser tan dañino como usted dice? — inquirí.

— ¿Es que lo duda usted? Pues si lo duda usted ya tendrá ocasión de comprobarlo.

— Perdone, pero no lo dije en son de duda, sino en son de sorpresa. ¡Lo que son las cosas, Señor! Los más insignificantes, los más infelices son casi siempre los enemigos más grandes. Pues yo me cuidaré de él, pierda usted cuidado. Y muchas gracias por la indicación, porque yo soy muy confiado y, a pesar de la cara de poca confianza de ese hombre, hubiera caído, embaucado por su sonrisa diabólica.

— Hubiera caído, no le quepa a usted duda. Hubiera caído como hemos caído todos.

Después de esta breve charla no volvimos a ocuparnos de aquel hombre detestable; pero eso sí, por mi parte me juré andar con pies de plomo frente a él.

Podrá parecer extraordinario, increíble, y, sin embargo, no puede ser más cierto. Anselmo Crujés y yo, al cabo de una semana, éramos dos excelentes amigos. Nos ayudábamos en nuestro trabajo, salíamos juntos, y por las noches nos reuníamos en un café, a charlar, o nos íbamos al teatro.

Esto, naturalmente, produjo un gran desconcierto entre los demás empleados de "La Gótica". No podían admitir que yo hubiera intimado con aquel hombre insociable y peligroso. Acaso también pensaron de mí cosas poco agradables, porque rehuían mi camaradería.

Tratado a fondo, Anselmo Crujés no era lo que parecía. La fatalidad le había dado aquel aire repelente y servil.



Acaso su padre o su madre, a quienes no habría conocido, fueron en vida — o seguirían siéndolo, si vivían aún — dos seres despreciables, tanto o más despreciables que él. Y ésta había sido su única herencia, después de haberlo abandonado en manos mercenarias.

En realidad, Crujés era un esclavo de sus deberes. Por cumplirlos celosamente caía, sin quererlo, en aquella especie de servilismo que, lo comprendía él perfectamente, no le honraba, ni siquiera frente a sus superiores, que eran quienes salían ganando.

Górriz, el que me había informado sobre Crujés, no cesaba de reprocharme mi amistad con él.

— Hace usted mal — me decía — en alternar con ese hombre. Esto le desmerece a usted en nuestro concepto.

— Lo comprendo, y lo siento muchísimo — era mi respuesta, — pero no puedo evitarlo. Me siento atraído hacia Crujés, no sabría decir si por una extraña simpatía o por una profunda compasión. En realidad, Crujés no es tan mala persona como ustedes suponen..., y como parece. Es un desdichado. No ha conocido a sus padres ni ha tenido jamás un cariño; alguien que le hiciera olvidar sus penas, su mísera condición y su aspecto detestable. En esto, sin duda, se encierra toda la tragedia de este hombre, que no es malo aunque lo parece, y que no es bueno porque no quieren ustedes reconocer que lo es.

En mi respuesta había calor, sinceridad. Estaba convencido de lo que decía. Me bastó oírle hablar de su vida para comprenderle; para saber que era bueno.

Esto ocurrió una noche, al salir de la oficina, pocos días después de haber yo ingresado en la nómina del personal de "La Gótica". No había dado veinte pasos, camino de mi casa, cuando sentí que una mano se apoyaba en mi brazo y que una voz, no del todo desconocida, pronunciaba mi nombre.

— Señor Mirras...

Me volví, y cuál no fué mi sorpresa al ver que quien me había tomado del brazo era nada menos que Anselmo Crujés, el tan temible compañero. Confieso que en aquel momento sentí miedo y repulsión hacia él. Crujés, con la voz temblorosa por la emoción, continuó:

— Si no lleva usted apuro y quisiera acompañarme al café, se lo agradecería muchísimo.

La invitación, inesperada, me dejó perplejo. ¿Qué debía hacer? ¿Aceptarla? ¿Rechazarla?

La educación que he recibido de mis padres no me permitió cometer una descortesía con aquel hombre, que, después de todo, no me había hecho daño alguno. Y así fué que le repuse:

— Lo acompañaré con mucho gusto.

Entramos en el café de la esquina y nos ubicamos en torno de una de las mesillas; a la más apartada de todas, porque Crujés debió tener miedo de que nos sorprendiera alguien juntos. Entonces, con una sinceridad que me pareció sospechosa, me abrió su corazón.

— Yo no sé, señor Mirras, si alguien le habló ya de mí, porque en ese caso... Yo hubiera querido ser el primero en presentarme a usted, no como lo que parezco, sino como lo que soy en realidad.

— Puede hacerlo — le mentí — porque nadie me habló una palabra de usted.

— ¿De veras?

— De veras.

Anselmo Crujés suspiró como aliviado de un gran peso. Creo que hasta sonrió. ¡Cuánto no hubieran dado, seguramente, nuestros demás compañeros por verle sonreír así como le veía yo! Con los ojos iluminados por una secreta alegría, siguió diciendo:

— Pues me alegro mucho de que aún no le hayan hablado de mí, porque le hubieran mentido. Sí; le hubieran mentido. Le hubieran dicho cosas muy crueles de mí y usted las habría creído.

— No las hubiera creído — me defendí débilmente.

— Sí; las hubiera creído, como las han creído los demás. Pues sepa usted, señor Mirras, que yo no soy lo que parezco. Yo no hago daño a nadie, ni me ocupo de nadie; vivo solo, reconcentrado en mí mismo, ciego a cuanto me rodea. Pero nadie sabe interpretar este mi modo de ser, mil veces superior a mi voluntad...

Siguió hablando de sus sentimientos, de su infancia, de su vida sin afectos, ni ilusiones ni esperanzas. Y yo le escuchaba suspenso, sin acertar a explicarme si me inspiraba compasión o desdén, si era realmente sincero o farsante. Y es que en aquellos momentos, mientras me rendía a las palabras de Crujés, danzaba en mi mente la figura de Górriz, inclinado junto a mí, susurrándome al oído: "¡No le creas! ¡Es un hipócrita! ¡Está mintiéndote! ¡No le creas!"

Cuando nos dimos la mano, despidiéndonos, yo no estaba seguro de que me hubiera conquistado, ni Crujés debió estarlo tampoco. Luego, sin proponérnoslo, sin desearlo, nos buscábamos, nos ayudábamos, charlábamos...

Cuando quisimos recordar, éramos ya amigos; quizá demasiado amigos.



A todo esto, la animosidad contra Crujés seguía creciendo en nuestros compañeros, y se extendía por reflejo hacia mí. Lo odiaban a él sin poder remediarlo, y me odiaban a mí porque era su amigo. No querían comprender que Crujés era un infeliz que había venido al mundo por una aberración, acaso para purgar las faltas de quienes lo habían concebido. Nada bastó para calmar los ánimos, y así fué cómo, al poco tiempo, acabé siendo señalado a los nuevos empleados como un compañero peligroso más.

Este vacío de que me sentía rodeado, poco a poco fué afectando mi sensibilidad. Injustamente, acaso, empecé a sentir animadversión por Crujés; le miraba con desdén y evadía su trato en

(Continúa en la página 53)

PARA LAS MADRES

Por EL MEDICO DE GUARDIA

REMEDIOS CASEROS A BASE DE MIEL

Respondiendo a las consultas de algunas madres, reproducimos a continuación un suelto referente a los usos caseros de la miel, como remedio.

Por su importancia creemos que esta divulgación será útil para todas las madres.

He aquí, pues, los usos que pueden hacerse de la miel:

Irritación de la vista. — Se hierven en partes iguales miel y agua, y se lavan los ojos enfermos repetidas veces al día con esta solución tibia, echando una gota en los ojos sobre los párpados.

Quemaduras. — Las compresas de miel aceleran la curación de las quemaduras.

Insomnio. — La miel sirve de calmante. Con frecuencia es sólo suficiente tomar una o dos cucharadas de buena miel antes de acostarse para poder dormir tranquilamente.

Abscesos. — Se hace una pasta con harina y miel. Los abscesos tratados en esta forma se abren y curan pronto.

UN NIÑO NORMAL NECESITA EN LOS PRIMEROS MESES ALREDEDOR DE CIEN CALORIAS, Y DESPUES ENTRE SETENTA Y CINCO Y OCHENTA POR KILOGRAMO DE PESO Y POR DIA. DE MODO, PUES, QUE DEBE DARSELE UN ALIMENTO PROPORCIONAL PARA QUE LAS PRODUZCA.

Dolor de garganta. — 1. El gargarismo siguiente es excelente para las amígdalas: se hacen hervir en agua una cuantas hojas de salvia pasando el líquido por un colador y agregando luego una cucharada de miel y otro tanto de vinagre en una taza.

2. El siguiente gargarismo es un poco fuerte pero de excelentes resultados: en un poco de agua boricada caliente se disuelve una cucharada de miel con otro tanto de glicerina y un poco de jugo de limón.

3. Para un ligero dolor de la garganta se puede preparar el siguiente gargarismo: se toma cebada y raíces de malva, 10 gramos de cada una y se hacen hervir durante veinte minutos en medio litro de agua más o menos. La mezcla un tanto viscosa que así se obtiene se cuela y luego se le agregan dos cucharadas de miel blanca. Se usa lo más caliente posible.

4. Para combatir la inflamación de la garganta y de las amígdalas se emplea con buen éxito la siguiente preparación:

Tisana de hojas de escaramujo, 150 gramos.
Miel, 40 gramos.
Un poco de sal.
Media cucharada de sopa, de vinagre.
Se hacen gárgaras varias veces por día.

5. Si se llega a padecer de una irritación de la garganta, tomando miel pura antes de cada comida se cicatriza maravillosamente la laringe afectada a las pocas semanas de uso.

6. Se disuelve resina de pino finamente molida en la miel. Para las enfermedades de la garganta o del pulmón se toma una cucharada de café de este bálsamo cada hora; su resultado es sorprendente.

7. Se hacen píldoras de miel y flor de azufre en partes iguales que se colocan en la boca y se dejan deshacer lentamente. Este remedio se emplea contra la laringitis.

8. El empleo de la miel es de gran valor en la composición de un medicamento muy indicado en los casos de anginas: la miel rosada boratada. El tratamiento de la garganta con este preparado produce un alivio rápido, especialmente cuando las amígdalas están hinchadas e impiden tragar.

Afta que se desarrolla en la boca de los niños de pecho. — Se mezclan partes iguales de miel y de bórax con la que se unta la boca siete u ocho veces, y a las pocas horas desaparece el mal.

Contra la tos convulsa. — Se sabe que el tomillo es un gran remedio contra la tos convulsa. La simple administración de esta planta, endulzada con miel, cura como por encanto la tos convulsa en todos sus períodos de evolución. Es también un buen remedio contra las anginas o cualquier clase de tos.

La miel contra la erisipela. — Un médico famoso recomienda este tratamiento contra la erisipela, y dice: "Con frecuencia receto la miel para uso externo. Ordeno afeitar la cabeza y la barba si es necesario, haciendo aplicar una capa espesa de miel sobre las partes afectadas, repitiendo este tratamiento cada dos o tres horas. He notado siempre que tanto el dolor como la hinchazón disminuyen y abrevia mucho la duración de la enfermedad. También receto frotaciones de miel para combatir la fiebre. Un tratamiento de dos a tres días es generalmente suficiente para su curación".

Entretenimientos peligrosos



La frecuencia con que los niños de corta edad se lastiman por permitírseles jugar con objetos frágiles o muy pequeños, nos mueve a insistir ante las madres sobre esto que consideramos una falta de tino.

Es frecuente ver madres — desgraciadamente muy atareadas — que para poder substraerse del constante cuidado de sus niños y entregarse de lleno a sus quehaceres, no titubean en darles para entretenerlos lo que más a mano encuentran. Esto unas veces es un plato, un juguete de loza o vidrio o lata, bolitas, botones, etc.

Es verdad que logran su objeto de entretener a su nene, pero ¿piensan estas madres un momento a qué precio lo han conseguido? ¿Se dan cuenta a qué peligros exponen a sus hijos? Indudablemente no, porque entonces se cuidarían muy bien de darles tales objetos.

Hay muchos objetos de trapo, goma o celuloide para que los niños se entretengan, y sobre todo, de tamaño grande, que hace imposible que puedan tragárselos, como ocurre frecuentemente con botones, bolitas, etc.

ANALISIS

Lo más conveniente es un análisis de sangre. El dará la clave de la enfermedad. Consulte a un médico y él le dirá la última palabra.

Cdo. a "Lectora", de Tapalqué.

TRATAMIENTO

El mal a que se refiere, sólo tiene un tratamiento: el quirúrgico.

Cdo. a "La Chola", de Tandil

TINTURA DE YODO

En efecto, la tintura de yodo es un desinfectante excelente.

Cdo. a "Aura", de San Luis.

RESPUESTA

Hace usted mal en dar oídos a los consejos de los vecinos, descuidando el cuidado de su nene. Su deber de madre es ponerlo en cura inmediatamente, evitando cualquier complicación.

Cdo. a "Laura", de Pergamino.

FIEBRE

La fiebre, en efecto, es algo que debe preocuparle. Esas décimas de fiebre que usted nota en su nena a la caída de la tarde, es indudable que tienen una razón. ¿Por qué no trata usted de averiguar cuál es esa razón? Hace mal en descuidar a su nena.

Cdo. a "Rosa M.", de Chascomús.

LAS VERRUGAS

Las verrugas tienen origen en una hipertrofia de la dermis y la epidermis, y, aunque suelen desaparecer espontáneamente en un término variable, requieren un tratamiento interno a base de distintas substancias y que corresponde indicar a un médico. Conviene que sea éste también quien haga las cauterizaciones ígneas en caso de decidirse por ellas.

En la terapéutica doméstica, se suele usar con éxito el jugo amarillo de la celidonia o el blanco de la higuera, en aplicaciones prolongadas.

Se puede aplicar también esta pomada:

Glicerina	55	gramos
Flor de azufre	15	"
Acido acético concentrado	5	"
Jabón negro medicinal	5	"

O, si no, esta otra:

Vaselina simple	30	gramos
Precipitado blanco	1	"
Flor de Azufre	1	"
Acido salicílico	50	"

HACER HERVIR LA LECHE ANTES DE DARLA A LOS NIÑOS, COMO DESDE ANTIGUO SE PRACTICA, NO ESTA, SEGUN ALGUNOS, EXENTO DE INCONVENIENTES. SE PRETENDE QUE LA LECHE HERVIDA, COMO QUE NO ESTA EN SU FORMA NATURAL, SE DIGIERE MENOS BIEN QUE LA CRUDA. ESTO, SIN EMBARGO, ES ERRONEO, COMO YA LO HAN PROBADO LOS RESULTADOS DE LAS EXPERIENCIAS HECHAS EN LABORATORIOS.

PARA PERFUMAR LAS HABITACIONES

He aquí la fórmula que usted nos pide para perfumar las habitaciones malolientes. Se trata de unas pastillas odoríferas compuestas de lo siguiente:

Benjuí en polvo	**16**	**gramos**
Cascarilla de Sándalo	**4**	**"**
Carbón de cisco pulverizado	**60**	**"**
Nitro.		

Se mezclan todas estas substancias en un mortero y se le añade una disolución de goma transparente en proporción de treinta gramos por cada medio litro de agua.

Cdo. a "Mantiela", de Campana.

Todo lo que hoy haga por sus hijos lo disfrutará mañana

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



MARIANO (E. Alippi). — ¿De modo que usted conoce a fondo eso del espiritismo y la reencarnación?

ATENEO (S. Chiola). — ¡Y tanto!... ¡Con decirle a usted que tuve un padrastro que se me encarnó!...

De "TRIPLE SECO", teatro Nacional.



OBDULIA (Berta Gangloff). — Ya sé que estuvo mucho tiempo en Italia. Y... ¿qué tal las italianas?...

NICASIO (L. Arata). — Le diré. Las romanas me resultaron algo pesadas, pero, en cambio, las milanesas... ¡deliciosas!...

De "¡HAY QUE ACOMODARSE!", teatro Ateneo.



WHESTINHOUSE (M. Ruggero). — Mi viejo corazón reverdece junto a ti, y se descarrila por tus encantos.

BEBA (Margarita Blanco). — Viejo, verde, se descarrila y vende boletos... ¡Eso no es un corazón, eso es un travía Lacroze!...

De "LA ARAÑA DE CRISTAL", teatro Argentino.



MAURICIO (P. Quartucci). — Tú serás mi novia. Eres la única mujer que, siendo de cera, me resultas sincera...

De "LA ARAÑA DE CRISTAL", teatro Argentino.



JULIA (Elsa O'Connor). — Lo encontré en el teatro y me dijo: "¡Te amo!"

MIGUEL (G. Cicarelli). — ¡Si apenas lo conoces!

JULIA. — Me lo dijo con los ojos.

MIGUEL. — ¿En el teatro, y "de ojito"? ¡Tu enamorado es un portugués!

De "¡AL MARIDO HAY QUE PEGARLE!", teatro Mayo.



BALBINA (Eva Franco). — ¿Así que tu novio es italiano?

PATRICIA (Irma Córdoba). — Sí.

BALBINA. — ¿Y te ves con él a solas?

PATRICIA. — Sí.

BALBINA. — ¡Estos italianos tienen miel!... ¡Claro!... ¡Allá en su país hay claros de luna de la mañana a la noche!...

De "UNA MUJER QUE TIENE EL CORAZON PEQUEÑO", teatro la Comedia.

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Como ayudante del doctor Tredgold, el doctor Juan Wolfe se instala en la casa de aquél, que es un hombre solemne y aparatoso, lo contrario de Wolfe, sencillo y natural. El doctor Tredgold atiende a los enfermos distinguidos de la localidad, mientras que su colega es designado para atender a los humildes. El doctor Wolfe se propone examinar las condiciones insalubres de la ciudad, pero tropieza con el cervecero Turrell, dueño de varias casas que no se recomiendan por su higiente.



La CIUDAD

V

NO era frecuente que el doctor Tredgold se hiciera esperar a la hora de sentarse a la mesa, y menos que se retrasara tanto como había ocurrido ese mediodía.

El caso que acababa de atender era por demás serio. La señorita de Perfrement, según le informó la mucama, que había estado avizorando ansiosamente el paso de su carruaje, "se moría de uno de sus ataques al corazón". Poco antes había estado allí el otro médico; pero, evidentemente, el ayudante del doctor Tredgold no entendía la enfermedad, porque se había empecinado en asegurar que la señorita no corría peligro alguno y que no necesitaba en absoluto ninguna medicación.

Durante el almuerzo, Tredgold se mostró inquieto y malhumorado. Llevó en todo la contra a su esposa, sin cuidarse siquiera de suavizar la aspereza de sus contradicciones. Habló mucho y pomposamente de "las responsabilidades que gravitan sobre la conducta de los hombres públicos", observando a Wolfe con ojos severos por encima de sus lentes de oro.

Terminado el almuerzo, dió la señal de levantarse echando atrás su silla con más violencia que la habitual. Pronunció maquinalmente las palabras que cerraban todas las comidas: "Por el bien que hemos recibido quiera el Señor hacernos sentir sincera gratitud", y sin transición, añadió, dirigiéndose sucesivamente a su cara mitad y a su ayudante:

—Sofía, ordenarás a la cocinera, por última vez, que no mande más cebollas a la mesa. Doctor Wolfe, necesito decirle algo. Vamos al consultorio.

Seguido por Wolfe, salió del comedor con paso solemne, aunque un poco inseguro. Se le hacía cuesta arriba tener que reconvenir a su ayudante, pues el joven Wolfe le inspiraba tanto respeto como temor.

—¿Qué le ha dicho usted esta mañana a la señorita de Perfrement?... Parece, doctor Wolfe, que la ha tratado usted con excesiva brusquedad. La hallé muy contrariada.

—Lo siento, doctor. Pero le dije, simplemente, la verdad.

—¿Qué entiende usted por la verdad, en este caso? ¿Sabe usted, doctor, que la señorita de Perfrement padece de ataques cardíacos?

—El que he visto esta mañana, doctor, no era un ataque cardíaco. Además, la mucama asegura que ha sido exactamente igual a los que suele tener otras veces.

—En efecto —corroboró Tredgold, enrojeciendo como un escolar sorprendido en falta. —¿Y qué es lo que usted opina?

—La señorita de Perfrement me impresiona como..., como una dama algo madura que se complace en dar de cuando en cuando un pequeño espectáculo para atraer sobre ella la atención de que carece.

—¿Significaría, doctor Wolfe, que ha dicho usted claro a la señorita de Perfrement, uno de los más conspicuos linajes de Navestok, que es una tonta?

—Me limité a asegurarle que no había ningún motivo de alarma, y eso, por lo visto, no la satisfizo.

—¡Claro que no!

—Creo, doctor, que debiera usted haberme puesto en guardia contra la existencia de casos así en su clientela.

—¡Ah, doctor Wolfe! —El viejo se paseaba nerviosamente por el consultorio.—¿Cuándo conseguiré enseñarle a tener tacto? El tacto es una cosa que todo médico está en la obligación de cultivar. Como que es algo esencial de la profesión.

—Le comprendo perfectamente, doctor —contestó Wolfe, conteniéndose para no agregar: "Más esencial que el saber, y la conciencia, y el buen corazón."

—Hay, además, otro punto que deseaba aclarar con usted —continuó Tredgold. —Estamos empleando más drogas que nunca. En los tres últimos meses se han hecho dos grandes pedidos a Murchison y Compañía. Jamás habíamos gastado antes tal cantidad de remedios.

—He administrado los que juzgué necesarios.

—Sin duda. Pero noto en usted la tendencia a los remedios caros. Sin saber, probablemente, lo que cuestan ha despachado usted litros de tinturas. Es una extravagancia innecesaria. En muchos casos bastan las preparaciones más simples. Yo no puedo, ni me conviene, gastar en medicinas costosas para la pobrería..., para media ciudad.

—Espero, doctor, que no me exigirá que utilice una terapéutica para los ricos y otra para los pobres.



—¡Usted me interpreta mal, doctor Wolfe! —saltó Tredgold, encolerizado, sintiéndose tocado en pleno pecho. —Soy un caballero y un buen cristiano. ¡Pero el derroche, el uso innecesario de preparaciones de lujo!...

—Trataré de ejercitar mi tacto, doctor —cortó Wolfe secamente.

—No diremos más, doctor Wolfe, no diremos más —terminó Tredgold, desinflándose de pronto. —Necesita usted pulirse mucho todavía, amigo mío, si desea tener éxito en la profesión.

Apenas quedó solo, Wolfe tuvo la curiosidad de averiguar qué decía sobre la señorita de Perfrement el libro de visitas de Tredgold. El nombre de la dama aparecía allí con tanta frecuencia como podría constar en el diario de un solterón meticuloso la anotación "cené

Ilustró

El folletín de "Mundo Argentino"



—¡Oh, doctor Wolfe! El cielo nos lo envía. No hace diez minutos que salió Bob en busca suya. Mamá está enferma. Poca cosa, afortunadamente.

Por
WARWICK DEEPING

sin ALMA



fuera de casa". Realmente, las finanzas de Tredgold debían aprovechar en abundancia del "corazón" de la rica señorita.

Wolfe cerró violentamente el libro y abandonó el consultorio. Tenía que hacer varias visitas en el barrio de la cervecería.

Tomó por la calle de San Jorge, sobre la cual daban los fondos de las caballerizas del establecimiento de Turrell. Un ciego, guiándose por el olfato, habría podido decir desde una cuadra antes a qué lugar se aproximaba. Así, al menos, se expresó Burguess, el zapatero remendón, dirigiéndose a Wolfe en son de queja.

—Nos trata como si fuéramos cerdos, doctor. ¡No hay modo de librarse de esta pestilencia! La tenemos hasta en la comida, se acuesta con nosotros y con nosotros se levanta.

Wolfe sugirió que apelase al mismo Turrell.

—¡Hablarle a ése! ¿Para qué, doctor? ¿Acaso no somos sus inquilinos?

—Razón de más. Se verá obligado a hacer limpiar las inmundicias.

—Primero me haría limpiar a mí, doctor. Turrell no se incomodará por un remendón.

Y casualmente, cuando Wolfe llegó a la esquina, tropezó con Turrel. Hacía escasamente una semana que había tenido lugar la batalla de la plazoleta de la Fuente (cuya agua, a pesar de todo, Wolfe había conseguido analizar); pero Wolfe no tuvo miedo de interpelar al "hombre más malo de Navestok".

—¿Me permite una palabra, señor Turrell?

—Veinte, señor, si es para disculparse por lo del otro día.

—No. Hoy se trata de sus caballerizas que dan sobre esta calle.

—¡Ah! ¿Sí?

—Quiero creer, señor —dijo Wolfe sin hacer caso del gesto terrible del otro, —que no sabe usted en qué condiciones se encuentran, porque de lo contrario. . ..

—¡Basta! Es absolutamente absurdo que un jovenzuelo pretenda, en una ciudad como ésta, venir a enseñarnos lo que debemos hacer. Aquí no hay más persona responsable que el doctor Tredgold. Recuérdelo siempre, y no se dé más importancia de la que tiene.

El viejo desafiaba con los ojos a Wolfe; pero éste sostuvo la mirada y lo contempló, a su vez, con una extraña sonrisa.

—Se lo decía, señor Turrell, por su propio interés y por el de todo el vecindario.

—Sí, ¿eh? Pues entonces, dejemos las cosas como están. ¡También yo se lo digo por su propio interés!

A pocas horas de su segundo altercado con el cervecero, Wolfe, regresando de atender a un enfermo en Herongate, cruzaba al galope de su caballo los prados florecidos que se extendían en torno de "El Brezal". La transición del ambiente asfixiante e insalubre de la ciudad al sano espacio abierto de la campiña, había aclarado su cerebro y aquietado su corazón.

La actitud de Turrell, pensaba Wolfe, era una voz de alarma que no convenía desoír; le había resultado algo así como la piedra que se lanza contra un perro que intenta colarse por debajo del portón del jardín ajeno. Sólo que en este caso tratábase de un perro de los que no se amedrentan fácilmente. Bien comprendía que la gente en cuyas manos estaba la ciudad no toleraría que nadie se le plantase enfrente para decirle unas cuantas verdades desagradables. Probablemente la actitud del viejo Turrell iba a ser la de todo Navestok. También los humildes suelen ser reacios a seguir los caminos que se les señalan para salir de la miseria en que viven, y era de esperar que por desidia o por miedo siguieran como una mansa piara el ejemplo de sus amos.

Pero Wolfe era un luchador nato. Veía lo que iba a ocurrir en Navestok, sabía las resistencias que iba a levantar, las ofensas que le tocaría soportar, las influencias que se moverían contra él; mas no por eso estaba dispuesto a cejar en su empeño de realizar la sagrada misión que el destino le ordenaba cumplir en Navestok.

En medio de sus cavilaciones apareció ante su vista una lejana casa de ladrillos rojos, empinando el techo de tejas por entre su escolta de esbeltos cipreses. Un secreto impulso le compelió a correr hasta allá. Más de una vez, desde su primera visita a "El Brezal", había franqueado la verja blanca y recorrido el camino empedrado que conducía al pórtico. La compañía de la señora de Mascall y de su hija le había hecho mucho bien, y aquel día, que se sentía más solo que nunca, la necesitaba como el caminante que busca el agua en el desierto.

Elsa estaba en el jardín cuando Wolfe se apeó para abrir la verja.

—¡Oh, doctor Wolfe! El cielo nos lo envía. No hace diez minutos que salió Bob en busca suya. Mamá está enferma. Poca cosa, afortunadamente. Tiene un comienzo de ataque de asma, y como esta noche debe concurrir a una ceremonia, es preciso que la ponga usted en condiciones.

—¿Qué ceremonia?

—El tributo al señor de Navestok.

—¿Lord Blackwater?

—Sí; pero sólo se trata de ir hasta lo de don Jaime Fyson, que es su mayordomo en esta zona. ¿Cree usted que mamá podrá asistir?

—Me parece muy difícil. Una salida noc-



PINTOS ROSAS

turna podría agravar su estado. Entiendo, sin embargo, que se trata de un deber ineludible; por lo tanto, haré todo lo posible...

— Pues no lo haga.

— ¿Y eso?

—Verá: es un favor que quiero pedirle. La ceremonia de esta noche es una tradición que tiene una importancia considerable; si mamá se encontrara imposibilitada de concurrir, sería yo la indicada para ocupar su puesto. Hace tiempo que tengo el capricho de no ser espectadora, sino actora, ¿comprende? Y una ocasión como ésta difícilmente se presentará de nuevo. Usted mismo ha dicho que la salida podría agravar el estado de mamá; no se la permita y nos prestará un servicio a los dos.

Los ojos pícaros de Elsa brillaban con la ingenua franqueza que era uno de sus encantos.

Pero Wolfe, a pesar de la simpatía que le inspiraba su amiguita, no quiso incurrir en la debilidad de una promesa hasta no ver de qué se trataba. Y cuando lo hubo visto y pudo sin escrúpulos de conciencia aconsejar a la señora de Mascall que no se moviera de su domicilio, comprendió que había ganado varios grados en la admiración y el aprecio de la joven. Y a pesar de que la señorita de Mascall era, o parecía ser, una niña — no obstante sus casi diez y ocho años, — Wolfe experimentó un extraño sentimiento de bienestar moral que le hizo sentirse más fuerte y menos solo en la lucha que se disponía a emprender.

Aquella tarde, por fortuna, no tuvo lugar para pensar en las miserias y pequeñeces de Navestok. Vivió horas felices y tranquilas en el seno de un hogar que le acogía con una serena y sencilla cordialidad no conocida en su azarosa existencia de huérfano sin techo y sin afectos familiares.

Había quedado resuelto que Wolfe permanecería en "El Brezal" hasta que entrara la noche, para acompañar a Elsa a lo de Fyson, presentar personalmente al mayordomo de lord Blackwater el certificado que justificaba la inasistencia de la madre y escoltar a la hija al retorno de la ceremonia.

A las ocho en punto, Munday, el cochero, vistiendo un traje negro de circunstancias, detuvo ante la verja el calesín en que habría de conducir a su ama. Los trabajadores de la granja se habían congregado bajo los cipreses, en el camino de piedra frente a la casa, llevando cada uno una linterna encendida y un instrumento de labranza. Elsa estaba vistiéndose en el cuarto de la madre y Wolfe la aguardaba abajo, mezclado con los labradores.

Poco después se abrió la puerta; los hombres formaron una doble fila y cesó el murmullo de sus voces. Elsa apareció en el pórtico ostentando un albornoz rojo cuya caperuza le cubría la cabeza; la falda larga era de color verde. También eran rojas y verdes las cintas que adornaban la cesta en que conducía los productos de la granja que constituían el tributo.

Mientras Elsa pasaba entre las dos hileras, los hombres, elevando sus linternas, repetían uno a uno las frases que sus antepasados habían usado ya en homenaje a los Mascall de un siglo antes: "Dios te conserve, mi buena señora, y haga que el ganado prospere en tu campo y las mieses sean pródigas en fruto. Dios te bendiga y el alegre mayo te sea propicio." Y ella tenía que agradecer a cada uno, llamándolo por su nombre.

Wolfe, que desde junto a la verja la veía avanzar por el camino, tuvo la impresión de que la muchacha había crecido repentinamente en estatura y en edad; le resultaba extraño contemplarla tan seria, desempeñando su papel con grave y sencilla dignidad. Se inclinó a su paso y ella le respondió con una leve reverencia, manteniendo la cabeza alta y los ojos muy fijos en los de él.

Luego Elsa subió al calesín, que partió al paso, seguido por los labradores. Wolfe puso su caballo a la par del vehículo y la acompañó en silencio. En la semiobscuridad de la tibia noche estrellada se veían en lontananza brillar las linternas de otras caravanas, que se movían con igual lentitud convergiendo hacia el lugar de la ceremonia.

A poco andar, surgió de entre las sombras un hombre montado en un gran caballo gris y se aproximó tan precipitadamente al calesín, que embistió a Wolfe y estuvo a punto de hacerlo caer.

Los faroles del coche le iluminaron por un momento. Era un joven fornido, vestido con elegancia, y que miró a Wolfe como si no tuviera la menor intención de excusarse por el atropello. Saludó a Elsa quitándose el sombrero, y segundos después se perdió de vista.

— Ha dejado a su amigo con el saludo, señorita Elsa — dijo Wolfe.

— Héctor Turrell no es mi amigo.

— ¿Héctor Turrell? ¿No es el hijo del cervecero?

— Sí. No puedo pasarlo. Casi todos los días lo encuentro en el camino de Navestok cuando vuelvo del colegio. Es un pendenciero. Siempre se oye contar que le ha dado una paliza a alguien.

— Hasta que alguna vez le toque recibirla.

— Difícil. La gente le teme. No sé si por él o por el padre. ¿Qué dices tú, Mundy?

— Las dos cosas, señorita — contestó el cochero. — Zurrar al hijo de Turrell sería condenarse al odio del padre. Además, el muchacho pega fuerte; según he oído decir, ha recibido lecciones de un boxeador de Londres.

Sin otro incidente, la caravana llegó finalmente a lo de Fyson. Hallábase éste en el centro de un patio, junto a un poste pintado de blanco, rodeado de la especie de corte que formaban el pregonero con su campanilla, los maceros con sus bastones y los guardamontes con sus armas. Tenía delante un brasero encendido y en la mano la nómina de sus tributarios. A cada toque de campanilla leía en voz baja uno de los nombres de la lista, nombre que igualmente cuchicheado repetían sus edecanes.

Cuando llegó su turno a Elsa Mascall, Wolfe la siguió y extendió al mayordomo el certificado que había subscripto. La campanilla sonó tres veces y Wolfe se sintió tomado por los hombros y arrojado violentamente por encima de una zanja. En otros tiempos su osadía de haber pisado el recinto reservado a los tributarios, le habría costado algo más cara.

Después, terminada la ceremonia y regresando a "El Brezal", Elsa y Wolfe festejaron con ruidosas risas el incidente. Sólo un hecho empañó por un momento la franca alegría de Wolfe. Fué cuando, al dar el brazo a Elsa para ayudarla a bajar del calesín, volvió a ver a Héctor Turrell merodeando en derredor del carruaje, con el deseo manifiesto de exhibir sus habilidades de jinete ante la señorita de Mascall.

(Continúa en el próximo número.)

El caso de Isidoro...

(Continuación de la página 21)

en América y Cairo, no nos son desconocidos. No obstante, lo que más nos interesa es su negocio de prestamista.

Grandes gotas de sudor rodaban por las mejillas del hombre poderoso que se veía ahora abatido. Su cuerpo deforme por la gordura temblaba como una hoja azotada por el viento.

—¡Déjenme libre! — imploró. — Yo puedo hacer que cada uno de ustedes se convierta en un hombre rico... Seré generoso...

Los seis hombres lo contemplaron con silencioso desprecio. La más mínima esperanza de merced no se traslucía en sus labios contraídos, sus rostros impávidos, sus ojos acusadores. Schweizermann lanzó una involuntaria exclamación de asombro, y quedóse luego en silencio.

Una vez más, el hombre que hasta entonces le había dirigido la palabra volvió a dejar oír su voz, leyendo lentamente una página cubierta de escritura en la cual se hacía referencia a los crímenes del reo. Era aquella una lista pavorosa: cuarenta y dos suicidios motivados por chantage o usura; ciento veinte mujeres condenadas a una vida infernal; asesinatos cometidos por las víctimas en sus desesperados esfuerzos por conseguir el dinero suficiente para librar una obligación, cuyo incumplimiento significaba la ruina de sus familias, el hambre en sus hogares... La voz firme e inexorable no omitió detalle en la enumeración. Schweizermann temblaba incontenciblemente. Sus jueces eran criminales tan empedernidos como él mismo para castigar el mal. ¿Qué harían con él? ¿A qué destino horrible lo condenarían?

—Empezaremos por arreglar las cuentas contraídas por usted con las víctimas de su usura — prosiguió el administrador de la justicia sin reparos. — Usted tiene una fortuna de varios millones de libras esterlinas. Nuestro fallo requiere que ese dinero sea empleado en desagraviar a todos los que han sufrido para que llegase a acumularse en los bancos y en las propiedades; y si estuvieran muertos, a los que han quedado en el desamparo con su desaparición.

—Está bien — murmuró el acusado falto de aliento. — Todo se hará como ustedes me lo indiquen. Pagaré hasta el último centavo. Pero déjenme marchar a Londres. Allí podré disponer que todo sea hecho en la forma más satisfactoria para ustedes. ¡Lo juro!

—Esa proposición es inadmisible — fué la respuesta dada a la súplica del reo.—Los pagos se ordenarán desde esta casa, bajo el escrutinio riguroso de nuestra sociedad. Usted permanecerá aquí en calidad de pensionista, lo cual quiere decir que pagará su alojamiento. He aquí la tarifa: cama, 1.000 libras por noche; una hogaza de pan, 1.000 libras; una jarra de agua, 500 libras. Luz eléctrica, 1.000 libras por noche.

Schweizermann nada dijo, dominado por el terror.

—Hemos aprendido una lección de usura de usted mismo — dijo el juez con helada sonrisa. — Aquí tiene usted papel y lápiz, lo necesario para escribir una carta a su socio. Mas el papel cuesta 1.000 libras, y el lápiz otras mil. Comuníquele que se halla usted en poder del "Concilio de los Seis". Hágale presente el hecho de que si nos traiciona, dando la más ligera información de nuestra actividad a persona viviente, usted y él pagarán la indiscreción con la vida. Ordene a su socio, que entregue a nuestro enviado todos los documentos relativos a sus negocios de usura y chantage, y el dinero suficiente como para cubrir los gastos que usted nos ocasiona en calidad de pensionista, así como lo necesario para dar comienzo inmediato a las reparaciones de que ya hemos hablado. Es decir, unos 4.000.000 de libras.

—¡Imposible, imposible! — explotó Schweizermann con voz ronca. — ¡Esto significaría la ruina para mí, la miseria!...

—Elija usted entre obedecer y vivir, o morir dejando su fortuna en nuestro poder, para ser convenientemente administrada.

Schweizermann firmó la esquela que acababa de redactar. Sus dedos temblorosos rasgaron sin embargo el papel en dos partes. — ¡He utilizado sólo la mitad! — recordó a sus jueces. — Me cuesta nada más que 500 libras.

Luego que la carta quedó concluída, el cautivo fué conducido una vez más a su costosa celda.

Cuatro días de tortura, de agonías espantosas, pasaron antes de que el mensajero volviese con los documentos y el dinero. Con las señales de un profundo abatimiento en el rostro, deprimido hasta el máximum, Schweizermann había pasado aquellas horas interminables sofocándose con cada trozo del pan agrio que tan caro le costaba, imposibilitado casi para tragarlo, al pensar en el precio a que debía pagarlo. Su mente rehusaba imaginar el curso que los acontecimientos habían seguido en Londres. Su única esperanza consistía en que M' Corkadale no hubiese cometido la imprudencia de tratar de seguir las huellas del mensajero, o de informar a la policía. La más leve sospecha de que tal cosa hubiera ocurrido, de parte de los jueces, significaría la muerte.

(Continúa en la página 64)



En el más culminante momento, cuando los rivales iban a epilogar trágicamente su conflicto, los paralizó la energía vibrante de...

El GRITO

CUENTO POR

HECTOR RICARDONI

LINDOLFO echa pie a tierra y penetra en el boliche del gringo Nicola. El establecimiento está lleno de parroquianos. Unos beben y conversan y otros juegan al truco. Nadie lo ha visto entrar o hacen como si no hubiesen notado su presencia.

—¿Cóme le va, don Lendolfo? — le pregunta el gordo Nicola.

—Bien, don Nicola. ¿Y a usté?

—Come siempre. ¿Qué va a tomare?

—Déme una caña grande.

El italiano le sirve lo pedido y mira disimuladamente a Lindolfo. Este, recostado en el mostrador, observa a los circunstantes. Entre ellos advierte que está el ñato Reyes, el hombre que era su mejor amigo y que un día le sedujo su mujer y se la llevó con él. Siente un impulso de írsele encima y pelearlo. Pero se contiene. Han transcurrido varios años, él ha rodado mucho y se ha curado del desgarrón de la herida.

El ñato Reyes, que lo ha visto, comienza a hablar fuerte y a soltar indirectas, porque es hombre de malos instintos y cuando no saca el cuchillo no se siente feliz.

—Che, gringo, dame una caña grande, ¿querés? — le ordena fanfarronamente al bolichero. — Quiero tener caliente la mano por si hay que manejar el fierro...

—¿Está por peleare, don Reyes? — le pregunta, sonriendo, don Nicola.

—Yo siempre estoy con ganitas de darle gusto a la muñeca, ¿sabe? Y más esta tarde, que está haciendo un poco de frío...

Y después de decir esto, clava sus ojos asesinos en los de Lindolfo, que lo observa de tanto en tanto con mirada limpia, serena, como si para él no fueran las indirectas. Está claro que no quiere pelear. Si lo hubiera encontrado al ñato Reyes años atrás, entonces ¡quién sabe qué hubiese pasado!... Pero ahora es otra cosa. No siente ni sombra de rencor por el hombre que le robó su prenda, lo que él más quería. Acaso ha comprendido que ella había dejado de quererlo y que por eso se fué con su mejor amigo, con el primero que tropezó. Tal vez hubiese hecho lo mismo con otro si se le hubiera presentado la ocasión.

Lindolfo pide otra caña, y el ñato Reyes hace lo mismo. Ya éste está bastante embriagado porque ha bebido anteriormente con exceso; pero como es hombre capaz de resistir muchas copas, está tan fresco como Lindolfo.

Las indirectas no cesan y parten como flechas envenenadas de la boca del provocador al corazón de Lindolfo. Poco a poco todos se han dado cuenta de lo que ocurre, y como barruntan que allí va a ocurrir algo dramático, dejan de jugar y conversar, atentos a los menores movimientos de los rivales. Todos saben la historia de aquellos hombres, y esperan que el epílogo ha de producirse esa misma tarde, teniendo por teatro el sucio boliche de don Nicola.

[illegible] gringo; ¿querés que te dé un consejo? — dice con mala intención el ñato

—E diga, don Reyes; aunque ío lo que quiero es plata...

—Güeno; cuidá más a tu mujer que a tu plata, porque las mujeres siempre están deseando cambiar de nido, ¿sabés?... ¡Se aburren, como algunas gallinas, de poner los güevos en el mesmo lugar!...

—¡Ja, ja, ja! — estalla en carcajadas el gringo Nicola, no porque le haga gracia el consejo del ñato Reyes, sino porque es hombre prudente y comprende que no festejar las salidas del ñato es hacerle grave ofensa, y hasta sabe de algunos que lo han pagado demasiado caro.

El ñato se bebe de un sorbo su caña y pide otra casi en seguida. Ahora está recostado en el mostrador, cerca de Lindolfo, y a cada instante se ajusta el tirador, que es la señal en él de que tiene ganas de pelear. Cuando lo ven hacer este ademán, todos mueven la cabeza como diciendo: "El ñato Reyes se está saliendo de la vaina."

El cinismo del ñato llega a su colmo cuando de repente, encarándose con Lindolfo, le dice, como si acabara de verlo:

(Continúa en la página 64)

Ilustró MONTERO LACASA

Los mismos presos...

(Continuación de la página 17)

y Esquel (Chubut), y dentro de poco, la de Posadas (Misiones).

Se procuró el cemento y la cal, a precios bajos, las piedras las tenía a mano, sólo le faltaba el hierro para el hormigón armado.

El director local de la cárcel le escribía, en cierta ocasión: "No queda en veinte leguas a la redonda suncho de bordelesa, barrote de cama, alambre viejo, rejilla en desuso ni varilla que no esté metida dentro de las paredes de la cárcel." En el Norte, donde abunda la madera, solicitó y obtuvo de los concesionarios de los forestales, el permiso para talar algunos árboles. Allí se fué con sus presos, se trajo unos cuantos troncos, y a fuerza de hacha y muñeca se construyeron los marcos de las puertas y ventanas de su cárcel provisional norteña.

Ahora, en el Sur, provee a toda la población de perfectos caños de cemento para cloacas, a precios sumamente bajos, lo que facilita enormemente las obras de salubridad de las poblaciones patagónicas.

Los presos que trabajan así, cobran un jornal de un peso diario y gozan del ejercicio de la "libertad" que antes ni soñaban pudieran gozar estando detenidos.

EL JURAMENTO DE HONOR

Cuando se tiene buena voluntad, muchos hombres inactivos, deseos de hacer algo, y una región necesitada de obras públicas, de caminos, ¿qué se hace?

Ciertamente, la pregunta huelga, pero al ministerio le parece una enormidad que se saque de la cárcel y se los lleve a la calle, a campo descubierto, a los presos que, según criterio especialísimo, están destinados a ser guardados bajo llave.

Afrontando todo, la Dirección se abocó al estudio de la construcción de caminos y puentes; seleccionó a una veintena de presos entre los más dóciles, les hizo jurar, y confiado en este juramento, les abrió la puerta de la prisión.

Las ventajas de trabajar al aire libre, bien alimentados, cobrando jornal, mejor tratados, se pusieron inmediatamente de manifiesto en el deseo unánime de ir a trabajar.

Nadie se escaparía, no había cuidado en ello; el juramento consistía en que si uno se portaba mal o se fugaba, los demás perderían las facilidades que gozaban.

Veinte presos, armados de palos y picos salen a distantes lugares custodiados solamente por dos guardiacárceles, y ninguno se ha fugado hasta la fecha.

Así se hicieron caminos, puentes, enriqueciéndose grandes regiones del territorio argentino.

LAS ESCUELITAS

Al margen de todas estas actividades, al amparo de unos árboles, si no había otras comodidades, se instalaba un remedo de clase a la que concurrían los presos y donde se se les inculcaban los elementos de la lectura, escritura y aritmética. Muchos de los que aprendieron allí agradecieron luego esos conocimientos.

El puesto de maestro, extraño a la índole de la cárcel, estaba fuera del presupuesto y aun de la imaginación de los gobernantes. Fué menester emplear maestros haciéndolos figurar como guardiacárceles.

¡Eficacísimo método de reforma!

En los nuevos proyectos de la Dirección General, figuran construcciones de un grado de perfección tan acabado que, sin mayor esfuerzo, sería la cárcel el lugar más cómodo de todo el territorio, lo cual pone sonrisas irónicas en los funcionarios del ministerio, que se resisten a facilitar esas construcciones tan necesarias.

OTRA VEZ EL ESTADO

Esta transformación, de la que no gozan las cárceles provinciales, con mayores recursos aún, se debe única y exclusivamente al doctor Juan J. O'Connor y a los directores locales de cárceles.

Es hermoso imaginar qué harían estas voluntades con un apoyo decidido de parte del gobierno.

En diciembre de 1934 ha sido sancionada una ley, llamada de organización carcelaria y régimen de la pena, que lleva el número 11.833. Esta ley fué ideada por el director general y votada en el Congreso con un subsidio de dos millones de pesos para dar comienzo a la ejecución de las obras que indica la misma ley en su artículo 16, y que son: a) colonias y granjas penales; b) cárceles industriales; c) campos de semilibertad; d) cárceles de mujeres adultas; e) Cárcel de Encausados de la Capital; conjuntamente con los tribunales del crimen; f) cárceles de encausados en cada territorio; g) sección infecciosos, y h) anexo psiquiátrico.

Aparte de un establecimiento especialmente destinado para los reincidentes y los penados rebeldes al régimen de los otros, que demuestren inadaptación y peligrosidad.

Los beneficios de esta ley, con su modernísimo y científico régimen de clasificación, no pueden ser puestos en práctica todavía por la desidia del ministerio correspondiente que, por causas distintas, retarda el despacho de los fondos necesarios, en primer lugar, para la construcción de las cárceles de los Teritorios Nacionales y la de mujeres de la capital, que son las que en peor estado se hallan y más urgentemente reclaman su remisión.

Nada puede decirse, ciertamente, de la contribución del Estado, de la atención a su función propia de gobierno, ante esta inexplicable desatención, no sólo de su deber social y administrativo, sino hasta de una ley expresa y terminante.

"Todo se puede hacer, hasta lo imposible", es el lema de la gente voluntariosa, siempre que haya intención y comprensión, y, precisamente, es comprensión lo que le falta al Poder Ejecutivo.

FIN







ALEMANIA hace su "*ensayo general*" de

Recientemente efectuóse en el barrio obrero de Kreuzberg, en Berlín, un simulacro de defensa cuya realización no estuvo sólo a cargo de las fuerzas armadas sino también de los civiles. Ningún esfuerzo se escatimó para dar a tales maniobras una sensación total de realidad, ampliamente obtenida, ya que durante las tres horas y media que duró, sus habitantes vivieron mental y espiritualmente un completo estado guerrero. Tales maniobras fueron precedidas en la noche anterior por diversos ejercicios a cargo de los soldados.



Hoyo hecho en una de las calles del distrito berlinense de Kreuzberg simulando los efectos de una granada. Cada cinco o seis cuadras había "embudos" como éste para dar al simulacro una sensación de realidad, tal como se debió sentir en París durante la guerra.



Un policía colocando en un lugar visible una señal de peligro al lado de la calle agujereada por una enorme granada, para advertir a los peatones que no se acerquen a tal lugar.



Ofrécese aquí el supuesto caso de que una bomba enemiga hubiese tapado la entrada a una de las cámaras de seguridad destinadas a los habitantes, en cuyas circunstancias dos soldados la están abriendo con aparatos especialmente preparados al efecto.



Automóvil equipado con un altoparlante que recorrió las calles de la capital alemana anunciando las proximidad de un ataque aéreo enemigo para que toda la gente corriese a refugiarse en sus casas.



Varios automóviles, uno de los cuales aparece aquí, fueron incendiados con el solo propósito de añadir, con su fuego, una nota más de realismo a las guerreras maniobras que se llevaron a cabo.



Gases asfixiantes ha lanzado el "enemigo" en esta calle, y varios miembros del cuerpo de sanidad la recorren simulando recoger en camillas a los asfixiados, que más tarde serán llevados al hospital.



Primeros auxilios. Un camión ha sido convertido en ambulancia que previamente ha sido cubierta con paja, y a ella son llevados aquellos a quienes se supuso dañados por el ataque aéreo de fuerzas enemigas.

defensa CONTRA ATAQUES AEREOS



También las mujeres colaboraron obedientes en el simulacro. Varias de ellas aparecen aquí dirigiéndose a una de las cámaras de seguridad, en tanto se tapan la nariz con pañuelos para que los gases no las dañen totalmente.



Un soldado nazi ha reunido a un grupo de mujeres y les notifica los medios que deben adoptar para precaverse contra las granadas aéreas y los gases asfixiantes.



He aquí otro aspecto de las precauciones adoptadas. Públicamente los policías se instruyen mútuamente para que las caretas contra los gases rindan el máximo de beneficio.



Se supone que gran cantidad de gases ha caído sobre las calles de Berlín. Estos hombres, provistos con máscaras las limpian librándolas de sus residuos antes de permitir que las gentes abandonen las cámaras de seguridad para reintegrarse a sus hogares.



Los obreros limpian las calles de escombros. Tienen los minutos contados para hacer tal cosa, ya que un nuevo simulacro de ataque aéreo puede sorprenderlos en mitad de la tarea y resultar perjudicados.



Por momentos cobró Berlín un aspecto tal de desolación, que el supuesto efecto de las bombas no podía ser más real. Puede verse aquí una pared derrumbada en medio de una calle.



Aquí se da el caso de que un edificio haya sido bombardeado. Policías simulan ayudar a una señora que ha quedado prisionera y que desea salir de entre los escombros a que su hogar quedó completamente reducido.



Supónese que una bomba incendiaria ha caído sobre un edificio convirtiéndolo en una hoguera. Tal es la fiel impresión que recogemos a través de esta foto obtenida también durante el reciente simulacro en Berlín.

El triunfo argentino en el Campeonato Suramericano de Natación realizado en Río de Janeiro



Guillermo Zeissl, que vemos a la derecha, obtuvo en excelente forma el primer puesto en la carrera de 200 metros, estilo pecho, aventajando a Jorge O. Friera, que se clasificó en el segundo lugar. El tiempo fué de 2 minutos, 53 segundos, 7|10.



Alfredo S. Rocca ocupó el segundo puesto en los 200 metros libres, cuya victoria correspondió al brasileño Manuel Rocha Villar, quien marcó el tiempo de 2 minutos, 19 segundos, 3|5, mientras que el del argentino fué de 2 minutos, 19 segundos, 4|5.



Concurrentes a la reunión preliminar realizada en Río de Janeiro por el Congreso Suramericano de Natación, en cuya mesa directiva aparecen, de izquierda a derecha, los señores: A. Petrolini, delegado argentino; doctor Luis Aranha, presidente de la Confederación Brasileña de Deportes; ingeniero Mario L. Negri, presidente de la delegación argentina; doctor Estol, presidente de la uruguaya, y Boisset, presidente de la chilena.



Marcelo Méndez Peralta Ramos triunfó en los saltos ornamentales, imponiéndose a sus competidores con 144.51 puntos, después de haber hecho gala de la extraordinaria agilidad que lo caracteriza. También fué muy aplaudido por los aficionados.



Batió el record suramericano de los 100 metros, estilo libre, para damas, Jeanette Campbell, que se convirtió en el ídolo del público que rodeó la pileta del Club de Regatas Guanabara, donde se realizó el importante torneo de natación que tanto entusiasmo despertó entre los aficionados cariocas.



El equipo de postas femenino formado por nuestras compatriotas Alicia Laviagnerre, Celia Millberg, Ursula Frick y Jeanette Campbell, que obtuvo el primer puesto en el Campeonato Suramericano.



Nuestro compatriota Marcelo Méndez Peralta Ramos, campeón de saltos ornamentales, sorprendido en el instante de realizar uno de sus magníficos saltos que le dieron en el torneo una justa victoria.



Horacio Dárdano se clasificó segundo en los saltos ornamentales, obteniendo 143.32 puntos, con pocos puntos de diferencia con Peralta Ramos. Aquí lo vemos al caer en la pileta, después de haber efectuado ágilmente uno de sus notables saltos.



El cuarteto argentino integrado por Roberto Peper, Guillermo Panelo, Leopoldo Tahier y Alfredo S. Rocca, que se impuso en la carrera de postas de 400 metros, en 4 minutos, 9 segundos, 2|10. Fué una de las pruebas que despertaron más interés en la afición, y su desarrollo no defraudó la expectativa de los muchos aficionados que se congregaron.



Ingeniero Mario L. Negri, presidente de la delegación argentina, señora de Castro Feijóo, señora de Negri, doctor Luis Aranha, presidente de la Confederación Brasileña de Deportes, señor Carlos Martins da Rocha, secretario de la Confederación, y de pie, el señor E. Jorge, secretario de la delegación argentina que nos representó en Río de Janeiro.



Numeroso y entusiasta público se congregó alrededor de la pileta del Club de Regatas Guanabara para presenciar las pruebas del torneo de natación más importante efectuado en la América del Sur. Si bien nuestro país alcanzó el primer puesto en el puntaje, no debemos desconocer que el Brasil obtuvo buenas performances y que muchos de sus nadadores lograron hermosas victorias, dignas del más caluroso aplauso.



Con su entrenador Amilcar Giudici aparecen en esta fotografía las nadadoras argentinas Ursula Frick y Marjorie Seatton, que actuaron discretamente, aunque se esperaba de ellas mejores performances, teniendo en cuenta su actuación anterior.










El culto del Carnaval tiene siempre sus entusiastas partidarios, que lo practican con la fuerza de un rito atávico. En algunas poblaciones menores de Méjico la celebración del Carnaval alcanza proporciones inusitadas, y las fotografías que aparecen reunidas en la presente página nos muestran algunos aspectos de dicha fiesta en el pueblo de Huejotzingo, donde se perpetúa de este modo una vieja tradición. Se pueden ver así, en el conjunto, algunos de los tipos presentados, el desfile por las calles y extrañas figuras de indígenas adornados con plumas, así como soldados cuya indumentaria recuerda a los zuavos del segundo imperio. Tales fiestas reúnen cada año en esta oportunidad gran parte de la población de aquel pueblo.

Una TRADICION de Carnaval en un pueblo de MEJICO

INFORMACION DE LA CAPITAL



Concurrentes a la demostración que los amigos y colegas del doctor Hamilton Cassinelli le ofrecieron recientemente, haciéndosele entrega de un artístico pergamino y una plaqueta de oro, en cuyo acto se pusieron de relieve las múltiples simpatías que goza el mencionado profesional.



Con un gran festival celebró en el teatro Cervantes sus bodas de plata la Escuela Normal Nº 8 de Maestras, Presidente Julio A. Roca. La señora Rosa Morales de Cortina, al dar comienzo a la lectura de su discurso.



Todas las alumnas de la Escuela Presidente A. Roca concurrieron al festival que se realizó en el Cervantes, en cuyo escenario se desarrolló un variado programa.



Se iniciaron las clases en la nueva escuela fundada en el distrito escolar VIII, que lleva el Nº 20. Nuestra fotografía reproduce a los alumnos del establecimiento, en formación, momentos antes de dar comienzo el curso escolar.

DE CORONEL SUAREZ



En la ciudad de Coronel Suárez (provincia de Buenos Aires), con motivo de la celebración del 125º aniversario de nuestra independencia, se realizarán diversos actos. Uno de los más importantes será la inauguración de un mástil para la erección de la "Bandera Patria", con pedestal de más de diez metros de altura, al que se le agregará una antena de veinticinco metros. También se inaugurará el "Sagrado Corazón de Jesús", de imponentes dimensiones. Ambas obras escultóricas son del artista A. Bagué.

Inauguración del monumento al general San Martín en Posadas



Más de quince mil personas concurrieron a la inauguración del monumento al general José de San Martín en la ciudad de Posadas (Misiones). En la fotografía se ve a uno de los aviones de la armada volando cerca del monumento para arrojar flores sobre él, en medio del entusiasmo indescriptible del pueblo que rodeaba la estatua.





El Club Social de Posadas ofreció una recepción. Aparecen en esta fotografía el gobernador de Misiones, doctor Carlos Acuña, el teniente coronel Estanislao López y el doctor Rodríguez Santana, ministro de Gobierno de Corrientes.

Familias de Sener y Montejano en el baile del Club Social de Posadas, uno de los actos más brillantes con motivo de la inauguración de la estatua ecuestre del Libertador de América.



Tenientes Sauri y Bargallo, y señoras Baeça de Sauri y Zubillaga de Amarante, durante el baile del Club Social.

Fotos Fernández

PARA LA MUJER

Labores

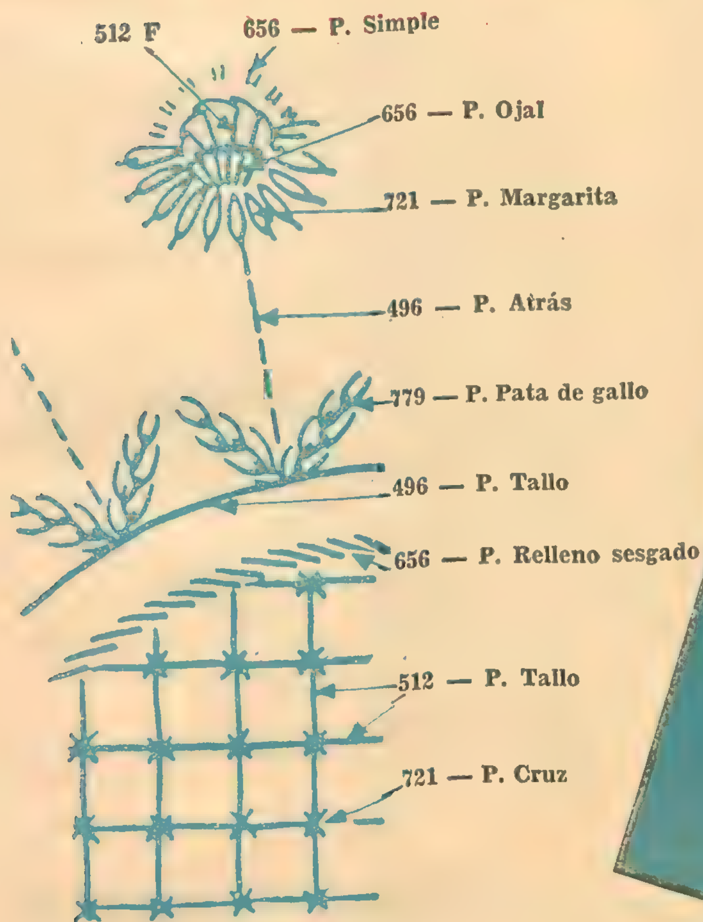
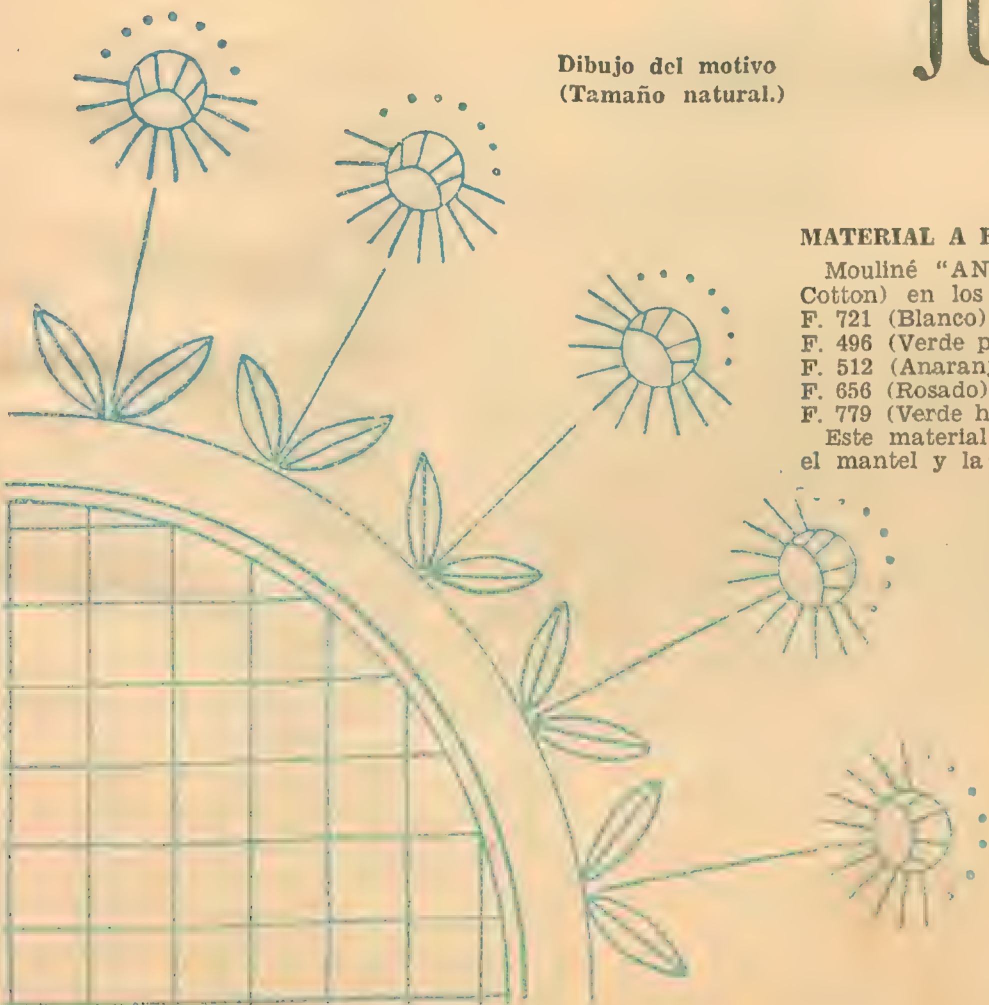


Diagrama de puntos y colores





Dibujo del motivo (Tamaño natural.)

JUEGO para TE con motivo "margarita"

MATERIAL A EMPLEARSE:

Mouliné "ANCLA" (Stranded Cotton) en los siguientes colores:

F. 721 (Blanco)	9	madejitas
F. 496 (Verde pasto)	8	"
F. 512 (Anaranjado)	6	"
F. 656 (Rosado)	5	"
F. 779 (Verde hoja)	5	"

Este material es suficiente para el mantel y la carpeta.

MANTEL

El mantel se confecciona con un cuadrado de género de hilo de mts. 1,10 de lado. Los bordes se terminan con dobladillos angostos de 6 mm. de ancho, que se hacen por el lado del derecho, sujetándose con una simple hilera de punto cruzado de color F. 496. El punto cruzado no ha de cubrir todo el ancho del dobladillo. Luego calque el motivo sobre el mantel, uno en cada ángulo, cuatro en el centro (formando un círculo) y unas margaritas solas, dispuestas por los bordes, como indica el grabado. Para los puntos y colores, véase el diagrama.

CARPETA PARA BANDEJA

La carpeta medirá 50 x 35 cms. después de hacerse un dobladillo de 6 mm. de ancho por el lado del derecho. Como el dobladillo del mantel, se bordará con una hilera de punto cruzado. Marque el motivo en cada esquina y bórdelo de acuerdo con el diagrama.

CUBRE - TETERA

El dibujo para el cubre-tetera consiste en dos motivos juntos formando un semicírculo.

SERVILLETAS

Calque una margarita en un ángulo de cada servilleta.

PARA LA MUJER



Los abrigos prácticos



1. Abrigo en lana gris, adornado con guarniciones de piel en el cuello y los puños. 2. Los adornos de piel de este bonito modelo están colocados en el hombro y son muy originales. 3. Por su sencillez es muy práctico este tapado de tweed. El cuello es alto. 4. Los recortes aplicados de este abrigo forman una capa que confiere gracia al modelo. 5. Tapado de paño velours beige adornado con dos hileras de botones en el delantero. 6. De lana escocesa es este abrigo corto, que puede usarse sobre un vestido de color liso. 7. Los motivos de piel de este abrigo adornan los bolsillos, puños y cuello, que cierran con botones de madera. 8. De género inglés es este abrigo, que resulta a la vez práctico y elegante. 9. Muy sencillo es este modelo realizado en paño velours. 10. El cuadrillé de lana se presta para interesantes combinaciones. En este modelo lo acompaña una blusa de seda. 11. Abrigo para niños, en homespun. Lo adornan pespuntes y botones.



Una CLASE *de* BELLEZA *por* SEMANA

Por *JOSEFINA HUDLESTON*

CULTIVANDO *el* ENCANTO *y la* BELLEZA



El ejercicio de los tobillos es sencillo y excelente para normalizarlos y mantenerlos flexibles. Siéntese en la silla más cómoda, cruce una pierna sobre la otra y describa un círculo con el tobillo, diez veces hacia la derecha y luego diez veces hacia la izquierda.

EJERCICIOS Y MASAJES PARA LAS HORAS DE DESCANSO

SE le ha ocurrido alguna vez que el encanto y la belleza pueden adquirirse durante las horas libres del día? Todas sabemos que se necesita tiempo para poner en práctica cualquier tratamiento de belleza, pero hay unos pequeños detalles que se pueden y deben poner en práctica durante los ratos perdidos para ayudar a conservar la belleza.

Tomemos, por ejemplo, el caso de los tobillos que son demasiado gruesos o demasiado finos con proporción a la pierna. Hay ciertos ejercicios que son espléndidos para adelgazarlos o redondearlos un poco, y pueden hacerse mientras se lee o conversa. El ejercicio siguiente es excelente para normalizar los tobillos y para fortalecer los músculos de las piernas y pies. Siéntese en la silla más cómoda, cruce la pierna derecha sobre la izquierda, luego extienda los dedos del pie derecho hasta que queden bien derechos. Luego levante los dedos hacia arriba, mueva el pie hacia la derecha y baje los dedos. En esta forma describa un círculo completo con los dedos. Todo el movimiento de este ejercicio debe venir desde el tobillo.



El masaje suave sobre las sienes ayuda a fortalecer los pequeños músculos alrededor de los ojos e impide que se formen arrugas alrededor de estas áreas.



El vibrador eléctrico usado sobre los hombros y el cuello es recomendable para estimular la circulación.

A medida que haga este ejercicio observe cómo los músculos del pie y de la pantorrilla quedan tirantes durante un momento y luego se aflojan. Esto es lo que normaliza el contorno del tobillo y fortalece los músculos de esa región. Repita el ejercicio con los dedos diez veces hacia la derecha y diez veces hacia la izquierda. Luego cruce la pierna izquierda sobre la derecha y ejercite el tobillo izquierdo en la misma forma y el mismo número de veces.

EL MASAJE SOBRE LAS SIENES DESCANSA LOS OJOS

Si ha tenido un día muy atareado, y pequeñas líneas de cansancio aparecen alrededor de los ojos, el siguiente masaje hará desaparecer estas pequeñas arrugas. Presione firmemente la yema del dedo mayor contra la sien derecha. Mueva el dedo describiendo un pequeño círculo de manera que la piel se mueva con esta acción. No pase el dedo sobre la piel sin mover ésta, porque esto puede causar irritación. Describa un pequeño círculo diez veces hacia la izquierda y diez veces hacia la derecha. Repita este masaje sobre la sien izquierda el mismo número de veces.

ESTIMULE LA CIRCULACION

Este masaje sobre las sienes estimulará la circulación y la hará sentirse mucho más fresca. La buena circulación fortalece los pequeños músculos alrededor de los ojos, pero, naturalmente, este masaje no puede considerarse como un tratamiento detallado para los ojos.

A continuación voy a darles otro ejercicio para los tobillos que puede ponerse en práctica sin perder tiempo. Después de quitarse los zapatos, párese sobre los dedos de los pies, de manera que todo el peso del cuerpo descanse sobre éstos. Dé diez o quince pasos apoyándose sobre los dedos. Luego dé vuelta los pies hacia afuera, de manera que el peso del cuerpo descanse sobre los lados exteriores de la planta de los pies, y dé unos cuantos pasos. Después dé vuelta los pies hacia adentro, para que el peso descanse sobre los lados interiores de la planta de los pies. Observará que al caminar con el peso sobre el lado interior de las planta de los pies, los dedos grandes servirán de equilibrio e impedirán que el tobillo se doble demasiado.



El masaje sobre los dedos ayuda a afinarlos y aumenta la gracia y carácter de las manos

FORTALECIENDO LOS PIES, TOBILLOS Y PIERNAS

Los músculos del dedor mayor se extienden, y al hacer este ejercicio, sentirá como si algo se estirara en las pantorrillas. Esto es señal de que necesitan ejercicio, porque están tiesas y no han tenido suficiente ejercicio. Estos ejercicios son excelentes para fortalecer los músculos de los pies, tobillos y piernas, y para mantener los pies flexibles. Los músculos de los pies demasiado tiesos, destruyen la gracia y la facilidad para caminar.

Pasando de un extremo al otro, consideremos los dedos de las manos. Los dedos finos que terminan en punta se consideran, y siempre se han considerado, los más hermosos. El afinar los dedos no es tan difícil como parece, siempre, naturalmente, que se tenga constancia con el tratamiento.

(Continúa en la página 61)

Lo que lleva la mujer



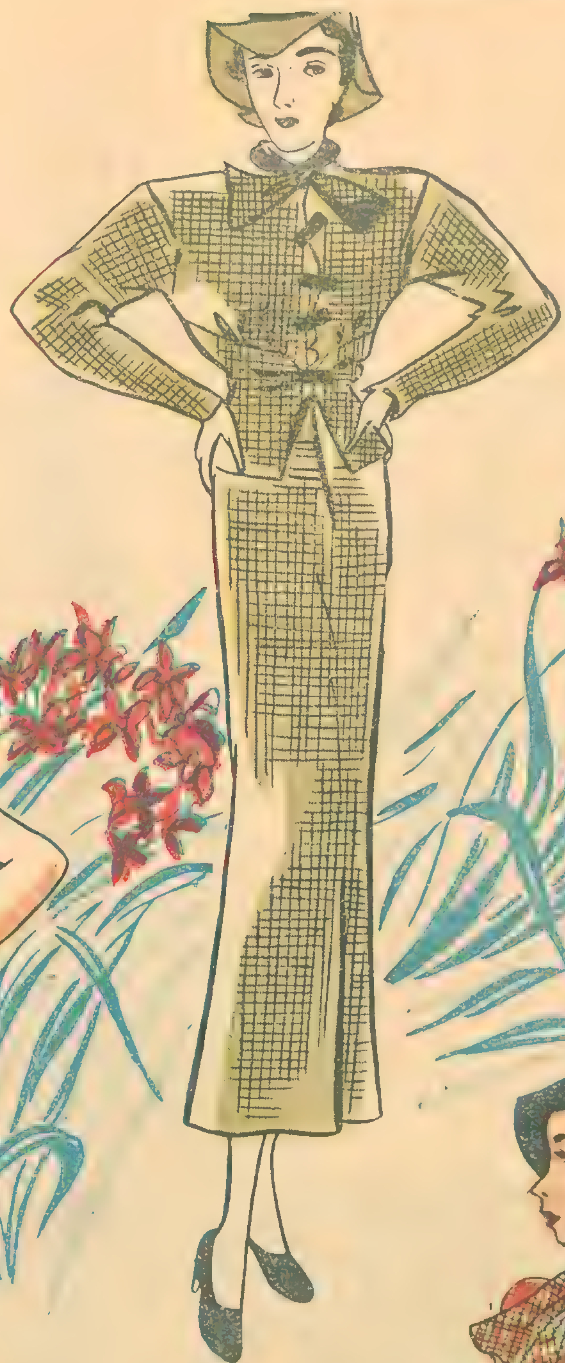
Los motivos de pespuntes tienen gran actualidad. En este modelo de lanilla tienen una disposición novedosa.

Una écharpe de colores vivos completa este conjunto de lana fantasía. El cinturón es de gamuza marrón.

De lana blue es este abrigo. Lleva bolsillos a los lados y un cinturón que marca el talle. Los adornos de astracán gris son originales.

Un gran cuello formando capa adorna este vestido de marrocain de lana negro. Cierra adelante con una hilera de botones.

elegante





Una corbata de piel y un chaleco de seda en colores vivos forman un complemento chic, para acompañar este ensemble de lana beige.



Muy práctico es este vestido en cuadrillé de lana. La chaqueta es de corte gracioso y sentador. Los botones y adornos son de color liso.



Traje de noche, en terciopelo broché. La línea del escote es alta en el delantero, y el decolleté de la espalda, pronunciado.

Una capa de lanilla marrón, forrada con el mismo género del vestido, obtiene un efecto elegante. Cinturón de charol negro.

PARA LA MUJER

Accesorios y detalles de moda

La mujer elegante da gran importancia a los detalles, ya que de ellos depende en gran parte el chic de una toilette.

Los modelos que presentamos dan una idea de las características que predominarán esta temporada en los guantes, zapatos y carteras.

Para los primeros se da preferencia al estilo mosquetero, hasta tanto los abrigos de invierno, con sus grandes puños de piel, den nuevamente actualidad a los guantes cortos. El calzado para la mañana conserva sus características de sencillez. Para las carteras no puede señalarse un estilo determinado, pero son en general grandes, predominando en ellas los colores tostado, marrón y negro.



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT



¿POR QUE ME GUSTA?

¿Por qué me gusta esa mujer? Pues porque es heroica y porque a veces pierde su valor. Porque tiene debilidades en llantos no secretos. Porque tiene un pudor general que es casi una elegancia en sus movimientos y palabras. Porque todo lo viste; nada es rudo y desnudo. Lo mismo tiene sencilleces naturales para lo bello como para lo rústico.

Esa heroicidad espléndida que ella lleva escondida — porque así deben ser las mujeres fuertes — oculta el valor que, exteriorizado, puede darles aspectos masculinos; pero que cuando el caso llega tienen los nervios de acero y el alma de bronce.

Me gusta esa mujer porque tiene voluntad fuerte para las grandes cosas de la vida; y voluntad débil para las pequeñeces hermosas. Porque ama los libros y es dueña de un orden admirable, que ella reparte no sólo en los objetos triviales de la vida, en el gasto pecuniario, donde jamás entra el derroche, sino que también lo lleva en el alma y lo impianta en sus pensamientos, en sus afectos y en sus estimas. Que no sufre lo que, en general, sufren las mujeres, y también los hombres, un mal común que es el entusiasmo.

De los que aman sin disciplina y prefieren con vehemencias, olvidando al amigo de ayer por el de hoy; con la ingratitud puesta lo mismo en el amor que en el traje nuevo, que mira al viejo con que ayer engalanó su belleza y realzó su elegancia como a un simple trapo viejo.

Me gusta esa mujer porque adoro su alma honrada, llena de afabilidad. Y porque detesto las mujeres que le son contrarias, es decir, que tienen el error de no aceptar la vida tal cual es; que ponen el egoísmo o el sentimentalismo, el juicio severo, la falta de indulgencia, la falta de orgullo, a veces, tratándose de ella, y el exceso de orgullo tratándose de los demás.

Porque odio a la mujer espectacular, que precisa del público que estudia sus fases; que "por el qué dirán", "porque la vean" llora o ríe estudiadamente. ¡Qué belleza encuentro en todo lo que es normal! ¡Qué ángeles hermosos serían las mujeres si no vivieran para que las "admiren", para que las "comenten" y para que las "vean"!

CASI..., CASI...

Nada es más terrible que ser "casi". Es no ser nada definido, nada terminado; es no alcanzar nunca ninguna cumbre, es no llegar a ninguna parte. "Casi" es una incapacidad física, moral e intelectual. "Casi" grande, "casi" gordo, "casi" lindo, "casi" simpático... ¡Qué horror! Vale más ser deforme, feo y antipático. "Casi" inteligente, "casi" ilustrado; pero lo más amargo, lo más terrible es ser casi bueno, casi generoso. No ser definido en la bondad, no llegar hasta la bondad, como llega la bala, de un solo envión, hasta alcanzar el centro, es tener todas las otras incapacidades, porque aquel que no sabe ser enormemente bueno, infinitamente bueno, no es decididamente nada; ni moral, ni capaz, ni intelectual; no posee, en una palabra, la magnífica belleza del espíritu que aclara todo aquello que toca, como la luz de la linterna que define los objetos donde ella se posa. Tengo menos repulsión al malo que al casi malo.

Creo que la maldad definida es susceptible de ser corregida; en cambio la "casi" nos engaña siempre; parece bueno en alguna ocasión y malo en otra, y podemos confiarnos en él, y tener desagradables sorpresas; en cambio que del francamente malo, nos defendemos mejor. Es enemigo que no esconde, como el otro, sus armas.

Hay otra tristeza para la mujer dentro de esa situación indecisa: casi bonita, casi joven, casi elegante... ¡Cuánto más dulce es ser fea, vieja y antielegante!

CIEGOS DE ALMA

Hay gente que lleva ciega el alma; que no tiene otros ojos que los ojos materiales. Los ojos morales los lleva ciegos. Y los ojos materiales sólo ven el dinero. Se detienen ante la gente rica; se interesan por lo que ellos poseen; se acercan, disfrutan y hasta se enaltecen de tener relación con el adinerado que posee palacio "aquí", palacio "allá", autos, etc.

Para ellos crece y se agranda el dueño de una fortuna. Se encuentran méritos y virtudes que no poseen. Olvidan deshonores, vergüenzas y ridículos; todo lo cubre y lo tapa para ellos el brillante manto del "oro". El rico adquiere una personalidad importantísima. Y como van ciegos, como no ven nada más que lo que brilla, el auto, el diamante, el palacio, desconocen las cualidades del espíritu, y a fuerza de desconocerlas para sí mismos, llegan a olvidarlas totalmente; el hijo o la hija crecen en el hogar con esa misma ceguera; terminan por creer que lo único bello es el dinero, y también lo único importante.

Y por llegar a él, por escalar la difícil altura, por caminar en los resbaladizos caminos que a él conducen, venden el corazón como se vende un puñado de perlas..., como se vende un trozo de carne.

Hemos caído en ese sentido tanto y tan hondo que ya nadie se saca el sombrero, ni da la derecha a la virtud que pasa, pero todos se inclinan ante la fortuna, y la reverencian y la adulan.

¡Pero si el dinero del rico es de él, no es de quien le adula y le sigue! No por estar junto al adinerado tendrá dinero el que le admira y desea.

Es más rico el pobre ilustrado y distinguido que va a pie, es más rico el bohemio que lleva a la espalda atado el pan duro que comerá durante ocho días, y que lleva el alma llena de eso divino que la vida brinda al que anda y observa, al que ama y sufre, al que investiga y aprende, al que tiene corazón en el pecho, en los labios, en las manos y, como vestimenta, corazón también, ¡siempre corazón!



Una AVENTURA en VENECIA

GIAN Francesco estaba apoyado en el pedestal del gran Caballo de Venecia, que es, en la ciudad sin calles, el único animal de su especie, salvo los que integran la famosa cuadriga del pórtico de San Marcos.

Al lado de Gian Francesco estaba Filippo, observándolo con reconcentrada atención. Envueltos en sus finas capas negras y tocados con idénticos sombreros gachos, parecían casi iguales. Sin embargo, el primero era un personaje importante; Filippo, en cambio, un simple "valet".

Era una noche de junio, y en el aire flotaba la melancolía de la canción maravillosa que los ruiseñores enjaulados entonaban en la sombra, desde los obscuros frentes de los palacios.

Gian Francesco, aunque habituado a lo espléndido y lo deleitoso, no dejaba de ser sensible a uno y otro. Por eso, recostado en la estatua, se dejaba arrebatar por el gozo indolente de la noche apasionada, tan suave, tan brillante de estrellas, tan saturada de música y tan deliciosamente plena de posibilidades de aventura.

Era un hombre bien plantado, que ostentaba su sencillo ropaje con una gracia y una distinción poco comunes. Tenía, a lo sumo, veinticinco años.

Habiendo dicho que estamos en Venecia y en junio, y que los ruiseñores cantaban contra los alambres dorados de sus jaulas, más fácil que describir la naturaleza de las meditaciones de Gian Francesco resultará, sin duda, imaginarla.

En cuanto a Filippo, el "valet", era un hombre de más edad, con menos oportunidades para abandonarse al ensueño, porque su reputación y su existencia dependían de la solicitud con que cuidara de Gian Francesco.

Por lo tanto, juzgando inconvenientes esas meditaciones de su amo en un sitio público, le sugirió, con la debida humildad, el regreso a las discretas habitaciones de la posada "Il Cappello Nero", que servían de momentáneo alojamiento a la incógnita grandeza de Gian Francesco.

Mas el amo rechazó el consejo.

—¿Acaso no he venido aquí para saborear estas horas deliciosas? ¿Qué poesía encuentras en sentarte en la sala de una posada que apesta a ajo y a humo de madera?

—La discreción, señor — murmuró Filippo — pide alguna prudencia. Estáis rodeado de enemigos que pueden a cada instante penetrar vuestro disfraz con sus agudas miradas... y vuestro cuerpo con sus agudos puñales.

—A mí, y sólo a mí — dijo el otro con la altivez en que había sido cuidadosamente educado — corresponde considerar tales cosas. Además — añadió en un tono menos rudo, — no creo que en el caso de que mi identidad fuese descubierta, se cometiera alguna violencia contra mi persona.

—No se puede confiar en los venecianos — declaró Filippo. — Y considerando los malos términos en que esta república se halla con nuestra Toscana...

NOVELA CORTA

Por

GEORGE R. PREEDY

— ¡Uf! — interrumpió el amo, impaciente. — ¡Déjate de mezclar la política en una noche como esta!

— Esperemos, alteza, que no se mezcle algo peor.

— ¿Puede haber algo peor? Lo dudo, mi buen Filippo — replicó displicentemente.

— Me parece — dijo el "valet", cambiando de tema — que no ha de faltar mucho para la hora de la cita.

— ¿Piensas, acaso, que escalar uno de esos palacios es más seguro que meditar beatíficamente frente a ellos? — preguntó el amo. — No, Filippo impaciente, no es hora todavía. La dama ha insistido en que no sea demasiado temprano. Cuando el reloj...

Esta frase no pudo ser terminada porque, infortunadamente, el "valet", absorbido por sus temores y el amo por sus románticos ensueños, no vieron cuatro figuras que habían surgido de entre las sombras violáceas de los pórticos, y deslizándose a través de la plazoleta, se ocultaron detrás del enorme pedestal del monumento. De manera que cuando Gian Francesco se disponía a hablar lánguidamente de las condiciones en que iba a efectuarse la amorosa entrevista, fué tomado con mucha destreza por la espalda, le sujetaron las manos y le echaron un paño sobre la cabeza, enroscándoselo en seguida, muy prietamente, alrededor del cuello.

Dos de los hombres habían tenido a su cargo la maniobra, en tanto que la otra pareja procedía del mismo modo con Filippo.



En contados segundos quedaron desarmados y ligados con cuerdas. Luego los depositaron cuidadosamente en una góndola que aguardaba a la orilla de la plazoleta.

El gondolero se internó en la obscuridad del laberinto de canales, conduciendo a las dos víctimas y a los cuatro hombres.

El monstruoso caballo y su feroz jinete quedaron inmóviles en la "piazzetta" desierta, bañados por el resplandor de la luna que comenzaba a iluminar suavemente el cielo, surgiendo del horizonte por encima del Lido.

Desde el primer momento Gian Francesco se abstuvo de oponer resistencia, juzgándolo inútil y poco digno. Por lo demás, lo trataban con toda consideración.

Ilustró CLARO

El paño con que le habían envuelto la cabeza fué aflojado para que pudiese respirar libremente. Podría haber gritado en demanda de auxilio mientras la góndola surcaba los canales. Pero no lo hizo. En la mano de uno de los hombres brillaba un "stiletto" que imponía silencio.

Mas no hacían falta amenazas para que Gian Francesco callara. Bastaba su temor al escándalo. Y todavía abrigaba la esperanza de que su identidad permaneciese desconocida y pudiera salir de la aventura sin tener que revelarla. Dentro de la cólera, la vergüenza y la aprensión que lo dominaban, luchó, pues, por mantener la tranquilidad y la dignidad de su continente.

Por fin sintió que lo llevaban escaleras arriba. Después lo libraron de sus ligaduras y le quitaron el paño de la cabeza. Se encontró en una habitación pequeña y triste, que parecía hallarse deshabitada desde hacía tiempo.

La única ventana tenía una doble y sólida reja; la puerta se cerraba con fuertes cerrojos. Había cinco sillas, una mesa sobre la cual brillaba una linterna, y nada más.

Frente a Gian Francesco estaban los cuatro hombres, enmascarados, como si él hubiese podido conocer quiénes eran. Vestían a la usanza veneciana y llevaban un manto sobre la cabeza, con lo cual resultaba imposible distinguir un solo rasgo que los identificase.

Gian Francesco compuso el desorden de sus ropas; sus empolvados rizos estaban despeinados y la corbata torcida. Los cuatro hombres, con una reverencia, le dejaron arreglar cómodamente su "toilette", de cuya actitud él dedujo que había caído en manos de caballeros.

Como la capa le había sido quitada juntamente con las ligaduras, Gian Francesco aparecía ahora vestido de gala. Su traje de seda color damasco, bordado con hilos de plata, su chaleco ricamente floreado en el que brillaban botones de diamantes, su gran corbata y sus puños de encaje, las enjoyadas hebillas de sus zapatos, todo proclamaba que ni era un hombre ordinario ni ordinaria era tampoco la andanza en que lo habían sorprendido.

Los cuatro enmascarados se miraron unos a otros.

— En verdad — dijo uno de ellos en dialecto veneciano, — es muy atrayente. Parece el Caballero de la Luna.

Gian Francesco había recobrado ya su compostura. Tomó asiento, echando a su alrededor una ojeada infructuosa en busca de su sombrero. El hábito de tener la cabeza cubierta era más fuerte en él que su deseo de conservar el incógnito.

— Caballeros — dijo pomposamente, — aguardo vuestras explicaciones.

— Es muy sencillo — contestó uno de los enmascarados. — Cuando el gran duque de Toscana viene de incógnito a Venecia, debe esperar que la Serena República saque ventajas de la circunstancia.

Gian Francesco se sonrojó.

— ¿Cómo me habéis conocido? — preguntó.

— La Serena República jamás deja de inquirir todo lo que ocurre dentro de su territorio.

— Pero es que mi pasaporte estaba tan hábilmente fraguado y tomé tantas precauciones...

— También nosotros las hemos tomado.

— Y ahora — dijo otro, — puesto que su serenidad no negará ser el gran duque de Toscana, archiduque de Austria y algunos otros títulos más...

— No — respondió Gian Francesco con altivez. — No lo niego.

— Benissimo. Entonces, no tenemos más que proceder a nuestro asunto, que será des-

pachado muy rápidamente. Ante todo, debo informar a su serenidad que somos representantes del Senado y de la República de Venecia con plenos poderes para hacer justicia en su nombre.

—No estoy en Venecia con fines políticos.

—Se comprende. Pero, desgraciadamente, alteza, nuestra ocupación habitual es siempre la política.

—¿Y en qué me concierne eso? —preguntó la víctima con más despreocupación de la que sentía.

—Su alteza es enemigo de la república e influye contra nosotros sobre Toscana y el Imperio. Nuestro enviado especial ha sido recientemente recibido por su alteza con excesiva frialdad.

—Y lo será siempre, cuando sus exigencias insolentes y provocativas...

—Suplico a su alteza que no se extienda en mayores consideraciones. Dejemos a un lado ese punto y vayamos directamente a lo nuestro. ¿Puede su alteza darnos alguna razón que explique su sigilosa visita a Venecia?

—Quizá —intervino otro de los enmascarados— no haya una razón..., sino cuatro.

Gian Francesco volvió a sonrojarse; era éste un defecto que no había logrado corregir a pesar de sus empeños.

—Cuando nuestro enviado partió hacia Florencia —continuó el que había hablado primero,— llevó con él a su esposa, la noble señora Constanza Di Bertoli, y ésta, a su vez, tenía en su séquito a cuatro damas con las cuales su alteza se ha mostrado excesivamente obsequioso y atento. ¿Es posible que su venida secreta a Venecia...?

—Desde que vuestra ocupación es siempre la política —interrumpió fríamente Gian Francesco,— ¿a qué inmiscuirse en lo que no lo es?

—Precisamente. Su alteza tiene una admirable capacidad de negocios. Los de orden privado no nos interesan. Sólo debemos informar a su serenidad que el Senado, reunido hoy en cónclave secreto, ha decretado unánimemente su muerte. Nuestra misión es ejecutar lo resuelto.

—¿Habéis reflexionado sobre las consecuencias del tal asesinato? —preguntó Gian Francesco.

—Sabemos cómo evitarlas.

—¡Imposible! Caerá sobre Venecia la furia de mi familia y de mi pueblo.

—Eso podría ocurrir si alguien llegase a conocer el fin de su alteza; pero nadie lo sabrá.

—¿Nadie?

—Su alteza desaparecerá, simplemente. Su cuerpo será llevado a una de las prisiones secretas del Palacio Ducal y no quedará el menor rastro de sus huesos.

—Pero no habrá de ignorarse, al menos, que desaparecí en Venecia.

—¿Ha informado a alguien su alteza de que emprendía este viaje?... Me atrevo a suponer que no, porque cualquiera habría desautorizado semejante escapada. Todos suponen que el gran duque de Toscana está de cacería en el Pratolino, y cuando se note su ausencia, esta república será el último sitio en que se le busque.

—Parecéis maravillosamente bien informados.

—Su alteza dispone de media hora. Podemos conseguir un sacerdote si lo desea.

—¿Dónde está mi "valet"? —preguntó el gran duque. Pensaba que si Filippo hubiese escapado, tal vez se le ocurriese pedir auxilio al enviado de Florencia o al embajador de Austria.

Pero la respuesta disipó sus esperanzas.

—Lo tenemos bien liado en el sótano. Cuando su alteza entre en el cielo, allí lo encontrará aguardándole. Dios prohibe que se haga emprender tan largo viaje a un hombre de calidad sin proporcionarle un fiel servidor.

Gian Francesco se había quedado pensativo, con la mirada fija en la linterna.

—Muy bien —dijo finalmente.— Están de más las palabras cuando se trata con asesinos. Que venga el sacerdote.

—Aún queremos concederos otro favor, y es el permiso para escribir una carta de despedida, siempre que no tenga carácter político. Una carta para algún ser querido..., quizá para la persona que ha motivado esta incursión en Venecia...

—Veo que tratáis de descubrir quién conoce mi presencia aquí —dijo el gran duque.— No escribiré ninguna carta.

—Estáis en un error —aseguró el enmascarado.— Quienquiera que sea la dama, es evidente que guardará silencio. Aquellas cuatro señoras que fueron a Toscana tienen maridos muy celosos...

—Tal vez —sugirió otro— estabais por acudir a una cita cuando os interrumpimos. Nada más galante que explicar las causas de vuestra inasistencia a la importante entrevista.

Gian Francesco se levantó.

—¿Juráis como caballeros —preguntó, olvidando quizá que los había calificado de asesinos— que esa carta no será utilizada con fines políticos?

Los cuatro juraron en forma que a él pareció absolutamente sincera.

Uno de ellos colocó entonces sobre la mesa papel, pluma y tintero que extrajo de sus bolsillos.

—Es natural —le previnieron— que no deberéis aludir a la forma en que se cumplirá vuestro destino.

Sin más dilación comenzó a escribir: "Señora mía muy amada: La única cosa que podía ocurrir para separarme de vos esta noche acaba de suceder. Debo dejaros conjeturar de qué se trata. Esta carta es, ¡ay!, no sólo mi disculpa, sino también mi despedida. No esperéis verme más, y creed que diciéndoos adiós lo digo también a todo lo que constituye mi vida. Vuestro, por encima del pequeño incidente que nos separa. — *Gian Francesco.*"

—Es discreta, sin duda —admitió el que parecía el jefe, puesto que era el que habla más.— Y ahora, ¿a quién debemos entregarla?

—Es evidente que no puedo daros el nombre de la dama.

—Y es evidente que no podemos entregarla sin conocerlo.

—Nada de eso. A medianoche, en un pequeño albergue cerca de Chioggia, que está siempre lleno de marineros y cebollas, aparecerá una enana negra. Entregadle la carta diciéndole que es Gian Francesco, y ella sabrá cómo hacerla llegar a su destino.

—¿Es vuestro mensajero habitual?

—En efecto. Pero será inútil preguntarle el nombre de la dama, porque lo ignora.

—No queremos —dijo galantemente el enmascarado— enterarnos de los secretos íntimos de su alteza. La carta será entregada a la negra. ¿Cómo se llama el albergue?

—"La Corona di Piombo".

—Dejamos a su alteza entregado a sus meditaciones. El sacerdote estará aquí dentro de poco.

Esos cuatro enmascarados, para ser agentes políticos, habían demostrado excesivo interés en la carta de despedida escrita por su víctima.

Dejándolo a buen recaudo en el ático, y al "valet" bien seguro en el sótano, en lugar de ir a buscar a un sacerdote o a un verdugo, se encaminaron derechamente al pequeño albergue cercano a Chioggia, lleno de marineros y de cebollas, y conocido con el nombre de "La Corona di Piombo".

Llegaron allí a medianoche, pero no vieron a ninguna negra entre el mundo de gente que bebía vino, comía queso y pan de centeno, o dormitaba en los largos bancos.

—Hemos sido chasqueados —tuvieron que reconocer finalmente, —o al-



PANORAMA SONRIENTE

Por LORIBAN PETISEN

¡A MI, CAMI!

Aquí estoy, después de las agitaciones de Semana Santa, con el espíritu por el suelo, la voluntad vacilante, la inteligencia en vigilia, la pluma seca, el block más blanco que una niña antes del verano, y ello no obstante, obligado por las altas direcciones dictatoriales, a entretener a mis ciento sesenta y dos mil trescientos ocho lectores de ambos sexos con el espectáculo semanal y sonriente que define el título.

Y como no tengo gana de realizar esfuerzos ingeniosos, voy a subir los escalones que conducen al último anaquel de mi incrustada biblioteca, y a ciegas tomaré el volumen que mis dedos rocen.

Como conozco todos mis libros de pe a pa, cualquiera de ellos me dará abundante material de entretenimiento y estudio, que amorosamente acercaré a los "ojos sedientos" de la masa lectora.

Si rozo con mis yemas la geografía de Gastón Federico Tobal, los comentarios de Segovia al Código de Comercio, alguna "petite histoire" de Lenôtre, alguna biografía de Ludwig o Zweig, el tomo II de Jestud o el Almanaque para las Gothas, etc., de todo sacaré provecho a fin de edulcorar la media página a que me condena mi espiritualísima agilidad..., que hoy requiere rueda de auxilio.

Un momento. Subo y bajo la escalera, y estoy con ustedes.

....

El pajarito de la suerte me ha puesto entre manos unos antiguos cuentos de Cami, que bajo la advocación radical de "Bajo la ducha", tengo a la vista, de que doy fe.

De los cuarenta y tantos volúmenes, sólo mereciera publicarse una media docena escasa. (Conste que media docena escasa son tres o cuatro unidades.) De estos tres o cuatro, sólo debieran vivir, y viven, dos; pero en realidad, de verdad, sobra uno. (Que es lo que ocurre en las recopilaciones de discursos, por altisonsorios que sean.)

Ese otro se llama "Caza de tigres", que es más o menos, esto:

PRIMER ACTO. "La partida". (La escena ocurre en la casa del cazador intrépido.)

La mujer del cazador. — *¿Entonces, no quieres renunciar a tu proyecto de ir a cazar tigres con un armario de luna?*

El cazador. — *No, señora. Parto esta tarde con mi viejo servidor. Hasta un día de estos.*

SEGUNDO ACTO. "La caza". (La escena se desarrolla en un desierto.)

El cazador. — *(Al sirviente que acaba de colocar el ropero con espejo en mitad del desierto.) Apercibo dos tigres que se dirigen hacia aquí. Escondámonos en el ropero. (Se instalan, cerrando con cuidado la puerta.)*

El sirviente. — *(Con temblorosa voz.) ¿No soy indiscreto preguntando qué hacen ahora los tigres?*

El cazador. — *(Observando por la cerradura.) Ahora se miran al espejo. Es todo lo que yo quería. Dame un pedazo de bofe. (El sirviente cumple.) Salgamos. (Abre la puerta del armario y sale seguido del sirviente. El cazador intrépido muestra el cebo a los tigres y lo tira en el armario. Los tigres se lanzan al armario para comer el bofe.)*

El cazador. — *(Carrando con llave la puerta.) ¡Helos presos!*

El sirviente. — *(Con temblorosa voz.) ¿El señor podría explicarme por qué no nos han devorado los tigres?*

El cazador. — *No nos han tragado vivos porque se han mirado al espejo. Esta luna puesta especialmente disminuye todo lo que refleja. Los tigres se han visto del tamaño de un gato. De pronto se han sorprendido; después, por auto-sugestión, se han persuadido que eran realmente gatos. ¿Comprendes ahora por qué no nos han devorado y han preferido el bofe? (Mira su reloj.) Pero se hace tarde. Regresemos a nuestra patria.*

TERCER ACTO. "La distracción fatal". (La misma decoración del primer acto.)

El cazador. — *(Entrando en el dormitorio nupcial.) Aquí me tienes de regreso, esposa mía, con dos soberbios tigres en mi armario. Tendremos dos buenos tapices.*

La mujer del cazador. — *Pero antes es necesario matar los tigres.*

El cazador. — *No es necesario. Espero obligarlos a servir de alfombras, de buena voluntad. Los habituaré a extenderse, a aplastarse sobre el parquet en la postura de los cubre-camas. Es cuestión de paciencia. Lo importante será no dejarlos caer por la ventana cuando los sacudan para sacarles el polvo.*

La mujer. — *¡Pero dónde está el valeroso sirviente? (La voz del sirviente, a la distancia: ¡Socorro, socorro!)*

La mujer. — *¡Cielos! ¿Qué sucede?*

El cazador. — *(Después de diez minutos de reflexión.) Ahora comprendo el motivo de esos gritos desesperados. ¡Qué distracción trágica! He olvidado hacer retirar del cuarto de baño el espejo común. Ese no disminuye los objetos. Las bestias feroces han debido mirarse y constatado su gran tamaño. Natural; se han dado cuenta que eran tigres verdaderos. Están devorándose a mi fiel servidor. Pero eso no tiene importancia. Ya iba a despedirlo. (TELON.)*

N. del T. — *¡Cómo será mi estado de espíritu, que ni esto me hace gracia! ¡A mí, Cami!*

gún accidente o sospecha ha sobrevenido al mensajero.

Se consultaron con la mirada y consideraron si convenía retornar junto a Gian Francesco para obligarle a revelar el nombre de la dama. Decidieron, sin embargo, que la tentativa resultaría estéril, y también que esta parte de la broma había ido ya demasiado lejos.

Porque, como ustedes lo han adivinado, estos cuatro enmascarados no eran agentes de la Serena República, sino los maridos de las cuatro damas que habían ido a Florencia en el séquito de la muy noble señora Constanza Di Bertoli. Su único propósito había sido descubrir por cuál de las cuatro se interesaba el duque, o viceversa.

No pudiendo guardar mucho tiempo prisioneros al duque y a su "valet" sin que la treta fuese descubierta, tenían pensado escoltarlos hasta la frontera, mientras estaban todavía bajo la impresión de hallarse en poder de la policía secreta de la república.

Así, no habiendo tiempo que perder, los cuatro maridos convinieron en un plan. Llevaron la carta a un calígrafo que conocían, al que obligaron a levantarse de la cama para que sacara tres copias idénticas.

Luego se fueron a sus respectivos domicilios, cada uno con su carta en el bolsillo.

La noble señora Elvira de Schiavoni bostezó y se incorporó en su lecho de marfil. Su esposo acababa de entrar en la habitación.

—Tengo una carta para ti — le dijo.

—¿De mi madre? — preguntó ella.

—No.

—¿De alguno de mis hermanos?

—Tampoco.

—¡Es un acertijo! ¡Qué interesante!

—Es de un galán.

—Entonces no es para mí — se apresuró a aclarar con una sonrisa. — ¿No soy, acaso, la única dama de Venecia a la que nadie hace la corte?

—Siempre lo he creído así. Sin embargo, aquí está la carta. Es de un tal Gian Francesco y parece ser un adiós escrito en punto de muerte.

Mientras hablaba tenía los ojos clavados en su esposa. No advirtió la menor turbación en su cándida mirada, ni el más leve cambio de color en su rostro.

—¡Pobre hombre! — se limitó a comentar la dama. — Tal vez la carta sea para alguna de mis doncellas. ¿Dónde la hallaste?

—He interceptado un mensajero — dijo tendiéndole el papel. — Una negra enana que esperaba a alguien en un albergue de Chioggia, lleno de cebollas y marineros.

Tampoco este discurso surtió efecto. Elvira bostezó de nuevo y devolvió la carta sin leerla.

—¡Qué historia más rara! — dijo lánguidamente. — ¡Lástima que tengo demasiado sueño para escuchar ahora el desenlace!

La noble señora Mafalda de Capello era madrugadora. Su esposo la divisó desde lejos, en la terraza, secando al sol su rubia cabellera.

Siguió con la carta un método muy diferente. La entregó al peluquero, que estaba muy ocupado en preparar una infusión vegetal para el cabello de Mafalda.

—Llévale esta carta a mi esposa, diciéndole que te la ha dado una enana negra, cerca Chioggia, en un albergue lleno de marineros y cebollas y que se llama "La Corona di Piombo". Haz de manera que yo pueda observarla cuando se la des.

Con la carta puso una moneda de oro en la mano del peluquero.

Así, la misiva fué entregada a Mafalda justamente en el momento en que su marido llegaba a la terraza. La dama leyó sin el menor signo de emoción, se encogió de hombros y dijo:

—Te has equivocado de dirección. Esto debe ser para otra persona.

El tercer esposo era más astuto que los otros. Colocó su copia en un balcón al que su mujer se asomaba siempre muy temprano para dar de comer a sus palomas.

Allí la encontró Leticia de Buonaventura cuando comenzó a esparcir sobre el mármol rosado de la balaustrada el grano sabroso para sus aves favoritas.

Entretanto, el esposo la observaba, oculto detrás de una cortina.

La dama recogió la carta, la leyó sin mayor curiosidad, y luego, indiferente, la desmenuzó entre sus finos dedos y aventó los trocitos que fueron, voltejeando, a posarse sobre las negras aguas del canal.

¿Y la cuarta esposa?

Quiso la casualidad que a ella le correspondiese el original de la carta, el escrito por el propio Gian Francesco cuando creyó estar bajo sentencia de muerte.

Esta dama era Carolina de Visdomini, dulce, lánguida, deliciosa. El esposo la encontró sentada ante el espejo, entretenida en adornar con flores su cabellera bronceada y undosa.

—Como el hombre se está muriendo, si no ha muerto — dijo el marido sin rodeos, dejando caer el papel en la falda de la dama, — he querido entregarte yo mismo su mensaje.

—Querido — murmuró, — ¿qué clase de broma es esta?

Los cuatro maridos se encontraron en el lugar convenido de antemano. Cada uno estaba contento de sí mismo y sentía una secreta conmiseración por los demás, porque, naturalmente, cada cual estaba seguro de la inocencia de su propia mujer y convencido de la culpabilidad de la esposa de alguno de sus compañeros.

Todos concluyeron más o menos con las mismas palabras:

—Desconfiado como soy y precavido como me conocéis, no era posible que pudiera ser engañado. ¡Si la hubieseis visto! La verdad brillaba en sus ojos, el candor en sus mejillas y la inocencia en su sonrisa.

Sólo el marqués Schiavoni, que era el más pesimista, preguntó:

—Y entonces, ¿para qué o por quién el gran duque ha arriesgado la vida en Venecia?

—Quizá por alguna dama que no conocemos.

—¡Ah, tal vez! — El marqués Schiavoni sonrió con disimulo, pensando: "Uno de vosotros es un tonto o un crédulo."

Y cada uno de los otros pensó: "¡Extraño es que el marqués se haya dejado engañar tan fácilmente!"

Los conspiradores, que ocupados en sus asuntos domésticos habían olvidado por completo al prisionero, se miraron mutuamente con consternación. Después de todo, se trataba nada menos que del duque de Toscana. Si la estratagema llegaba a descubrirse, tendrían que responder de ella con sus vidas y fortuna.

Decidieron decirle que la Serena República le había perdonado la vida a condición de que nunca entrara en territorio veneciano, como no fuese en misión oficial.

De acuerdo con este plan, fueron apareciendo uno a uno frente a la casa en que tenían encerrados a los dos hombres. Una vez reunidos bajo el pórtico, se colocaron los antifaces

(Continúa en la página 61)

las peripecias de pancho



Pancho. — ¡Llamá a un vigilante, que se escapa el chorro!...



La honra del trabajo

Por la TIA POMPON

CUENTO INFANTIL

Blanca se llamaba una hermosa niña que vivía en una choza, acompañada de su padre, un hombre avaro que poseía un trozo de tierra que nunca quiso cultivar.

—Padre: déjame regar la tierra, abrir surcos y plantar trigo, maíz, papas. En fin, realizar una cosecha para nuestro sustento y pasar el invierno al abrigo.

—No — respondía el padre; — ve por ahí y canta.

Y la niña hermosa, que poseía una voz maravillosa, iba por las calles cantando y recogiendo limosna.

Ni trabajaba ni la dejaba trabajar a ella.

—Pedir es humillante y deprimente — decía Blanca al padre avaro e insensato que no comprendió nunca la honra del trabajo.

El que trabaja goza de una inmensa satisfacción; parece que el músculo y el cuerpo todo se sienten satisfechos después de realizar el ejercicio del trabajo físico; además, con ello se alegra el corazón, porque el corazón, cuando cumple con un deber, está siempre de fiesta; luego el pan que se paga con el producto del trabajo sabe mejor, y es más rico al paladar.

Pero el padre sólo sabía arrebatar a la niña las monedas que traía, y fumaba y bebía dando poco abrigo en ropas al cuerpo de Blanca, y el menor alimento posible a la pobre pequeña.

Sucedió que un día Blanca cantaba en su choza, y, de pronto, se le apareció un enano; subió al borde de la ventana y tiró a los pies de ésta una moneda de oro.

En cuanto el padre la vió, se echó sobre ella.

—¡Oro! — dijo, — ¡oro!

Y en vez de mandar a la niña a la ciudad, la obligaba a cantar en la choza; y todos los días el enano daba un salto hasta la ventana, y dejaba a la niña una moneda de oro.

Era feo el enano y repulsivo, mas la niña sentía por él un gran cariño y una gran gratitud.

Nunca la pequeña ambicionó dos moneditas. Pero el padre avaro pensó: "Si todos los días tiene el enano una moneda de oro, quiere decir que es dueño de una inmensa e inagotable fortuna."

Y le espió y le siguió para poder descubrir el sitio en que vivía y guardaba sus riquezas.

(Continúa en la página 64)

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

COCKTAIL CINEMATOGRAFICO

Ofrecemos la presente sección a nuestros lectores, con la promesa formal de seleccionar las noticias que en ella aparezcan y contribuir a que las mismas tengan, con sus respectivos comentarios, el valor informativo y ameno necesario.

Los órganos periodísticos de Inglaterra han iniciado ya una campaña con el fin de inducir a los productores a que en todas sus películas impere un ambiente británico al ciento por ciento. Aseguran la necesidad de hacer algo completamente local, no sólo en lo que se refiere a la modalidad del idioma, tan diferente de la empleada en Estados Unidos, sino también en lo que concierne a los personajes, a los temas y a todo cuanto contribuya a difundir aun más por el mundo el conocimiento de la verdadera personalidad de los británicos. No desean que sus films delaten la más mínima influencia ejercida por la cinematografía de Hollywood, y por eso piden la supresión de los personajes norteamericanos.

Naturalmente, todo esto es muy bonito y muy patriótico, tanto, que si le ponen música hasta pueden hacer un "Himno de la cinematografía británica". Pero una cosa es con guitarra y otra es sin ella. Porque para nadie es un secreto el hecho de que la pantalla inglesa no ha hecho, para triunfar, otra cosa que trasplantar a Londres un pedazo de Hollywood llevándose lo mejorcito que pudo encontrar. Ahí están para recordarlo sus dos primeros éxitos, "El romance de Catalina la Grande" y "La vida privada de Enrique VIII", en los que se ha advertido claramente la presencia de la técnica norteamericana en todos sus aspectos.

Es necesario tener en cuenta que en Inglaterra no sólo han trabajado artistas que en Hollywood aprendieron a actuar ante una cámara, sino también directores, fotógrafos, argumentistas, escenógrafos y mil hombres más portadores de una experiencia adquirida en Norte América, cuya importancia huelga destacar. Con toda esa legión de personas hábiles y con una minoría de gente inglesa se formó la base del edificio que hoy es ya un rascacielo. Quienes lo cimentaron al colocar los primeros ladrillos fueron los que de Hollywood emigraron, llevándose la riqueza de esa sabiduría allí adquirida y desarrollada.

Quienes en la nación europea dirigen los destinos del séptimo arte saben todo esto y no piensan, por fortuna, desligarse de los americanos. Es así cómo, a pesar de las protestas periodísticas, se han intensificado las relaciones entre ambos países con la celebración de acuerdos. Por lo de pronto el productor americano Samuel Goldwyn ha convenido con su colega inglés, el famoso Alexander Korda, un sostenido intercambio de artistas, y como quien más necesita de esta clase de gente es Inglaterra, fácil resulta suponer que gran cantidad de astros y estrellas de Hollywood filmará en los estudios londinenses.

No hay necesidad de pensar mucho las cosas para advertir tras de todo esto una mutua conveniencia general. Aparte de que no son pocos los productores americanos que tienen invertidos en Londres grandes capitales, una tirantez de relaciones entre ambos estudios acabaría fatalmente por dividir también a los públicos de ambos países. Vale decir, que el público norteamericano se negaría a ver películas hechas en Londres, y el público inglés haría lo mismo frente a las películas hechas en Hollywood. Y esto sería francamente desastroso para cualquiera de los dos países, sobre todo para el de nuestros vecinos, que siempre ha



EDWARD G. ROBINSON

El premio de diez pesos moneda nacional que todas las semanas otorgamos a la mejor ilustración recibida, corresponde hoy a Armando Jofre, domiciliado en Juan Carlos Gómez 1495 (Montevideo, R. O. del Uruguay), por la habilidad demostrada en el excelente trabajo que aquí reproducimos.

Nuestro comentario

LOS AMORES DE CHOPIN

Intérpretes principales: **Jean Servais, Jeanine Crispin, Lucienne Lemarchand y Marcel Vallee.**
Producción: **Julio Joly.**
Dirección: **Geza von Bolvary.**

Le ha tocado el turno a Chopín, vida rica en aventuras románticas, de resucitar para la cinematografía moderna. El gran compositor polaco, tan tempranamente fallecido, jamás habría soñado que algún día un ser humano podría reencarnarlo en la ficción y pasear su elegante figura por sobre un trozo de blanca tela. La pantalla francesa ha querido ser la primera en ofrecer al mundo un pedazo de la existencia de quien necesitó marchar a París a fin de consagrarse definitivamente. Y no lo han hecho del todo mal. Justo es consignar que si "Los amores de Chopín" no es un film de primera calidad tampoco pertenece al tipo corriente. Está hecho con delicadeza y buen gusto, que no de otra manera podía ser presentado el gran compositor polaco. Geza von Bolvary ha tenido el gran tacto de hacer que la película termine cuando comienzan los amores de George Sand, la célebre escritora francesa, con Chopín. De otra manera aquello se habría convertido en drama, pues ya todos conocemos por referencia los puntos que calzaba la buena señora y la perniciosa influencia que ejerció sobre el músico. En cambio se enlaza con tal idilio el amor de Chopín con una muchachita de pueblo, a quien abandona para marchar a Mallorca con George Sand. El final quiere ser dramático y sólo lo consigue a medias, ya que cuando tales escenas llegan, todas las anteriores no logran dar al espectador la sensación de una tristeza lógica en tales momentos. Además, físicamente Jean Servais no impone respeto. Es demasiado buen mozo (Chopín lo era), pero demasiado joven en apariencia, cosa que está en contradicción con la época en que el film transcurre. En efecto: vive la película en el año 1841. Si consideramos que Chopín nació en 1809, su edad entonces era de 32 años. Y el Chopín que allí nos ofrecen, apenas si demuestra 21 o 22 años. Pero todos estos no son sino pequeños baches que no empañan en nada la eficacia de

(Continúa en la página siguiente)

LA ALEGRE DIVORCIADA

Intérpretes principales: **Fred Astaire, Ginger Rogers, Edward Everett Horton y Alice Brady.**
Producción: **R. K. O., Radio Pictures.**
Dirección: **Mark Sandrich.**

El día que el vaudeville desaparezca del cine habrá, sin duda, que lamentar mucho su pérdida. Nadie mejor que el séptimo arte para abarcar semejante género teatral y hacerle rendir el máximo de beneficio, ofreciéndole una total amplitud de acción y unos enfoques que las tablas jamás podrán dar. No sabemos si colocar "La alegre divorciada" entre los films de revistas musicales. Entendemos por tal, a aquellas películas que basan su mérito en un gran despliegue de escenografía, tal como ocurrió en "Vampiresas 1933" y "La calle 42". ¿Es vaudeville, film musical o comedia? Hay en ella de todo un poco. Y a fe que están esos tres aspectos bien amalgamados. "La alegre divorciada" resulta así una comedia amable, rebosante de simpatía, cuyos episodios la vista y el oído recogen con agrado. No pretendamos hallar fondo alguno, argumentación o simplemente el esbozo de una trama consistente. Absurdo sería tal intento, ya que su carácter de comedia musicada la inhibe de poseer tales cosas. Pero encontramos, en cambio, la mano acertada (acertada nada más) de un director que hubiese podido hacer aún mucho más de lo que hizo. Sin embargo no podemos censurarla grandemente, ya que lo que dió basta y sobra para dejarnos satisfechos. Uno de los aspectos más acertados de Sandrich ha sido la magnífica fotografía que obtuvo de las danzas de Fred Astaire, que son un verdadero espectáculo. Este mocito delgaducho y feo pero muy simpático, debutó en la pantalla dirigiendo una orquesta en "Volando a Río" y haciendo de *partenaire* de Joan Crawford en "La bailarina". Designado en ambas oportunidades para servirle de vulgar "relleno", dejó satisfechos a todos. Bailarín vastamente conocido en los teatros y clubs nocturnos de Nueva York, se nos presenta ahora convertido en un galán, en trance de desalojar de su puesto al propio Maurice Chevalier. Es tan simpático y artista como el francesito, canta tan mal como él y baila maravillosamente bien. Sólo él, bailando al compás de la música, es espectacular por la gracia, la rapidez y el acierto de sus movimien-

(Continúa en la página siguiente)

ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL

Intérpretes principales: **Warner Baxter, Myrna Loy, Walter Connolly y Helen Vinson.**
Producción: **Columbia.**
Dirección: **Frank Capra.**

Aleccionado sin duda por el gran éxito que había obtenido con "Lo que sucedió aquella noche", el talentoso Frank Capra quiso repetir el plato y hacer de "Estrictamente confidencial" una nueva prueba de sus méritos, que por otra parte nadie le discute. Tan es así que, aun tomando otros artistas y otro argumento, quiso empapar su desarrollo con un ambiente similar al anterior, empleando la misma técnica amable y graciosa. Pero le falló el tiro, ya que, aun con idéntico molde, el contenido no le resultó de calidad superior. No es que pretendamos con ello restarle méritos a "Estrictamente confidencial". Su trama, sus intérpretes y sobre todo su dirección tienen aciertos que nadie puede negar. Pero es el caso que quien la realizó es un director que ya no puede darnos films simplemente buenos. Lógicamente esperamos de él cosas superiores, que se aparten un poco de la rutina y que marquen un suceso. Tal era la esperanza con que fuimos a ver esta nueva producción de él. Y, lo confesamos, hemos salido con la sensación de haber sido un poco defraudados. Sobre su argumentación no nos forjábamos mayores ilusiones. La sospechábamos sencilla y así resultó. Pero sospechábamos también que de su sencillez sabría el director hacer algo muy bonito, cosa que no resultó. Apenas si pudo hacer de "Estrictamente confidencial" una película un poco superior a las corrientes, pero que de ninguna manera puede ser tildada de gran cosa. Lo mejor que tiene es el desarrollo de una carrera de caballos, muy bien fotografiada y llena de emoción. Pero, justo es consignarlo, en la pantalla las hemos vistos mejores. Más aún: los norteamericanos demostraron siempre una habilidad tal para esta clase de escenas, que siempre que hemos presenciado una carrera de caballos hemos salido por lo menos tan satisfechos como de la que se ve en este film. Warner Baxter, en cuyo rostro va el tiempo dejando huellas que en vano el maquillaje lucha por destruir, es quien mejor se conduce, sin que esto signifique que raya a gran altura. Myrna Loy

(Continúa en la página siguiente)

tenido en la Gran Bretaña su mercado principal.

En consecuencia, si Inglaterra no admitiese la colaboración americana negándose a recibir a sus artistas, a sus directores y a su personal técnico, los del Norte se verían, por dignidad, forzados a hacer otro tanto, y entonces empezaría la guerra. ¿Quién saldría perjudicado? Los dos, sin duda. Pero sólo el tiempo podría decir cuál llevaría la peor parte. La cinematografía británica es una fuerza poderosísima que está surgiendo con promesas cada vez más seductoras y cada vez más tangibles. Cerebros frescos y mentalidades vigorosas la están llevando muy lejos. Pero Hollywood, señores... siempre será Hollywood.

Porque mientras uno representa la fuerza que surge y el otro la fuerza que ha surgido, conscientes ambos de su propio poder, juzgan que sería absurdo declarar una guerra artística que, como todas las guerras, sólo serviría para matar al vencido y dejar en la agonía al vencedor. Y amistosamente tratan de ayudarse, comenzando por un intercambio de gente. Norma Shearer, Robert Montgomery, Jean Harlow, Fredric March y Clark Gable han firmado ya contrato para hacer en Londres una película cada uno. En tanto, los actores nombrados pueden hacerlo en cualquier momento, las dos actrices tendrán que aguardar algunos meses. Norma hasta haber dado a luz a su segundo vástago, y Jean hasta que el público inglés, que no transa con las rarezas de Hollywood, haya olvidado un poco su estúpido divorcio de Hal Rosson.

Además, los estudios británicos aceptarán argumentos de autores americanos, que serán llevados a la pantalla luego de sufrir algunos retoques tendientes a adaptarlos al espíritu inglés. Y lo propio harán (aunque ya lo hacen desde muchos años atrás) los productores de Hollywood con respecto a los autores británicos.

Claro está, los artistas norteamericanos se hallan acordes con este intercambio. Razones no les faltan para estarlo, ya que aparte de que sus figuras cobran mayor popularidad, los beneficios materiales aumentarán notablemente. Londres no puede jactarse de tener gente de mucho cartel fuera de sus fronteras. Aquí, por ejemplo, no son muchos los que están familiarizados con los nombres de Merle Oberon, Tom Douglas, Anna Neagle, Cedric Hardwicke, Jessie Matthews y Elizabeth Bergner, por no citar sino unos pocos.

Si el protagonista de un film es Merle Oberon, el público se resiste un poco a verlo. No está familiarizado con esa actriz y teme clavarse. Entonces, no va a ver la película, prefiriendo, en cambio, ver otra en que actúen Joan Crawford o Fredric March, porque sus nombres le suenan familiarmente al oído. Pero en cambio, si quienes actúan son Merle Oberon y Gary Cooper juntos ira a verlos. Y entonces conocerá a Merle Oberon. Y así sucesivamente con todos los artistas británicos.

En lo que al espectador concierne, tal estado de cosas lo beneficiará ampliamente. Cuando va a ver un film no le interesa quién lo hizo. Le importa, en cambio, que el film sea bueno, porque como tal lo paga. Los acuerdos y discusiones de los productores no deben, en manera alguna, trascender a la butaca de la platea. Son asuntos internos de índole puramente privada, en la que el público no debe inmiscuirse mientras la cinematografía no le dé motivo de queja y le poporcione, en cambio, un espectáculo digno. Es por ello que debe satisfacernos el mantenimiento de las buenas relaciones entre Hollywood y Londres, ya que la lógica posición de inferioridad de nuestro cine con respecto al de ellos, nos obliga a ver, oír y callar...

Los amores de Chopín (Continuación)

la producción. La música es del mismo compositar polaco, y esto hace que sobren los elogios. Jean Servais se conduce correctamente, aunque, acaso un poco atemorizado por el personaje que estaba reencarnando, peque en algunas escenas por su excesiva frialdad. Jeanine Crispin hace un George Sand bastante fiel, y Lucienne Lemarchand evidencia gran corrección en el poco papel que interpreta. Quien está muy bien es el veterano Marcel Vallee haciendo de profesor de Chopín, con una seguridad que admira. Mas lo que predomina en todo el film es el toque delicado y verdaderamente romántico, que constituye un acierto, con el carácter de la película misma.

La alegre divorciada (Continuación)

tos. Ginger Rogers no convence gran cosa. Sólo gusta cuando baila, secundando admirablemente a Fred Astaire. Aparte de eso no exhibe otra cosa que su rostro bonito y sus piernas bastante pasables. Edward Everett Horton lo tapa a Fred Astaire cuando dialoga con él. Como artista es el mejor de todos. Y por último, la veterana Alice Brady cumple su mejor trabajo desde que debutó en el cine parlante. Las danzas son muy buenas, y la música mejor todavía. Y si a todo esto añadimos un diálogo chispeante y oportuno, tendremos la sensación exacta de lo que "La alegre divorciada" es en realidad: un film lleno de vistosidad y amabilidades.

Estrictamente confidencial (Continuación)

ha debido ceder terreno a su compañero, y su figura no aparece ante la cámara con la frecuencia que sería de desear. Lo poco que hace lo hace mediocremente, tal vez influenciada por la necesidad de que su compañero se luciese. Helen Wilson, amanerada como de costumbre, hace una esposa fría en escenas ocasionales. Y por último, Walter Connolly, en su papel de padre de la heroína (lo mismo que en "Lo que sucedió aquella noche"), está tan atractivo como siempre.

En fin, que "Estrictamente confidencial" no es un apelícula digna de Frank Capra, a pesar de ser un poco superior a las comunes y de respirarse en toda ella un oxígeno que tiene muchos puntos de similitud con el de "Lo que sucedió aquella noche", aunque le falta la pureza que aquél tenía.

Herencia (Continuación de la página 23)

todo momento. Esto, al mismo tiempo que me hacía sufrir, era una especie de bálsamo para mis sufrimientos.

Anselmo Crujés, no obstante su pequeñez, no era tonto. En seguida advirtió mi cambio, a pesar de que en un principio no fué tan ostensible. Y se sintió profundamente afectado. Mirándole a hurtadillas, le veía quedarse suspenso, como pensando en algo muy lejano; y a la luz de la lamparilla que le daba sobre los ojos, veía, a través de los cristales de sus antiparras, cómo las lágrimas le abrillantaban los ojos. Prudente o cobarde, Crujés fué prescindiendo de mi amitad; y en la misma forma inexplicable con que un día nos sentimos mutuamente atraídos, llegamos a distanciarnos para siempre.

Y pasó algún tiempo. Un día, cansado de su vida obscura, Anselmo Crujés tuvo un gesto de hombre. Se quitó la vida, arrojándose al río. La noticia de su muerte fué recibida con un júbilo afrentoso. Hasta yo mismo me sentí contagiado de él, sobre todo cuando el director de "La Gótica", en atención a mis merecimientos, me ascendió de puesto, designándome para el que había desempeñado mi ex amigo.

Sin embargo, mi júbilo fué breve. En seguida comprendí que, legándome su puesto, Anselmo Crujés se vengaba de mí: a partir de aquel momento, mis compañeros me llamaron "Crujés".

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR





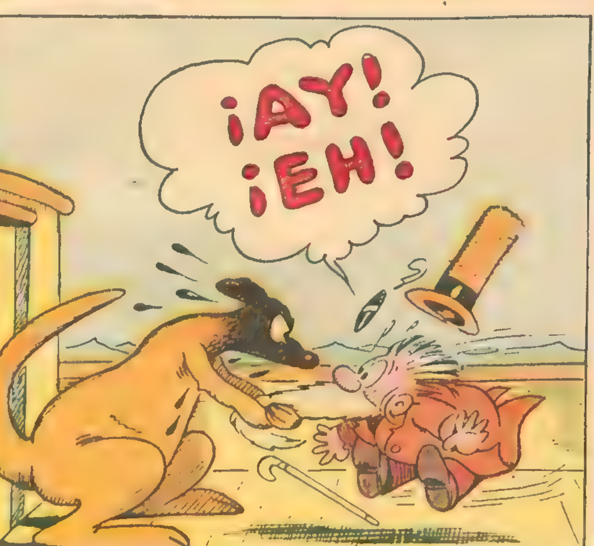


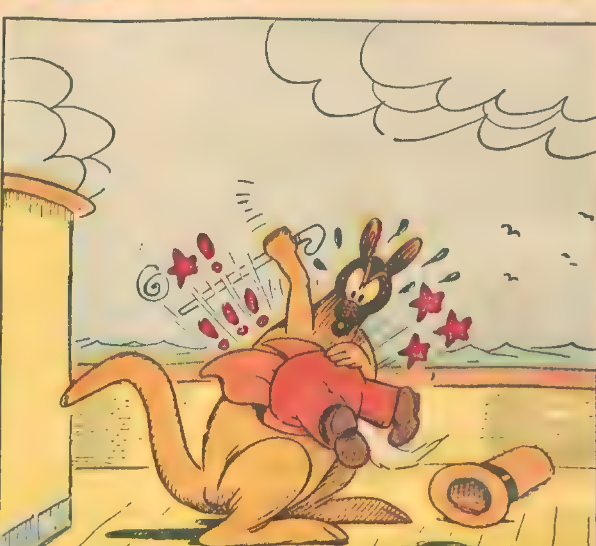


















JUNE KNIGHT también triunfará en Londres

Con motivo del intercambio artístico que se está efectuando entre los estudios cinematográficos de Londres y Hollywood, han partido ya de esta última ciudad algunas estrellas que marchan a Inglaterra en busca de nuevos triunfos. Una de ellas es June Knight, la simpática figura que luego de triunfar en los teatros neoyorquinos hizo lo mismo en la pantalla. Pronto la veremos en un film británico, donde seguramente no se le permitirá exhibir sus bien torneadas piernas, al igual que tantas veces lo hiciera en los sets de Hollywood.



El mundo en la



PREPARATIVOS PARA LAS OLIMPIADAS DE BERLIN

En la Exposición Olímpica que ya funciona en la capital alemana, figura esta miniatura de casa, que es una demostración de la distribución de los muebles y habitaciones que utilizarán los atletas extranjeros. Tales viviendas serán construídas en Berlín, bastante cerca del estadio.



¿PASAJEROS U OBREROS DEL BUQUE MERCANTE BRITANICO "REINA MARY"?

No, no son pasajeros; son obreros que en el puerto escocés de Clydebank trabajan dando los últimos toques al poderoso buque mercante británico "Queen Mary", de una longitud superior a trescientos metros, que pronto será botado.



CARLITOS CHAPLIN FILMA SU TAN ESPERADA "PELICULA NUMERO 5"

El artista mundialmente famoso ha finalizado ya el rodaje de su tan esperado film. Ha sido secundado por Paulette Goddard cuyos cabellos aparece aquí arreglando, mientras se disponía todo lo necesario para la obtención de algunas escenas en la localidad de Ventura, California.



EL CANCILLER ALEMAN EN BAYREUTH

El presidente Adolfo Hitler aparece aquí ante la tumba del militar y ministro recientemente fallecido, Hans Schemm, haciendo el saludo a la clásica manera nazi. Fué esta la primera vez que el fuhrer se presentaba en público después de haber proclamado la conscripción obligatoria.

fotografía y en el comentario



DE ROMA PARTEN LAS TROPAS MOVILIZADAS POR LOS ITALIANOS

Como se recordará, la tensión existente entre Abisinia e Italia determinó que esta última movilizara gran parte de sus tropas, enviándolas al lugar de los hechos donde se libraron algunas escaramuzas. El franco espíritu que animaba a sus soldados puede ser apreciado por esta fotografía obtenida en una estación ferrocarrilera de Roma el día de la partida.

DOUGLAS FAIRBANKS SE DIVIERTE EN SAINT MORITZ (SUIZA)

En tanto su esposa, Mary Pickford disponía en Norte América la obtención del divorcio, el veterano actor cinematográfico se divertía en las nieves de Saintz Moritz, como lo prueba esta foto, en la que aparece entre lady Sylvia Ashley (en quien muchas personas ven a su futura esposa) y lady Plunkett.





PROPAGANDA MILITAR EN FRANCIA

Son intensos los esfuerzos que determinadas agrupaciones hacen en las calles de París para obtener que el gobierno aumente el período de la conscripción de uno a dos años. Aquí pueden verse varios carteles en los que se asegura que la mejor manera de conservar la paz es disponer de un ejército poderoso.

UNA MUJER QUE PARTICIPO EN LA GUERRA EUROPEA

Se llama Flora Sanders, es inglesa, y en los comienzos de la gran guerra se incorporó al ejército serbio, luchando como simple soldado. Fué condecorada varias veces y obtuvo el grado de capitán. Aquí aparece durante un desfile realizado en Belgrado (Yugoeslavia), a cuyo ejército pertenece en calidad de reservista.



UN PARQUE DE NUEVA YORK CUBIERTO DE NIEVE

Vista obtenida desde el edificio Radio City, de setenta pisos, del Parque Central neoyorquino, con el aspecto que presentaba después de una fuerte nevada. Nueva York entera se cubrió de nieve, y el gobierno tuvo que disponer que treinta mil hombres se ocuparan de limpiarla.

Un MUNDO IGNORADO VIVE en los TECHOS de Buenos Aires

Observa OSCAR RAMIREZ

AVIZORAR, desde lo alto, los techos de la ciudad es algo así como asomarse al cerebro de un hombre, para sorprender sus pensamientos más íntimos y ocultos.

Nada nos dice, por lo común, la apretada fila de edificios en nuestro andar cotidiano por las calles céntricas. Mil y un motivos distraen la mirada que rara vez se fija con detenimiento, a no ser que presencie un hecho insólito o el paso, siempre atrayente, de una mujer hermosa.

Por eso suele extrañarnos, al levantar los ojos, descubrir detalles arquitectónicos



Pero no todo es tristeza en la gran ciudad. Y allá, en los techos de algún palacete, puede recrearse la vista en la contemplación de un soberbio jardín, que rara vez sirve de recreo a los propios moradores de la casa. Es un alarde más del orgullo ciudadano de Buenos Aires, donde la riqueza y la más extrema miseria, alternan a cada paso.

Casillas hechas con restos de lo que fueron, tal vez, cómodas habitaciones. Todo lo aprovecha la miseria. Lo esencial es tener un techo bajo el cual cobijarse. ¿Qué menos pueden pedir los que estando tan cerca de las estrellas, curvan sus espaldas agobiadas y clavan sus tristes miradas en el suelo?

Es como un pájaro que, aun fuera de su jaula, estuviera impedido de volar. No es la terraza el lugar de sus juegos infantiles y conoce, desde los primeros años, la responsabilidad de la gente que sufre y que trabaja.

El mate ya no es aquí el amable pasatiempo criollo. Es la bebida engañadora del hambre, que suele golpear con insistencia a los que van dejando en las azoteas porteñas pedazos de su vida y mundos de esperanza.

En centenares de azoteas porteñas se esconde esa pobreza que va elevando al individuo, a medida que desciende su capacidad económica, desde los primeros pisos confortables hasta la pequeña bohardilla, asentada en el techo. Ultimo refugio de los que luchan con fuerzas escasas y armas desparejas. Más allá, tendrían que irse al cielo, o caer trágicamente a la tierra.

ignorados, que recién se nos revelan, cuando se les contempla más allá de la visual despreocupada del transeúnte.

Algunas calles, de edificación baja y antigua, recuerdan lejanas ciudades de provincia, adormecidas en la calma de una siesta prolongada. Pareciera que el progreso se hubiera detenido en su carrera, cansado de tantas fatigas.

Esas calles lastiman un poco nuestro orgullo de porteños, orgullo de niño grande que hubo de usar pantalones largos, porque el bozo le nació antes de tiempo.

Pero el desquite se ofrece amplio en la otra cuadra, donde varios rascacielos, de líneas modernas y alisadas, justifican la soberbia de la gran ciudad.

Es, sin embargo, la vestimenta exterior de Buenos Aires. Desaliñada y raída en parte, lujosa y sorprendente en los detalles. Sus zapatos están algo gastados, pero relucen el cuello almidonado y la corbata. Todos los días se acicala un poquito y no ha de tardar la hora en que vista de punta en blanco.

¡Cuál será entonces, Buenos Aires, el orgullo de tus hijos orgullosos!

Para descubrir un aspecto de su intimidad, basta la indiscreción de un rascacielo. Y así como una ráfaga imprudente, al volar el "bisoñé", deja la calva descubierta, veamos a la ciudad sin el peinado engañador de sus cornisas.

Imponente es el conjunto de la selva de edificios y el pulular de vida que se agita por los angostos caminos de esa selva.

Desde arriba, Buenos Aires nos presenta la desmelenada cabellera de sus azoteas y terrazas. En algunas, la soledad y la quietud, campo propicio para algún coloquio gatuno.

Pero en otras vive un mundo que ignoraríamos, si no fuera por la fácil excursión a las alturas.

En centenares de azoteas porteñas se esconde esa pobreza que va elevando al individuo, a medida que desciende su capacidad económica, desde los primeros pisos confortables, hasta la pequeña casilla de madera, asentada en el techo. Bohardillas miserables y último refugio de los que luchan con fuerzas escasas y armas desparejas. Más allá, tendrían que irse al cielo, o caer a la tierra.

Los que allí viven sólo tienen una ventaja. A ese nivel la opresión de la ciudad no existe. Llegan, únicamente, los ecos de su actividad tumultuosa. Pequeño consuelo, sin duda, para el que va dejando en los techos porteños pedazos de vida y mundos de esperanza; para los que estando tan cerca de las estrellas, curvan sus espaldas agobiadas y clavan sus miradas en el suelo.

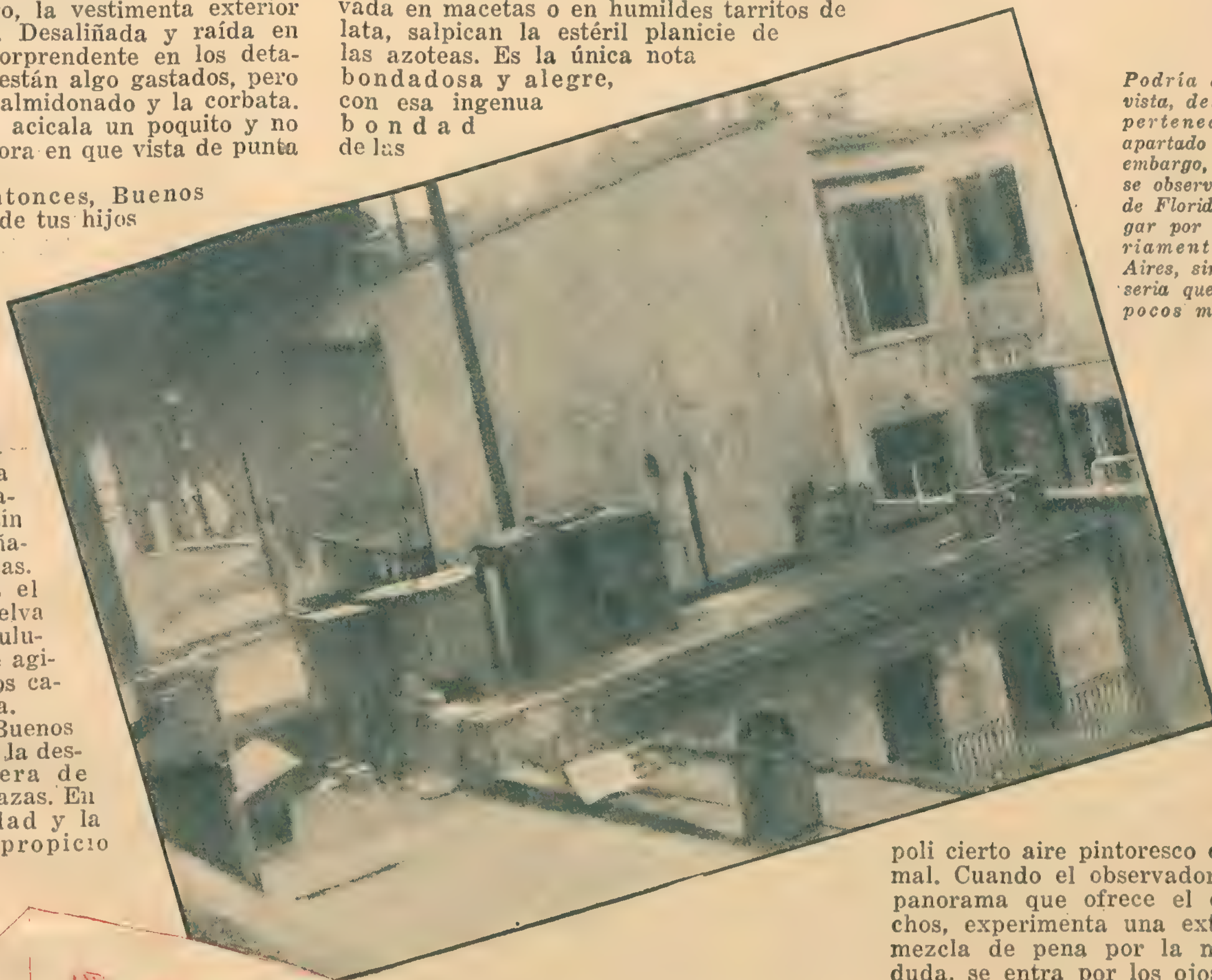
A veces, el verdor de una planta, cultivada en macetas o en humildes tarritos de lata, salpican la estéril planicie de las azoteas. Es la única nota bondadosa y alegre, con esa ingenua bondad de las plantas que prodigan, sin pedir nada en cambio.

La ciudad permanece ajena a ese drama suspendido, sobre ella, a media altura. Tal vez, un poco avergonzada, lo oculta en sus techos, lo mismo que se relegan al altillo los objetos molestos y los trastos inútiles.

Es la parte débil de su grandeza, es la ráfaga imprudente que pone al descubierto una calvicie prematura. Y yo pienso que en la cabeza de la gran ciudad, esas bohardillas han de ser otras tantas punzadas dolorosas.

Aunque, por otra parte, ese mundo de las azoteas porteñas da a la gran metrópoli cierto aire pintoresco que no le sienta mal. Cuando el observador contempla ese panorama que ofrece el conjunto de techos, experimenta una extraña sensación, mezcla de pena por la miseria que, sin duda, se entra por los ojos, y de colorido y hasta de poesía de fuerte color local. El abigarrado paisaje de las techumbres tiene ese aspecto cambiante y contradictorio. El nos muestra la holgura en que viven los que llevan una existencia cómoda, y también los que arrastran una vida de penurias y trabajos, y que obligados por la necesidad, se refugian en viviendas rudimentarias, hechas a la carrera, y que más parecen nidos de pájaros que casas de hombres.

Conviene no olvidarse de este aspecto de Buenos Aires, y hasta es saludable no perderlo de vista, porque él puede darnos más de una provechosa enseñanza.



Podría creerse que esta vista, desoladora y triste, pertenece a algún barrio apartado de la ciudad. Sin embargo, es el panorama que se observa desde la esquina de Florida y Rivadavia, lugar por donde desfila diariamente, medio Buenos Aires, sin sospechar la miseria que se alberga unos pocos metros más arriba.



el consejero de los novios

Por NENUFAR

ES UN PELIGRO ser demasiado demostrativa, y más aún cuando se trata de simples "flirts". Esa misma prodigalidad concluye por desilusionar a los candidatos, que se alejan dejando un nuevo desencanto en el corazón. Dígaselo así a su amiguita, a ver si se corrige, porque sería doloroso tener que deplorar un mal mayor.

En cuanto a su última pregunta, pienso igual que usted. No estoy conforme con la primera ni la última opinión.

Cuando le llegue el turno publicaré otra de sus poesías.

En cuanto a sus noticias, ya sabe, querida amiguita, que siempre las recibo con agrado.

Contestando a "Carmencita Esther", de Rosario.

● ●

NO ES IMPRESCINDIBLE que el novio lleve guantes el día de la boda. Reciba mis augurios venturosos por su dicha y tendré el mayor gusto en publicar su próximo enlace.

Contestando a "Pampa del infierno", de Resistencia.

● ●

¿POR QUE CONSIDERA IRREALIZABLE su sueño?... El día que se enamore, verá a la mujer que ama convertida en el ser que hoy le parece irreal, y entonces podrá ofrecerle ese inmenso caudal de ternuras. Mientras tanto, cuente con mi amistad y mi ayuda.

Aunque las poesías que me envía no se publicarán, no debe desanimarse; continúe estudiando y podrá mejorar y alcanzar nuevos progresos en el campo de las letras, ya que siente tanta afición por ellas.

Contestando a "Pájaro azul", de Posadas.

● ●

¿PARA QUE SE INTERPONE en el camino de esa chica, si ella ya eligió el suyo? Procure arrancar la flecha que Cupido, esta vez equivocadamente, clavó en su corazón, y así pasará la gravedad de su mal. A su edad es fácil cambiar de rumbo. Su poesía no se publicará; lo lamento.

Contestando a "Pibe".

● ●

MI TAREA es muy grande, por lo tanto no puedo acceder a su pedido. Acuda a algunas buenas librerías y allí le indicarán libros de donde pueda escoger las poesías que desea. Gracias por sus palabras amables, y espero otra vez no negarle mi ayuda.

Contestando a "Juli", de Rosario.

● ●

EN LUGAR de reprocharle la informalidad de su conducta, debe terminar ese "flirt", pues ese joven pone a las claras en evidencia que la trata simplemente como un pasatiempo.

Contestando a "Lirio blanco L. R. 2", de Alvear.

● ●

YA QUE TIENE el compromiso ineludible de concurrir a esa fiesta, busque la manera de que sea invitado también a ella el que tanto ama, así se evitará el gran dolor que le produciría su enojo.

Contestando a "Flaca que quiere mucho a su 'A'", de La Toma (San Luis).

● ●

ESCRIBALE una vez por todas los nuevos compromisos que ahora atan su vida. Si esa chica conserva aún su amor propio, al conocer la verdad, dicha por usted mismo, no insistirá, y si insiste, haga oídos sordos a sus demandas.

Contestando a "Un garzeño querido", de Santiago del Estero.

● ●

EL LUTO por el novio no es obligatorio ni tiene, por lo tanto, tiempo definido. Eso queda librado al criterio exclusivo de la novia.

Contestando a "Lloro mi perdido amor", de Zárate.

● ●

SI QUIERES

(COLABORACION)

Muchachita linda,
de labios de guinda
de vivo punzó;
muchachita buena,
cuéntame la pena
de tu corazón.
Cuéntame tus males,
que en mis madrigales
tengo una canción
hecha de perfumes,
hecha de colores,
hecha del aroma
que tienen las flores,
las flores radiantes
de tus dos mejillas...
Hecha con acentos
de las avecillas,
que por las mañanas
revuelan ufanas
junto a tu balcón,
las que cuando pasas,
sobre tu camino
desgranan su trino
que es dulce canción.

Si quieres, un día
cuando la alegría
no vaya de ti en pos,
juntos, de las manos
cual buenos hermanos
iremos los dos,
como yo lo ansío,
como yo lo quiero,
por blanco sendero
camino hacia Dios...
Muchachita buena,
me dirás tu pena
me dirás tus males,
que en mis madrigales
tendré una canción
que irradie consuelo;
pura como el cielo,
limpia como el ansia
de tu corazón.

Porque yo comprendo tu melancolía,
porque sé el secreto de tu dulce amor.

FABIO (Colón)

PASA USTED, no hay duda, por por uno de esos momentos apremiantes de la vida, en que es necesario poner de por medio toda la energía para afrontarlos valientemente. Si el médico le ha asegurado el éxito de su cura, debe creer en su palabra. Es indudable que el plazo fijado es largo y no tiene el derecho de sacrificar a quien confió ciegamente en usted. Por eso lo más correcto es poner al corriente a su noviecita de la dolorosa verdad y decirle que usted acatará, sin hacer objeción alguna, la determinación que ella tome, aunque su corazón sufra lo indecible. Alejarse sin una explicación sería cobardía, y no debe agregar a un daño otro más grande. Explíquese y saldrá de dudas.

Contestando a "Porteño en Córdoba", de Córdoba.

● ●

MIS RESPUESTAS las doy solamente por intermedio de la revista. En cuanto a su caso, creo que no necesita de mi consejo. Esta vez se trata como las otras, de un enojo que pasará, como pasaron también los anteriores. Las peleas entre los enamorados son como las nubes que empañan de pronto el diáfano cielo, pero desaparecen y brilla nuevamente el azul.

Contestando a "Rubí goyense", de Goya (Corrientes).

● ●

ES INUTIL recurrir a la violencia. No debe usted hacerlo. En el amor surten más efecto la bondad, el cariño, la persuasión; si por estos medios nada ha conseguido ¿para qué quiere retener a su lado a un hombre que no siente por usted ni el más remoto sentimiento de ternura? No, querida amiga, lo lamentaría después. Cuando usted cansada de sus groserías, vea trocado en odio lo que hoy cree inmenso amor, será tarde para volver atrás, se encontrará encadenada a una vida insoportable.

Contestando a "Estrellita", de Santa Fe.

● ●

EL HECHO DE QUE TENGA USTED tres hijos grandes, fruto de su primer matrimonio, no es inconveniente para que vuelva a contraer nuevas nupcias.

Hay casos de matrimonios en que los hijos del primero son mayores que la esposa del segundo, sin que por esto no hayan alcanzado la felicidad que esperaban. Decídase, pues.

Contestando a "Temeroso", de capital.

● ●

SI ELLA como me dice, se fugó del hogar paterno y estuvo lejos durante dos años, no puede usted comprometerse sin que le explique los motivos que la indujeron a tan grave determinación. Le asiste el derecho en nombre de su amor y de su dignidad de exigir una aclaración que debe ser impostergable. Después de todo, la que va a ser su esposa, si lo quiere de verdad, tiene la obligación de depositar en usted toda su confianza.

Contestando a "Mendocino triste", de Mendoza.

● ●

TENER NOVIO sin que guste y sólo por hacer alarde de tenerlo me parece ridículo.

Cuando está con su novio prefiere también la compañía de amigas porque la de él sólo le aburre. Está usted, pues, en una situación falsa, de la que debe salir. O se enoja definitivamente con ese muchacho o se enamora de él; es lo único que le corresponde hacer en esta emergencia.

Contestando a "Lupe Vélez", de Formosa.

● ●

ME ES IMPOSIBLE darle una opinión respecto a cosas tan íntimas; tenga presente que mis consejos son para los novios. Mi intervención no llega, por lo tanto, hasta esos asuntos matrimoniales; lo único que puedo decirle es que por ahora no tome ninguna medida.

Contestando a "Ernestina ignorante", de Uranga.

● ●

CONTINUE COMO HASTA EL PRESENTE, conduciéndose correctamente, y no tema. Aunque él desconfíe, si todas sus acciones le prueban que no hay otro amor en su corazón, terminará por convencerse de que sus dudas son infundadas y no le hablará más de traiciones.

Contestando a "A. C., la novia del payador", de Fuentes.

● ●

EN ESAS CONDICIONES no debe seguir. Si él se sintiera realmente afectado por su enojo, procedería en forma bien distinta, no buscaría tan pronto consuelo en otro amor.

Contestando a "Rubia M.", de Santiago del Estero.

● ●

EL JOVEN es el que debe dar el brazo a la señorita.

Contestando a "El pibe tuerto", de Caffarata.

EL AMOR TIENE MAS HIEL QUE MIEL. *OVIDIO*

Una aventura en Venecia

(Continuación de la página 49)

y se embozaron en las capas. Descubrieron entonces, aterrados, que la puerta había sido violentada.

Se precipitaron en el estrecho corredor y faltó poco para que cayeran sobre el cuerpo del hombre de confianza que habían dejado como centinela, y que yacía de espaldas sobre las baldosas blancas y negras teñidas de sangre, ¡de su propia sangre!

Le quitaron las ligaduras y la mordaza y tuvieron la egoísta satisfacción de comprobar que, aunque seriamente herido, se hallaba con vida, y quizá con suficiente aliento para hablar.

—¡Los prisioneros! — gritaron en coro. — ¡Los prisioneros!

—*¡Fuggitti!* — murmuró el herido.

Los cuatro rodearon al centinela, que con la herida en la cabeza restañada y vendada y el ánimo levantado con una copa del vino que llevaban para los prisioneros, estaba ya en condiciones de explicar lo sucedido.

—Forzaron la puerta y entraron como si fuesen las furias del averno. Quise defenderme. *¡Ma erano quattro diavoli, signori!* Me dieron un golpe en la cabeza y quedé desmayado. Cuando desperté, los vi salir con los dos presos: el del ático y el del sótano.

—¿Y quiénes eran esos cuatro diablos? — preguntó amargamente el marqués Schiavoni.

—*Quattro bravi inmascherati, signor,* dirigidos por una negra.

—¿Una enana negra?

—No más alta que mi cintura y fea como el pecado.

En el cerebro de cada uno de los cuatro maridos daba vueltas y vueltas un mismo pensamiento.

—¿A qué hora fué? — preguntó uno, interpretando la idea general.

—No mucho más de media hora después que sus excelencias me dejaron.

Se miraron unos a otros.

—Entonces, mientras nosotros esperábamos en aquel albergue de Chioggia, el gran duque estaba en libertad para...

—Para hacer lo que le viniese en gana — terminó otro.

—Visitar a cualquier dama que se le antojara visitar — agregó un tercero.

El cuarto dijo:

—Me parece que hemos sido burdamente engañados.

—Sí; pero ¿por quién?

Cuando secuestraron a los hombres, habían sido observados, probablemente, por la negra, que los había seguido en una góndola hasta la casa, corriendo en busca de auxilio.

¿Los había engañado Gian Francesco cuando los dirigió a Choggia? ¿Sabía que vendrían a rescatarlo? ¿O todo era obra de la dama con la cual tenía la cita? ¿Esa negra, como intermediaria, había estado vigilando al duque para velar por su seguridad? ¿Y los bravos? ¿Quién los había llamado? ¿Y cómo había empleado su tiempo Gian Francesco mientras los cuatro maridos esperaban a la negra en Chioggia?

¡Toda la noche por delante de él! ¡Y todos los caminos libres!

¡Qué fácil para la esposa culpable fingir inocencia después de haber escuchado la historia unas horas antes de labios de Gian Francesco!...

Tarde, muy tarde, cuando la luz de la aurora comenzaba a apagar las estrellas con un velo blanquecino, Gian Francesco y su "valet", Filippo, cruzaban tranquilos la frontera de Venecia.

Gian Francesco cantaba alegremente y ostentaba en su corbata cuatro rosas encarnadas. Filipo parecía contento de hallarse fuera del territorio veneciano, aunque no le disgustaba del todo el sabor agridulce de las pasadas aventuras.

Ni las crónicas de Venecia ni las las de Toscana mencionan la forma en que su serenísima alteza pasó las horas que siguieron a su liberación, ni dónde estuvo oculto al día siguiente, ni de quién se despidió aquella noche, antes de abandonar la ciudad encantada.

Resulta igualmente obscuro saber quién empleó a los bravos y cuál de las damas mintió.

Quizá todo eso pueda adivinarse..., quizá no.

FIN

Una clase de belleza...

(Continuación de la página 41)

El masaje sobre los dedos puede hacerse con o sin crema. Comenzando en la segunda articulación del dedo, pase el índice y el pulgar de la otra mano hasta la punta del dedo. Repita este masaje sobre cada dedo diez veces.

NO DESCUIDE EL CUELLO Y LOS HOMBROS

El vibrador eléctrico activa la circulación, y como buena circulación significa salud para el cuero cabelludo, el masaje sobre los hombros y el cuello es extremadamente importante. Comience a pasar el vibrador sobre los hombros hasta llegar a la nuca. Uselo también sobre las sienes y alrededor del nacimiento del cabello.

Conserve los tobillos finos y camine con gracia dando a los músculos de los pies y piernas suficiente ejercicio. Conserve, además, los dedos finos y las manos suaves con masajes que puede poner en práctica durante la horas libres.

De sus JUEGOS y ACTITUDES DEPENDEN *la*

EXISTE, en general, una relación estrecha entre la salud del niño y las actitudes que éste adopta durante el reposo o el movimiento.

Cuando el niño persiste en asumir posturas incorrectas para dormir, estar sentado o tenerse de pie, sus órganos no trabajan en condiciones normales. Además, su esqueleto concluye por adquirir deformaciones permanentes que repercuten sobre las funciones de las vísceras. Tal acontece con los escolares que adoptan posiciones defectuosas para leer o escribir en sus pupitres, encorvándose como signos de interrogación. A la larga, este hábito acarrea perturbaciones de la vista, origina una comba en la espina dorsal y deforma la caja torácica, con el consiguiente perjuicio para los pulmones.

Puesto que un desarrollo armónico de la totalidad de las piezas esqueléticas y de los músculos que las mueven es la condición fundamental para una buena salud, sería ideal que los movimientos que el niño realiza durante sus juegos pusieran en acción con igual destreza, soltura y gracia todas las partes del cuerpo.

En la práctica, por desgracia, no sucede así. Los niños de las ciudades, especialmente, distan mucho de cumplir este *desideratum.* Efectúan, por lo común, poco ejercicio y lo realizan en forma, desde muchos puntos de vista, deficiente, según se ha insistido repetidas veces en estas páginas: juegos peligrosos para la vida o la integridad física de los niños, juegos violentos que lejos de hacerles bien perturban su desarrollo; juegos exclusivos que, como el fútbol, sólo tienden a robustecer una parte restringida de la musculatura.



Las costumbres imperantes se oponen, desde la más tierna edad de las criaturas, a que éstas den rienda suelta a sus impulsos para aprender las lecciones que, en punto a ejercicio, se dispone a impartirles la sabia naturaleza.

Los niños de pecho cuando lloran, se agitan y mueven brazos y piernas, ponen en práctica una gimnasia instintiva. Necesitan de ese ejercicio y debe dejárseles que lo realicen. Es un error restringir sus movimientos hasta el punto de emparedarlos desde el cuello a los pies en apretadas envolturas.

Se aconseja que, dos veces al día, antes del baño matinal y en el momento de acostar al nene, se le permita retozar a sus anchas en una cama firme y plana,

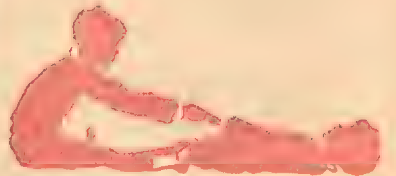
JUEGOS PARA QUE SUS NIÑOS CREZCAN SANOS

Posturas correctas para estar de pie, marchar, sentarse y reclinarse, que los niños pueden aprender fácilmente, mientras juegan.



EL CANGREJO

El niño se coloca primeramente de espaldas en el suelo. Luego se levanta, utilizando brazos y piernas, de modo que el abdomen quede hacia arriba. Entonces trata de marchar de costado, así como lo hacen los cangrejos.



LA SIERRA

Dos niños se sientan en el suelo, frente a frente. Los pies de uno de ellos entre las piernas del otro, a la distancia suficiente para que puedan tomarse de las manos. Sin soltar éstas, sucesivamente y por turno se acuestan o se inclinan hacia adelante, con un movimiento de vaivén que les es favorable.



LA GRULLA

Frente a una silla de altura conveniente, el chico se sostiene en un pie y coloca el talón del otro sobre el asiento. Trata de tocar con la frente la rodilla que tiene alzada. Repite el juego cambiando de pierna.

LAS TIJERAS



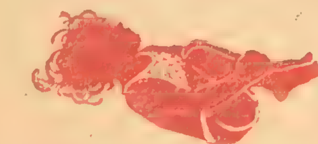
Sentado en el suelo, contra la pared, el niño debe tocar ésta con la nuca y el dorso. Las piernas juntas y extendidas deben alzarse y bajarse alternativamente, con las rodillas rígidas, sin que la espalda deje de tocar el muro. Hágase decir al chico, rítmicamente, primero despacio y luego cada vez más rápido, mientras reproduce con las piernas el movimiento característico de las tijeras:

Un lindo vestido me quiero coser;
con estas tijeras lo voy a cortar.
Cortando y cortando a todo correr,
muy pronto el vestido se va a terminar.



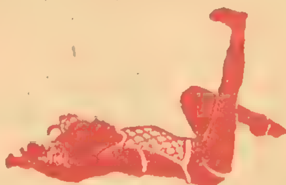
EL EQUILIBRISTA

Una raya de tiza en el suelo o la juntura de dos tablas del piso representan el alambre tendido. El juego consiste en recorrer el "alambre" con gran cuidado y exactamente, marchando en puntas de pies. Los talones deben estar hacia afuera y las puntas hacia adentro, deslizándose sobre el piso.



LA BOLITA

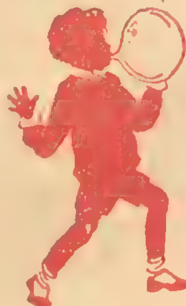
Un juego que tiende a flexibilizar la espina dorsal. El niño, echado sobre una alfombra mullida, se hace una bola flexionando las piernas y manteniéndolas recogidas sobre el tronco con el auxilio de las manos. En esta posición, rodando en todos sentidos como una pelota, debe tratar de incorporarse.



EL CICLISTA

La criatura se tiende en el suelo, poniendo los brazos por encima de la cabeza. Con las piernas en alto, extendiéndolas alternativamente, imita el pedaleo en una bicicleta, mientras dice, siguiendo el ritmo de sus movimientos:

Dale que dale con los pedales
este ciclista sube la calle.
Ande despacio, ande ligero,
siempre trepando, siempre subiendo.
Ahora ligero, ahora despacio,
hasta que llega a su descanso.



LOS GLOBOS

Un excelente ejercicio de expansión torácica para grupos de niños. Cada chico infla su globo. Después, todos tratan de mantenerlo en alto el mayor tiempo posible, para lo cual deben extender sus dos brazos, alternativamente, y lo más posible por encima de sus cabezas.

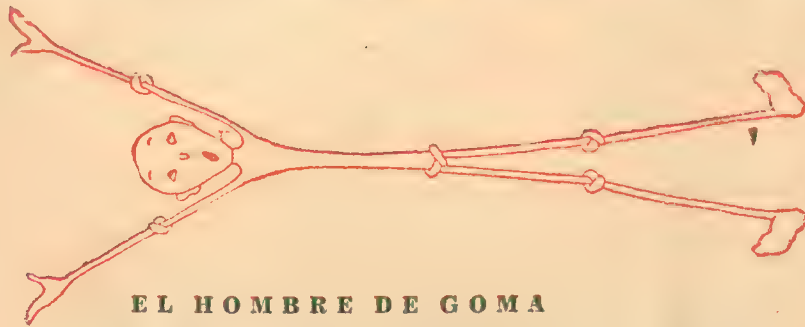


EL ELEFANTE

El niño camina apoyándose sobre pies y manos, manteniendo rígidas las piernas. La cabeza lo más alta posible se balancea despacio, imitando con la mayor facilidad el movimiento del elefante.

SALUD *y el* BUEN DESARROLLO *de los* NINOS

Según demuestra
H. S. PERRIN



EL HOMBRE DE GOMA

Tendido de espaldas en el suelo, el niño trata de estirarse cuanto puede, extendiendo los brazos y las piernas y expandiendo el tórax, para luego volver a su posición de reposo, mientras va diciendo:

Extiende las manos, extiende los pies.
Ahora se encoge. Se estira otra vez.
Fíjense qué raro el hombre de goma:
Una vez se alarga y otra vez se acorta.



EL HOMBRE MUY DERECHO

El niño, tratando de estar tan erguido como el hombre que se describe, imitará todos sus movimientos conservando la cabeza alta, el pecho saliente y el abdomen recogido.

1 — Un hombre muy derecho que conozco,
2 — habita en una casa muy derecha,
3 — al lado de un ombú derecho así.
4 — Es un hombre que marcha muy derecho
5 — y está muy derechito cuando brinca
6 — y no se tuerce cuando salta así.
7 — Derecho está cuando se va a la cama
8 — y derecho se sienta a descansar.
9 — Está derecho cuando se arrodilla
10 — o al ponerse de cara a la pared.
11 — Derecho es cuando señala al cielo.



En Berlín funciona una "escuela para futuras madres", donde se enseña a las mujeres la gran importancia que los juegos y el ejercicio tienen en las criaturas.



Las clases de dicha escuela alemana no son solamente teóricas sino también prácticas, como puede verse en la presente fotografía.

cuidando, naturalmente, de que la temperatura de la habitación sea templada. Bastarán quince o veinte minutos diarios de este ejercicio para que el pequeño tenga oportunidad de desarrollar sus músculos. Cuanto antes estos adquieran la potencia necesaria, más pronto conseguirá el chico sentarse por sí solo y mantenerse en esa posición.

Debe dejársele que ensaye sus fuerzas, sin tratar de sentarlo hasta que demuestre por sí mismo que es capaz de hacerlo. Una buena señal se tendrá observándolo cuando está desnudo: cada vez que intente incorporarse, los músculos abdominales se contraerán enérgicamente, si es que han alcanzado ya suficiente desarrollo.

Paulatinamente se irán robusteciendo luego otros grupos musculares. La estación vertical y la marcha no serán posibles hasta que la musculatura del dorso, de la cadera y de los miembros inferiores las permitan. Resultaría vano, y aun perjudicial, forzar al chico a que camine prematuramente.

Si al llegar a la edad de cinco o seis años el niño se ha desarrollado normalmente, será fácil advertirlo por la proporción que guarden los distintos segmentos de su cuerpo y por la actitud del mismo en la posición vertical. Los hombros caídos, el pecho poco saliente, el abdomen abultado, la espalda curva y una concavidad excesiva de la región lumbar (como lo muestra el diagrama) constituirán índices seguros de un insuficiente desarrollo de los músculos del tórax y el abdomen.



Aún será tiempo de remediar el mal recurriendo a la gimnasia, sobre todo útil cuando se la hace practicar disimulada en forma de juegos, para que los niños la practiquen con mayor interés. Siempre sin llegar al cansancio, y variando los ejercicios a fin de que no decaiga el entusiamo de los pequeños gimnastas.

FIN

La honra del trabajo
(Continuación de la página 51)

Pero durante mucho tiempo tuvo que arañarse el rostro y las manos, porque como el enano era tan pequeñito se escurría entre las zarzas y desaparecía en un sitio misterioso de la tierra.

—A lo mejor — dijo el avaro — lleva algún talismán en el bolsillo que es el que produce el oro; voy a darle un palo en la cabeza y a revisar sus ropas.

Así lo hizo un día, en que como todos, Blanca cantaba y el enano subía hasta su ventana.

Al bajar, el avaro estaba oculto, y asestó al generoso enano un golpe tan fuerte que le desmayó.

Blanca, angustiada, corrió a socorrer a su amigo bueno, mientras que el padre enfurecido le revisaba los bolsillos.

—Retírate, padre — le dijo; — eres un ingrato y un mal hombre.

Pero el padre no tuvo tiempo de responder. Como si fuera un hormiguero, salió de la boca de la tierra un ejército de enanos. Treparon sobre el avaro, y le cubrieron. Blanca vió que se formaba sobre su padre una montaña de aquellos pequeños seres deformes. Pero su generoso amigo había salido del desmayo.

—No te aflijas, pequeña — le dijo; — nada te ocurrirá a ti, pero tu padres será castigado. Por egoísta y por avaro, mis compañeros harán justicia sobre él.

Cuando la montaña de enanos comenzó a descender, Blanca se dió cuenta de que habían asfixiado a su padre.

Dijo el enano generoso:

—Tuvo tierras y no quiso labrarlas; tuvo una hija primorosa en virtudes y le impuso la mendicidad. No merecía ni el aire que respiraba; fué ingrato, no supo agradecer la moneda de oro que te llevé día tras día, y avaro quiso matar a su protector para robar su fortuna.

Pero la pobre niña lloraba a su padre muerto. Cavó una fosa, enterró al avaro, y fuése luego a dormir a la choza.

Cuando salió el sol del nuevo día, Blanca abrió su ventana, y encontró que miles de enanos rodeaban su pobre casa.

—¡Te declaramos nuestra reina! — dijo el generoso enano. — Y entre todos te haremos un palacio.

Las laboriosas manos trabajaron siete días y siete noches, al cabo de los cuales quedó terminado el palacio.

Dijo un enano:

—¡Pido al sol, para mi reina, un rayo de su luz!

Y el palacio quedó inundado de una luz dorada.

Dijo otro enano:

—¡Pido a la tierra tesoros para mi reina!

Y de inmediato el oro de las montañas llenó los cofres del palacio.

Dijo otro enano:

—¡Pido dichas para mi reina!

Y de súbito, apareció un príncipe con séquito y carrozas, y la boda de Blanca, la reina de los enanos, fué celebrada con grandes pompas.

Y así vivió dichosa la niña buena, y fué castigado el holgazán y avaro de su padre.

FIN

¿QUIÉN LO DIJO?...

Por MAX SABELOTODO

Locuciones, refranes, aforismos y frases célebres desfilan por aquí, proclamando su verdadero origen unas veces, y negando otras, el que les atribuye la versión popular, aceptada con frecuencia hasta por los "eruditos", que los utilizan de segunda mano. No es el deseo de entretener la curiosidad del lector, sino un propósito docente el que ha decidido la incorporación de esta sección a MUNDO ARGENTINO. Quien coleccione esta página podrá disponer de un tratado, tanto más indispensable si se piensa que no existe ninguno de su género en nuestro idioma.



"DIOS Y MI DERECHO"

es el lema de su majestad el rey de Inglaterra, lema que se enuncia originariamente en francés "Dieu et mon droit", y cuyo autor es Ricardo I.

RICARDO I,



Corazón de León, fué rey de Inglaterra desde 1189 a 1199. Había nacido en Oxford el 8 de septiembre de 1157, y con Felipe Augusto de Francia y Federico Barbarroja de Alemania emprendió la tercera Cruzada, que fué el comienzo de largas peripecias. Finalmente, cuando se disponía a sitiar el castillo de Chaluz, donde parecía haberse descubierto un inmenso tesoro, lo alcanzó una flecha, que le produjo la muerte.

Esta frase

fué, desde entonces, adoptada como divisa en el escudo inglés hasta la época de la reina Elisabeth, y restablecida por María de Inglaterra en el emblema real donde ha figurado hasta nuestros días.



En la TORRE *de los* INGLESES,

erigida en Buenos Aires en la plaza Retiro, aparece esculpido el escudo del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, donde se consigna la divisa: "Dieu et mon droit."

El grito
(Continuación de la página 30)

—¡Vean quién está aquí, pues! ¡Nada menos que el lindo Lindolfo!...

El burlado ya no puede más. Se enrolla el poncho en el brazo izquierdo, saca su daga, todo esto rápidamente, y se pone en guardia, dispuesto a la pelea.

—¡Va a salir con su gusto! — le dice a su rival con los labios apretados de rabia. — Saque el fierro nomás, porque estoy decidido a dejarlo sin resuello.

—¡Así me gustan los maulas, que sean una vez hombres! — replica el ñato.

Y rápido como la luz salta al medio del cuadrado que hay delante del mostrador y hace brillar en la diestra su arma. El duelo comienza en medio del mayor silencio. Nadie parece que respirara siquiera. Sólo se oye el ruido de los aceros al chocar entre sí. Y en el preciso instante en que Lindolfo va a tirarse a fondo, en una feroz puñalada, aparece en la puerta su mujer, que dándose cuenta rápidamente de la escena, grita con todas sus fuerzas:

—¡Matálo, Lindolfo! ¡Ese hombre ha sido mi perdición!

Este grito, lejos de dar más fuerza a la mano de Lindolfo, se la afloja. Aquella voz es de la que fué el gran amor de su vida, el consuelo de su existencia de paria de la llanura. Y todos lo ven quedarse como alelado. El ñato Reyes también ha dejado de pelear y contempla a la mujer que con ese grito le ha revelado todo el odio que le guarda.

Todos los circunstantes, que no atinan a decir una palabra, observan atentamente aquel final imprevisto. Ven cómo Lindolfo guarda su cuchillo, desenrolla el poncho del brazo y se lo echa sobre los hombros, paga luego lo que ha bebido, y antes de desaparecer del boliche, escuchan que dirigiéndose a la que fué su prenda le dice:

—No... ¡Te lo dejo con vida pa que te mate a sufrimientos como vos ya me mataste a mí!

Poco después se oye el galopar de un caballo que se aleja. Todos salen a la puerta del boliche, y alcanzan a ver a Lindolfo que se pierde en la primera nube de polvo que levanta su cabalgadura.

FIN

El caso de Isidoro...
(Continuación de la página 29)

El hombre que había pasado cuarenta y cinco años de su vida, extorsionando a sus prójimos para sacarles el dinero, sufrió agonías indescriptibles al contemplar el modo cómo fraccionaban su fortuna aquellos anónimos agentes de una justicia sin barreras. Haciendo caso omiso de sus lamentos, de sus frenéticas protestas, de sus ruegos llenos de un dolor torturante, hora tras hora, los idealistas de la justicia, dividieron la fortuna del expoliador de profesión, según los datos extraídos de sus propios documentos.

—La liquidación ha sido concluída — le informó al fin el jefe del Concilio. — El dinero será devuelto minuciosamente a aquellos a quienes les fué quitado. También serán entregados nuevamente a sus dueños los documentos comprometedores que les fueron arrebatados por la iniquidad de un explotador. De los primeros cuatro millones de libras, no quedan sino unas pocas: cinco mil más.

—Supongo que ahora me dejarán ustedes en paz — suspiró Schweizermann, dando de nuevo lugar a la esperanza.

—Nos es de todo punto imposible satisfacer este pedido, por lo menos, no antes de que usted satisfaga las cuentas que ha contraído con nosotros en calidad de pensionista, las cuales suman una cantidad de un cuarto de millón de libras esterlinas.

—¡No..., no! — Schweizermann lanzó de nuevo la voz en protesta. Había hecho mil y mil veces la adición de aquellas terribles cantidades, mientras se retorcía las manos de impotencia, recluído en su celda, maldiciendo a su socio por el tiempo que transcurría sin que se produjeran novedades en su curioso proceso. Había comprobado miles de veces que debía sólo 25.000 libras a sus captores, a cambio del alojamiento y del pan. — ¡Son sólo 25.000 libras, ni un centavo más! — se lamentó.

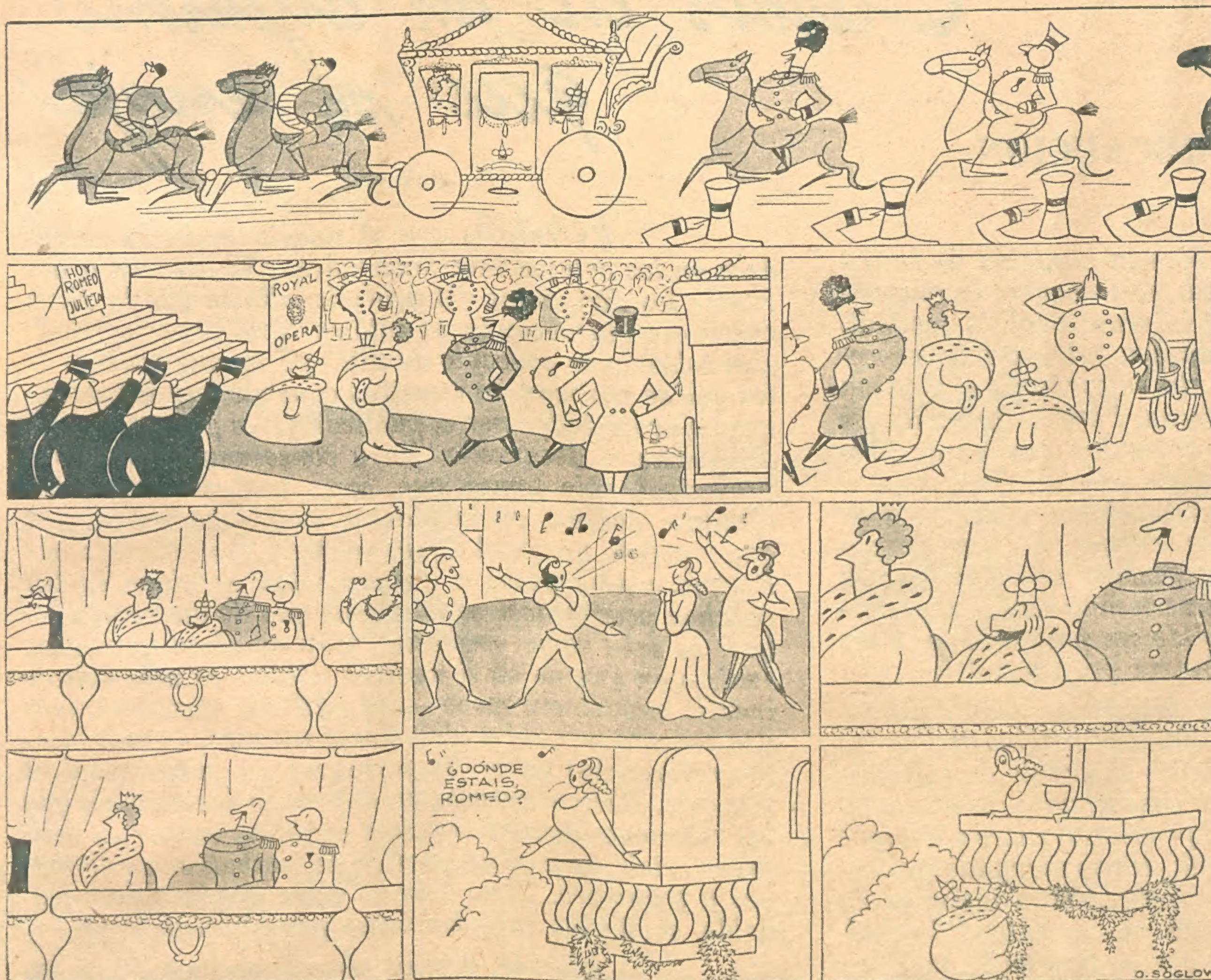
—Usted parece olvidar la usura esta vez — replicó su torturador con calma. — Olvida usted el interés, que por supuesto crece de un modo alarmante todos los días. Se ha multiplicado por diez, al menos en el tiempo que ha transcurrido. Tendrá usted que mandar una nueva instrucción a Londres para que le envíen el dinero... Será mejor que pida el doble de esta suma — agregó luego de cavilar un rato, — pues sufrirá alteraciones la cuenta, con el paso de otros días.

Horrorizado, impotente, abatido, Schweizermann escribió una nueva esquela a su socio, según el dictado del miembro del Concilio.

—Puede usted entregarse al descanso — aseguróle luego, — en la seguri-

Las GRANDES HISTORIETAS *de* SOGLOW

AVENTURAS DE UN REY PETISO



A S. M. LO DOMINA EL ESPECTACULO

dad que si su socio obedece fielmente a sus indicaciones, nadie será molestado en su casa mientras dure su ausencia.

—¡Mi hija..., mi hija Reba! —exclamó el hombre exponiendo la idea que lo torturaba con más frecuencia.

—No se preocupe por ella. Su hija partió hacia el Cairo en compañía del señor West, hace cuatro días. Alí la recibirá a su llegada al Egipto.

Isidoro Schweizermann no respondió; empezaba a conocer la agonía que había infligido a sus víctimas durante incontables años.

Al cabo de varias horas de sueño agitado, M'. Corkadale despertóse al ser sacudido rudamente por una mano firme y fuerte.

Era la segunda vez que sufría una nocturna invasión en su propio dormitorio. Ante él estaba el mismo ominoso emisario de los Seis con la cara oculta bajo un siniestro antifaz. Esta vez no venía solo; a favor de la escasa claridad de la hora, M' Corkadale pudo ver delinearse la silueta de tres personas.

—Philip M' Corkadale —dijo una voz profunda, —venimos a entregarle la persona de su socio. Usted debió sufrir como él, pero se libró del castigo porque convenía a nuestros fines que permaneciese usted en Londres. Schweizermann ha purgado ya sus crímenes. Le autorizamos a permanecer en el país; pero a usted le restan solamente doce horas para salir de Inglaterra. Recuerde que la desobediencia de nuestros mandatos, trae aparejada la muerte.

Cuando los hombres enmascarados hubieron partido, M' Corkadale encendió la luz, contemplando con horror la figura abatida de su socio, que yacía impotente en una silla. Apenas podía reconocer en aquel hombre macilento, flaco y tembloroso, al opulento financista que había llamado su socio. La luz del más intenso de los sufrimientos brillaba en sus ojos hundidos en dos cuencas profundas.

—Mande telegramas a Mateo y a Alí —susurró Schweizermann con voz velada. —Dígales que debe ponerse en libertad a todas las mujeres que lleguen allá y entregarles el pasaje de vuelta para sus países de origen.

—¿Está usted loco? —gritó Corkadale. —¿No se da cuenta que estamos completamente arruinados, que nos han dejado con menos de mil libras en el banco?

—Es que usted no comprende... —murmuró el otro sin fuerzas, —se trata de Reba...!

—¡Reba...! —explotó M' Corkadale lívido de rabia— Me ha tratado usted como al peor de sus enemigos. Me prometió que me la daría en matrimonio... Hace varios días que Reba es la mujer de Kellaway.

—¿Qué? —Schweizermann logró ponerse de pie, trémulo, incapaz de dar crédito a lo que oía —¿Reba, casada? ¿Está aquí, en Inglaterra?

—Usted sabe mejor que nadie que esto es verdad; —M' Corkadale sacó una carta del bolsillo de su bata, y entregósela a su socio. Se trataba del primer mensaje que había escrito Schweizermann bajo el dictado de sus captores. Bajo la firma se veía un *post scriptum* al parecer trazado por la misma mano que había escrito el resto de la misiva. Los ojos admirados de Schweizermann leyeron aquellas palabras que un imitador singularmente diestro había estampado en el papel: "Dígale a Reba que me he visto en la necesidad urgente de marcharme a París por tiempo indeterminado Entréguele la carta que incluyo para ella" —concluyó en voz alta, con expresión completamente atónita.

—En la cual usted le autorizaba a que se casase con Kellaway cuando quisiese hacerlo —estalló M' Corkadale con la expresión de que había sido defraudado en la más cara de sus ilusiones.

—¡Reba está en salvo!... ¡Gracias a Dios! Yo jamás escribí esa nota a Reba, Philip. Esto fué obra de mis verdugos; falsificación y nada más. Pero déjeme usted que me alegre; estoy feliz..., feliz de saber que mi hija se ha casado. Me aseguraron que había partido para Cairo. —Un violento temblor sacudió el cuerpo fláccido de Schweizermann al recuerdo del último suplicio que había soportado. —Mande usted los telegramas, sin embargo..

Pero M' Corkadale estaba demasiado ocupado en arreglar sus maletas para perder tiempo en replicar.

FIN

Quiromancía

(Continuación de la página 20)

MANO SEGUNDA

He aquí el signo del hombre futuro, marcado con una flecha. Esa línea, en efecto, que cruza la región izquierda de la mano, no es sino la del instinto perfecto y poderoso, tal como suele hallarse en algunas bestias, que viven, precisamente supliendo su falta de inteligencia por cualidades maravillosas intuitivas. En pocos hombres aparece esta línea, que parece corresponder a la humanidad del porvenir, cuando las facultades intelectuales alcancen su máximo poder. Es la línea del sexto sentido, que nos permitirá caminar, por ejemplo, por las alas de un avión en marcha, sin caernos. Línea que hoy sólo es propia de algunos privilegiados, como ser los aviadores famosos, los maestros de la química, etc.

MANO TERCERA

No tiene la gallardía ni denota el espíritu valeroso y heroico de la analizada anteriormente. Esta es la mano del hombre más bien cobarde, humillado, incapaz de reacciones firmes y aguerridas. Observen cómo la línea de la cabeza parece cobijarse en la de la vida, marcando un mismo ritmo hasta promediar la existencia. Luego se desvía un tanto, directamente hacia el monte de la Luna, descubriendo una derivación meditativa, sosegada, anémica espiritualmente. Esta es la mano de los seres blandos de cuerpo, de alma y de cerebro.

Cartas de un argentino que se enoja

PRUDENTE PRECAUCION

Señor Director:

Ha hecho muy bien la comisión de homenaje al presidente del Brasil en aconsejar la suspensión del proyectado partido internacional de football. Claro está que los aficionados a tal clase de espectáculos, entre los que me cuento, se perderán una buena tarde de football fuera de fecha. Pero no importa. Es prudente evitar una justa deportiva que puede provocar, en el mejor de los casos, rozamientos para el país hermano, y por tanto situaciones molestas a su presidente, el doctor Getulio Vargas, y a los componentes de su comitiva. Las razones aducidas por la comisión de homenaje me parecen muy sensatas y oportunas, aunque les hayan dolido un poco a los señores dirigentes de la entidad máxima profesional.

Sin atreverse a desvirtuar públicamente tales razones, que fuera osadía, los aludidos dirigentes han rezongado protestas contra el pedido de la comisión de homenaje, y de puro despechados no han querido autorizar el match interprovincial entre rosarinos y porteños que se les proponía. Han rezongado protestas que algunos diarios se apresuraron a insinuar en su información deportiva. Si no he entendido mal, creen los señores dirigentes que no hay motivo alguno que justifique las precauciones de la comisión de homenaje, pues la cultura deportiva de nuestro público permite anticipar una reunión exenta de alternativas desagradables. Al leer esto me he visto obligado a suponer algo absurdo: que los dirigentes no tienen por costumbre concurrir los domingos a las canchas. Yo, que soy espectador asiduo de football desde hace tiempo, no me atrevería, francamente, a garantir el correcto comportamiento del público en una justa internacional como la de marras.

Domingo tras domingo contemplo, con estoicismo realmente digno de mejor causa, los excesos verbales e injuriantes ex abruptos de la hinchada, provocados por los partidos regulares del campeonato. No soy de los que sostienen que el entusiasmo deportivo deba acartonarse en una compostura académica de caballeros elegantes. Comparto el apasionamiento deportivo y me gusta también acompañar con gritos de aliento las acciones de mis favoritos y aplaudir calurosamente las jugadas brillantes. Pero tampoco creo que podamos llamar culto, deportivamente culto, a un público acostumbrado al insulto soez, al agravio verbal y hasta a otras actitudes más contundentes. No ignoro que en todas partes del mundo, aun entre los ingleses, tan fríos, pulcros y medidos para todo, los grandes espectáculos deportivos originan, como aquí, incidentes y tumultos. Mas opino que el público de nuestras canchas es aún exageradamente agresivo y soez en sus comentarios y exclamaciones. Se caracteriza, en el mejor de los casos, por un exceso de dinamismo verbal y mímico. Hay hinchas que gastan más energías en las tribunas que los jugadores en el field.

Es notorio que el apasionamiento recrudece en los cotejos internacionales. ¿Se atreven a garantir los dirigentes del profesionalismo que la fiera observará buena conducta ante un "foul" o un "offside" mal cobrado en concepto de ella? ¿Y en qué partido de los que se realizan en nuestras canchas hay infracciones no protestadas por el público? ¿Nos garantizan los dirigentes el desarrollo, fin y consecuencias de tales protestas? ¿No temen que, como tantas veces, como siempre, desvíen en incidentes mortificantes para el amor propio nacional de los contendores extranjeros? Porque con respecto a las protestas surgidas en las canchas podría decirse lo mismo que de las revoluciones: se sabe cómo empiezan, pero no cómo terminan. Insisto en que no sé si nuestro público es más culto o inculto que los europeos — los públicos suramericanos que conozco por ahí andan con el nuestro, — mas ciertas referencias permiten formarse un juicio cabal al respecto. Recientemente, en el preciso instante en que las relaciones de ambos países parecían entrar en peligrosa crisis, se jugó un partido de football entre alemanes y franceses. Y no ocurrió nada siquiera desagradable, según las informaciones periodísticas.

Además, existen otras razones para no entusiasmarse mucho con los matches internacionales. En primer lugar, la forma deficiente en que se eligen los jugadores que deben constituir nuestro team representativo, lo que hace que éste, a la postre — por falta de adiestramiento, de comprensión entre los jugadores y de armonía — resulte inferior a cualquiera de los cinco o seis mejores equipos que se disputan el campeonato. Yo sostengo que cualquiera de los teams que ocuparon los cinco o seis primeros puestos en el campeonato de primera división del año pasado hubieran hecho mejor papel en Lima que el famoso combinado de astros que mandamos.

Y, por fin, me queda una razón, que seguramente la comisión de homenaje no adujo, para apoyar la suspensión del proyectado internacional. Y es que en Buenos Aires, aunque parezca mentira, no tenemos todavía un field digno de tales cotejos. Si con ocho partidos en el programa, todos los domingos se colma hasta el exceso la cancha donde se realiza la disputa más interesante, por más grande que sea, ¿qué no ocurrirá en un partido internacional fuera de fecha? Convengamos, de paso, que nuestros estadios deportivos están muy lejos aún de satisfacer las necesidades del público. Y aplaudamos la prudente actitud de la comisión de homenaje. La hinchada se merece la penitencia, por no saber portarse bien.

Argentino D. Veras

Mundo Argentino EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES
Dirección y Redacción: RIO DE JANEIRO 300 — U. T. 60. Caballito 1020 - 29



El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



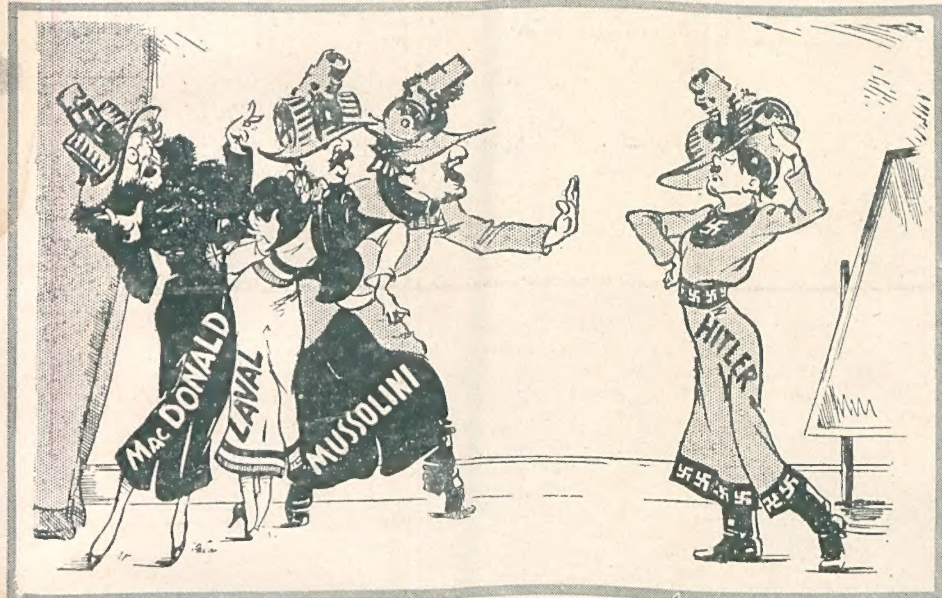
1 REPUBLICA ARGENTINA

Juan Pueblo. — ¿Qué hace, compañero, con la oreja al suelo?
Político. — Escucho si viene el carro con los ladrillos, pero parece que se está alejando.



2 EXTREMO ORIENTE

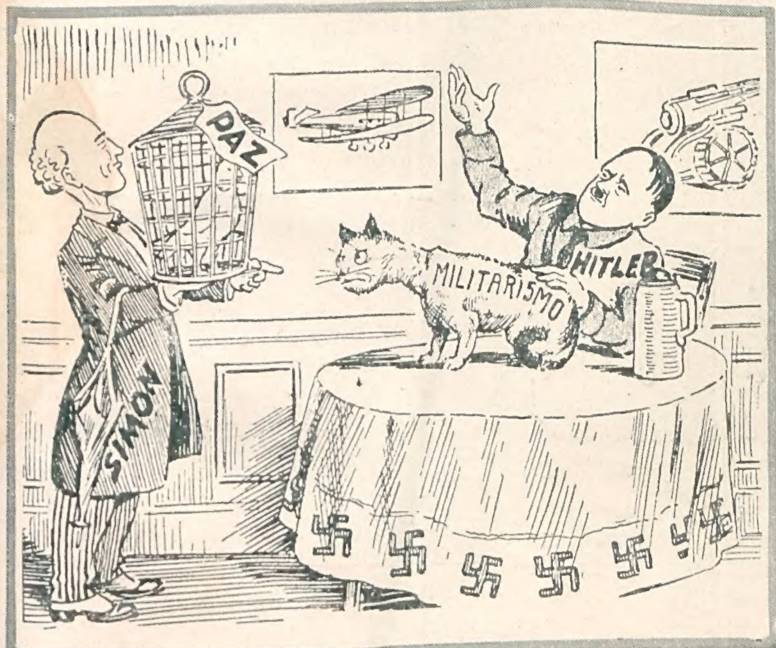
— Acérquense más; así me darán un poco de sombra, que me muero de calor. (De "Evening Standard")



3 EL REARME ALEMAN

El coro de damas envidiosas. — ¡Oh, qué horror, querida! Te queda malísimamente.

(De "Reynolds Illustrated News")



4 LAS CONVERSACIONES ANGLOALEMANAS

Hitler. — Bien; eso es lo que yo buscaba.
Simon. — Pero, ¿y ese animal hambriento?
Hitler. — No hay ningún peligro, siempre que la paloma no lo ataque. (De "Western Mail")



5 LA SITUACION EUROPEA

¿Quién desata este nudo? (De "Daily Herald")

BALANCE de la POLITICA MUNDIAL

(1) Los caudillos de los diversos partidos se desviven por realizar tortuosas combinaciones políticas para conquistar o mantenerse en el poder, sin tomar **en cuenta el valor decisivo de la popularidad sin la cual no conseguirán éxito duradero alguno.**

(2) El caricaturista aboga por una **acción común entre Rusia, la Gran Bretaña y los Estados Unidos frente a las pretensiones japonesas en Extremo Oriente,** ya que de otro modo los intereses occidentales se verán desplazados totalmente del Asia por la agresiva política nipona.

(3) La adopción del servicio militar obligatorio y demás medidas de Alemania, al afirmar su derecho de armarse a la par de sus vecinos, ha provocado **una general alarma entre los ex aliados, quienes consideran provocativa la actitud del Reich, a pesar de que no hace otra cosa sino seguirles el ejemplo.**

(4) Según esta opinión, el ministro de la Gran Bretaña, sir John Simon, ha tratado de conseguir que el gobierno de Alemania abandone sus proyectos de rearme, pero ha hallado en **Hitler un militarista irreducible,** que sostiene **que la paz es sólo posible entre los pueblos fuertes y bien armados.**

(5) **Los estadistas europeos se hallan trenzados en una lucha de predominio** de tan complicadas ramificaciones, que las viejas alianzas resucitan, aunque estén en conflicto con convenios más recientes, y ya nadie parece creer en los tratados ni en los pactos, pues existe el convencimiento de que sólo el más fuerte saldrá airoso de la presente situación.


Srta. Julia Emma López Roca

ODOL Y LA Mujer Argentina

El Odol ha sido siempre el mejor amigo de mis dientes
Julia Emma López Roca



● Hay en Palermo un camino delicioso, bordeado de árboles frondosos, destinado a la equitación... Allí suelen verse muy de mañana elegantes amazonas, para las cuales el andar a caballo constituye el deporte favorito. Madrugar, practicar un deporte sin exceso, es no sólo un motivo para cuidar la salud, sino una forma de conservar su belleza. Pero esas amazonas saben, además, que el cuidado de la salud comienza por la boca. Por eso, usan el dentífrico ODOL, que es el más seguro, el más sano y fragante, para limpiar la boca y hacer que sus dientes reluzcan como perlas.

Para combatir el mal aliento y precaverse contra las afecciones de la garganta, enjuáguese la boca con unas gotas de ODOL líquido en un vaso de agua tibia.

Odol 70 ctvs. EL TUBO GRANDE

Tubo chico. 0.30
Tubo grande 0.70
Tubo doble. 1.40





Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Ltda., S. A.